

Andrew Tomas

SHAMBHALA,
OASIS DE LUZ



Otros mundos

*«Hay otros mundos, pero
están en éste»*

ELUARD

Título original:

SHAMBHALA

Traducción de

JUAN MORENO

Primera edición: Abril, 1980

© Editions Robert Laffont, S. A., 1976

© 1980, PLAZA & JANES, S. A., Editores

Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Este libro se ha publicado originalmente en inglés con el título de
SHAMBHALA

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84-01-31136-5 — Depósito Legal: B. 13.879 - 1980

ÍNDICE

INDICE

PRÓLOGO	15
INTRODUCCIÓN	19
1. Los antiguos misterios	25
2. El valle de los inmortales	37
3. La isla de Shambhala	47
4. A través de Asia	77
5. Kalachakra, ciencia de los Bodhisattvas	95
6. La tierra de las «Blancas Aguas»	107
7. Los portadores de Luz	117
8. Apolonio en el Tibet	131
9. El reino del Preste Juan	141
10. Las hermandades reformadoras del mundo	147

11. La misión de Saint-Germain	163
12. Intervenciones históricas	175
13. Los diálogos del templo	193
14. Según las escrituras	213
15. En el umbral de la Era Cósmica	225
CONCLUSIÓN	231
APÉNDICE	237
El país de Shambhala y sus reyes	241
El pasado y el porvenir de la Humanidad	247
BIBLIOGRAFÍA	253

*Al ilustre y Muy Venerable MORYA
un Sabio de Shambhala*

TESTIMONIOS DE GRATITUD

Expreso mi gratitud al Museo Guimet (Museos Nacionales de París) y a la Theosophical Publishing House de Adyar (India), por la autorización concedida para reproducir las fotografías contenidas en este libro.

Mi gratitud también para Mary Ann De Willis, de Prescott (Arizona), que comprobó el manuscrito.

TESTIMONIOS DE GRATITUD

Expreso mi gratitud al Señor, Dios, por haberme permitido vivir en este mundo, y por haberme dado la vida, la salud, la familia, los amigos, y todo lo que necesito para vivir. También quiero agradecer a todos los que me han ayudado y apoyado en mi vida, especialmente a mi familia y a mis amigos. Sin ellos, no habría sido posible todo lo que he logrado hasta ahora.

PRÓLOGO

Este libro es el resultado de un largo proceso de reflexión y análisis. Durante los últimos años, he estado pensando mucho sobre la vida, la muerte, el amor, la fe, y sobre el sentido de la existencia humana. He leído muchos libros, he escuchado muchas charlas, y he conversado con muchas personas que me han ayudado a clarificar mis ideas. Este libro es el resultado de todo eso. Espero que sea útil para alguien, que pueda servir como un punto de partida para la reflexión y el diálogo. No es perfecto, pero es mi intento de compartir lo que he aprendido y lo que me ha dado sentido a la vida.

Esta obra literaria se basa, principalmente, en las escrituras del budismo tibetano que proveen las fuentes de información más fidedignas sobre la leyenda de Shambhala. No obstante, se han consultado otros numerosos libros, al objeto de descubrir tradiciones paralelas que pudieran corroborar esta creencia tibetana.

La primera cuestión que se plantea se refiere, naturalmente, al origen del nombre Shambhala y a la fecha de su aparición. El nombre Sham significa, en sánscrito, «tranquilidad», y constituye probablemente la raíz de la palabra Shambhala. La literatura puránica habla de la Isla de Shambhala y de su tierra bendita, situada en un lago de néctar. Los Puranas de la India se remontan, aproximadamente, al tiempo en que fue redactado el Nuevo Testamento.

El nombre de Shambhala se menciona varias veces en los libros budistas del Tibet. Antes incluso de que fuese introducida esta religión, en el siglo VII de nuestra Era, la Tierra de Shambhala aparecía en la carta geográfica de un libro Bueno tibetano, de dos mil años de antigüedad.

Los voluminosos Kanjur y Tanjur, la Blanca Vaidurya, los Anales Azules (Deb-ther Snon-po), la Ruta de Shambhala (Lam-yig), la Esfera de Shambhala (Shambhala Sib-bkod-pa) y mu-

chos otros escritos tibetanos nos ofrecen una base material suficiente para un breve esbozo de este místico lugar.

En el sistema Mahayana, Shambhala es considerado como una tierra maravillosa cuyo equivalente encontramos en la Utopía de Tomás Moro, la Nueva Atlántida de Francis Bacon y la Ciudad del Sol, de Campanella, donde la virtud y la sabiduría crean una comunidad ideal.

Escribir sobre Chang Shambhala sin un estudio de los mencionados libros tibetanos —y se trata sólo de una pequeñísima parte de la literatura religiosa del Tibet—, daría origen a confusión y malentendidos. Una larga vida en Extremo Oriente ha ayudado al autor a evitar las falsas interpretaciones comunes a los occidentales, y ello le ha permitido captar el espíritu de la Doctrina shambhaleana.

Occidente ignoraba casi todo de Shambhala antes de los estudios de Helena Blavatsky, que revelaron la Antigua Sabiduría de Oriente a un público europeo y americano de la Era victoriana, poco preparado para este descubrimiento. Sin embargo, no fue Madame Blavatsky, sino dos misioneros católicos —Étienne Cacella y Jean Cabral—, los primeros europeos de la Historia Moderna que dieron un relato sobre Shambhala, el cual tiene ahora trescientos cincuenta años. Pero es posible que Shambhala fuese conocido en Europa mucho antes con otro nombre, ya que fuertes presunciones permiten enlazar la tradición extremooriental con las leyendas medievales del Santo Grial y del Preste Juan.

Según una precisión dada sobre Shambhala hace seiscientos años por el pilar del budismo tibetano Tsong-Khapa, desde esta misteriosa morada se lanza un llamamiento a la Paz y a la Tolerancia a comienzos del último cuarto de cada siglo. El objetivo de la presente obra consiste en aportar una modesta contribución a este fin humanitario.

INTRODUCCIÓN

Un tema difícil exige abordarlo de una manera no convencional en el método de investigación, lo cual explica nuestra elección del aforismo pitagórico: *Marchar lejos de los terrenos trillados*. Una idea nueva —sea cual fuere su originalidad— debe ser una contribución a la suma de conocimientos ya acumulada. Debe ser válida por los hechos, a fin de no permanecer indefinidamente en el dominio de la especulación pura, y poseer asimismo algún valor pragmático, sin el cual sería inútil.

Ya en los tiempos de Krichna, el pundit Narada ponía en guardia contra el peligro de una condenación apresurada de los pensamientos nuevos: «No profiráis jamás estas palabras —decía—: No conozco eso, luego es falso. Hay que estudiarlo para saberlo, saberlo para comprenderlo y comprenderlo para juzgarlo.» La intolerancia en medio de la cual nace la ciencia moderna es un ejemplo del error que consiste en rechazar conceptos nuevos y métodos originales.

Durante el mandato de Cromwell, en una atmósfera de estrechez de espíritu y de persecución, los sabios progresistas de Inglaterra fundaron el *Colegio Invisible*, que se convertiría en la más alta institución científica del reino: la *Royal Society*. Apenas se sabe algo sobre las actividades de otra sociedad «invisible», científica y filosófica, que prosigue sus estudios en el

majestuoso aislamiento del Himalaya. Estos sabios poseían las respuestas a las preguntas más abstrusas de la ciencia.

Las huellas de esta hermandad filantrópica y filosófica se encuentran en los archivos históricos desde los tiempos más remotos hasta nuestra época contemporánea.

Son suficientes las pruebas que demuestran la existencia real de estos hombres sublimes tanto en el pasado como en el presente, pero nos hallamos lejos de estar informados acerca de su tipo de vida y del emplazamiento de sus moradas.

El escepticismo ha intervenido como un arma de doble filo. Por una parte, ha destruido ciertas teorías sin valor, y, por otra, ha deshecho más de una hipótesis seria, si bien poco madurada. Esta arma no debería emplearse para destruir conceptos cuya ausencia podría ser deplorada algunos decenios más tarde. La historia de la ciencia abunda en accidentes de este tipo.

En 1838, un médico intentó convencer a una dama de que la fantasía de su marido —que consistía en fijar los rasgos humanos en placas de cobre— era un signo manifiesto de su locura. Con toda seriedad, el médico aconsejó a la dama que llevara a su marido, Monsieur Daguerre, al hospital psiquiátrico de Bicêtre, en París. Afortunadamente para Louis Daguerre, la Academia de Ciencias no tardó en salvar al inventor de este triste destino, al sancionar su descubrimiento de la primera fotografía.

¿Qué es la realidad? El aire, ¿es una parcela de la nada? Sin embargo, cuando este aire es insuflado en un neumático, éste se hace tan duro como la madera. Existe una realidad para los niños que juegan, y otra, para los adultos; una realidad para un físico nuclear que trabaja en lo infinitamente pequeño del átomo, y otra realidad para el individuo que se halla en contacto con los objetos sólidos que lo rodean; una realidad para el astrónomo que estudia los sistemas estelares de proporciones gigantescas, y otra realidad para el simple observador de esas «pequeñas estrellas» en el cielo; una realidad para un historiador que ve la marcha de los acontecimientos y el

desarrollo de la sociedad en el curso de los siglos, y otra para el hombre de la calle, que ve sólo en el presente y es incapaz de percibir la existencia de la Humanidad en su conjunto. En este siglo relativista, la realidad depende del observador. Este libro examina una de las facetas de lo que podría llamarse una *realidad inhabitual*.

Lo que es verdad para el uno no lo es para el otro. Y como quiera que existen muchas verdades en este vasto universo, hemos de respetarnos los unos a los otros y beneficiarnos mutuamente del intercambio de ideas, aunque parezcan extrañas.

Este trabajo se funda en la convicción de que en el mundo existe un oasis de Cultura Cósmica cuyos representantes han conducido a la Humanidad a través de los siglos, como una estrella directriz, hacia un más alto grado de comprensión, morales más elevadas y una percepción más profunda de la fraternidad humana.

En la época crítica que vivimos, ¿se dejará guiar por esta luz la sociedad actual? Los tiempos futuros nos darán la respuesta.

Hay dos tipos de gentes: las que reconocen en seguida la verdad y las que la admiten tardíamente. Son los pioneros los que hacen avanzar la cultura y la civilización, como lo demuestra la historia de la ciencia, del arte y de la filosofía.

No existe ningún cuadro de honor para los que negaron la forma redonda de la Tierra, la teoría de la relatividad, los barcos de vapor, los aviones o las naves espaciales, pero sí hay monumentos levantados a los creadores de ideas audaces.

Hasta aquí, la tesis de una comunidad oculta de seres perfectos que guiarían la evolución de la Humanidad, pertenece al terreno de la especulación; pero, lo mismo que la conquista del espacio, que muchos pusieron en ridículo hasta el lanzamiento del *Sputnik I*, puede mostrarse exacta. Entretanto, invitamos al lector a leer estas páginas con un espíritu predispuesto a aceptar la lógica que puedan contener.

1. LOS ANTIGUOS MISTERIOS

Existe en Extremo Oriente una antigua creencia, ampliamente extendida, en una galaxia de espíritus iluminados que viven apartados en las regiones inaccesibles de Asia. Los historiadores y los filósofos de la Grecia y la Roma antiguas mencionan asimismo esta tradición en sus escritos. Se cree que el gran Pitágoras viajó al Indostán. Filóstrato relata el viaje de Apolonio de Tiana a una región transhimaláica que sólo puede ser el Tibet.

Téngase en cuenta que Pitágoras y Apolonio estuvieron en contacto con un sistema muy antiguo de instrucción iniciática, conocido con el nombre de Grandes Misterios. Mientras que los Misterios Menores eran simples cultos populares, los Grandes Misterios estaban reservados a un círculo restringido de espíritus cultivados, capaces de elevarse por encima del nivel medio de las masas.

«Dejad acercarse a aquel cuyas manos son puras, y sus palabras, sabias», escribió Celso (siglo II) a propósito de las condiciones de admisión a estos misterios. Un relato dejado por un escritor antiguo a propósito de los iniciados dice «que son puestos en condiciones de conocer el significado del enigma de la existencia mediante la observación de sus objetivos y sus fines, tales como fueron trazados por Zeus». Estas citas ofrecen

un buen hilo conductor hacia el contenido filosófico de los Grandes Misterios.

Hace diecinueve siglos, Filón *el Judío* escribió estas notables líneas sobre los Grandes Misterios:

¡Oh, vosotros, Iniciados, vosotros, cuyos oídos están purificados, recibid esto en vuestras almas como un misterio que no debe perderse jamás! ¡No lo reveléis a ningún profano! Guardadlo y retenedlo en vosotros mismos como un tesoro incorruptible, no como el oro y la plata, sino como algo más precioso que cualquier otra cosa, ya que se trata del conocimiento de la Gran Causa, de la Naturaleza y de lo que nació de las dos.

En Egipto, en Grecia, en Babilonia o en la India, el aspirante a la iniciación esperaba revelaciones contemplando el Infinito en el curso de las noches tachonadas de estrellas. De esta forma encontró Pitágoras las siete notas de la gama y la «música de las esferas», el sentido filosófico de los números y la forma redonda de la Tierra. De una manera idéntica, Platón descubrió que las ideas abstractas formaban por sí mismas un mundo invisible. La naturaleza eterna del Universo fue revelada a Heráclito de Ponto. La mayor parte de la filosofía griega tuvo su fuente en los Misterios de Egipto. Pitágoras, lo mismo que Platón, fue instruido por los Grandes Sacerdotes del Valle del Nilo.

Heródoto, el gran historiador de la Antigüedad, habla con gran respeto de los Misterios: «Me impongo —escribió— un profundo silencio a propósito de estos Misterios, cuya mayor parte me son conocidos.»

Los Misterios han usado siempre un lenguaje hermético, para salvaguardar los conocimientos secretos. Pueden servir de ejemplo a esta vieja práctica las palabras de Platón en una carta dirigida a Dionisio *el Joven*: *Os debo escribir en enigmas —advierte—, a fin de que mi misiva, si fuese interceptada por tierra o por mar, no pudiese en modo alguno ser comprendida*

por quien la leyere. Teniendo en cuenta el simbolismo velado de los Grandes Misterios, «su enseñanza es ininteligible para los locos», decían los Iniciados. En el curso de la Historia, estos hombres superiores escucharon mucho, hablaron poco y actuaron bien.

«Desde los tiempos más antiguos existe un código internacional secreto de símbolos para uso común de los iniciados, que da una clave al significado de tales doctrinas secretas, y son aún celosamente guardados por las hermandades religiosas, tanto en la India como en el Tibet, en la China como en Mongolia y el Japón», escribe un profesor de Oxford: el doctor Evans-Wentz¹.

Parece ser que hubo intercambios constantes de conocimientos entre los grupos de iniciados de Asia y los de la cuenca mediterránea, pese a las enormes distancias que los separaban. Ello explica por qué la doctrina pitagórica de la reencarnación apareció de pronto en Crotona (Italia), enseñanza que, si bien no fue extraña a Egipto, sería más verosímelmente traída de la India por Pitágoras.

Según Cicerón y Virgilio, los Misterios enseñaban la doctrina de la reencarnación, precisando que las penas y tristezas de esta vida eran una expiación de las faltas y pecados anteriores. Esta idea pudo haber sido importada de la India, con la cual la Grecia y la Roma antiguas sostuvieron contactos comerciales y culturales.

La admisión a los Grandes Misterios exigía ciertas ceremonias complicadas, llamadas iniciaciones. A través de los escritos de los autores clásicos, parece evidente que en el curso de estos ritos se manifestaban fenómenos extraordinarios.

En su *Fedro*, Platón escribe sus impresiones: «Nos convertimos en los espectadores de visiones enteras, simples, incambiables y benditas, que consistían en una pura luz.» Proclo (siglo v) añade que «los dioses adoptan numerosas formas por sí mismos, se muestran bajo aspectos variados y, a veces, ofrecen incluso a la vista una luminosidad sin contornos».

¹ W. Y. EVANS-WENTZ, *The Tibetan Book of the Dead*, Oxford, 1927.

Se cree que Sócrates dijo que «los que establecieron los Misterios eran hombres de gran genio». Los Misterios recibieron los más magníficos elogios de la mayoría de los espíritus iluminados de los tiempos antiguos. Píndaro, Platón, Plutarco, Eurípides, Aristófanes, Cicerón, Epicteto y Marco Aurelio, y muchos otros. Los escritos de estos grandes pensadores muestran el respeto que sentían hacia los Misterios. Es una verdad histórica que la gran ciencia, el inmenso saber y la alta filosofía de las Escuelas de los Misterios Egipcios estimularon a los hombres más eminentes de la Edad clásica.

Entre estos Misterios, los más extendidos eran los de Isis, Orfeo, Eleusis, Ceres y Mitra. Las ceremonias de iniciación se desarrollaban por la noche, por lo general en grutas, laberintos o pirámides. El carácter cósmico y significativo de los Grandes Misterios se hace aparente partiendo de la doctrina fundamental de que la Tierra es para el hombre sólo un lugar de exilio y que el espacio sideral es su verdadera morada.

Así, en el alba de la civilización creóse una asociación de Hombres Sabios, mundialmente extendida, que logró conservar la Antigua Sabiduría durante miles de años. Existía una estrecha relación entre la Ciencia —particularmente la astronomía— y los Grandes Misterios. Esta conclusión se desprende del simbolismo astronómico empleado en los Misterios.

La Humanidad confronta eternamente los fantasmas de la superstición y los prejuicios. Estos espectros parecen respetables para los que miran tan constantemente, que llegan a convertirse en parte integrante de su equipaje psicológico. Mas para los espíritus elevados por encima de la mediocridad de las masas, estos monstruos no pueden ocultar su verdadero rostro. Así ocurrió con los Adeptos y sus discípulos.

La admisión a los Misterios Menores se rechazaba igualmente para las personas de un carácter dudoso. A despecho de todo su poder, el emperador Nerón no se atrevió a asistir más a los Misterios de Eleusis tras haber asesinado a su madre. El emperador Constantino vio cómo le negaban la admisión a estos mismos Misterios después de haber asesinado a su hijo

Crispo y luego a su segunda esposa Fausta. Sin embargo, la Iglesia griega mostróse menos intolerante con el mismo, ya que lo canonizó después de su muerte. Estos hechos históricos demuestran que se exigía una reputación sin tacha al candidato a los Misterios.

El testimonio de los primeros Padres de la Iglesia es muy importante. Clemente de Alejandría (siglo II) escribía que la enseñanza de los Grandes Misterios concernía particularmente a la Naturaleza y al Universo. «Ahí acaba toda instrucción —exponía—. La Naturaleza y todas las cosas son vistas y conocidas.» Los Misterios se hallaban más cerca de la ciencia y de la filosofía que la religión reconocida, la cual se dejaba a aquellos cuya inteligencia y moralidad no habían alcanzado una madurez suficiente.

Conocimientos variados eran revelados al iniciado, a menudo recubiertos con el velo de símbolos o de criptogramas, cuya clave no poseía el profano. A causa del secreto mantenido en el curso de los siglos, es imposible reconstituir el cuadro de estas antiguas iniciaciones. He aquí, sin embargo, lo que decía de ello Lucio Apuleyo (siglo II):

No cabe la menor duda, curioso lector, de que estás ávido de saber lo que ocurrió cuando entré. Si se me permitiera decírtelo y se te permitiera oírlo, no tardarías en saberlo todo. Pero, en nuestro caso, mi lengua sufriría a causa de su indiscreción, y tus oídos, a causa de su curiosidad.

Estas líneas, llenas de *suspense*, apenas nos dicen nada. Sin embargo, Filón el Judío (siglo I) nos revela que «los Misterios eran conocidos para desvelar las secretas operaciones de la Naturaleza».

A través de los documentos históricos precedentes, es evidente que las Escuelas del Misterio abrían no sólo los ojos sobre el Yo subliminal, sino que daban también una instrucción científica y precisiones sobre la historia desconocida de la Hu-

manidad. Una prueba de ello la tenemos en el *Timeo* de Platón, donde Solón declara que los sacerdotes egipcios le hablaron de una cronología que se remontaba a nueve mil años antes de su época. Ello presupone, en el antiguo Egipto, la existencia de archivos históricos que cubrían amplios períodos de tiempo.

Los llamados *Magos*, o «Sabios de Oriente», fueron, sin duda alguna, miembros de una escuela mundial del Misterio. San Jerónimo (siglo IV) los definía como «Maestros que filosofan sobre el Universo», y les concedía un gran saber en astrología.

La cuestión de los Magos fue un tema delicado en teología y levantó no pocas controversias. Después de todo, los únicos seres que se supone estaban al corriente de la venida de Cristo eran los mensajeros angélicos que se aparecieron a José y a la Virgen María. Y, sin embargo, tres Hombres Sabios —o más— fueron igualmente advertidos del próximo nacimiento de Jesús. De lo contrario, no habrían abandonado su lejano país varios meses antes del acontecimiento esperado.

Los más hábiles astrólogos de aquel tiempo no habrían podido predecir con exactitud dónde y cuándo vendría al mundo el Mesías. Sólo un don de videncia podía conducir a los Magos hacia Palestina. Los teólogos consideran como desprovista de interés toda especulación sobre la Estrella de Belén. Si se acepta la veracidad del texto de san Mateo, esta luz no podía provenir de un planeta, ni de una estrella, ni de un cometa, a causa de su rápido movimiento en el cielo. Por otra parte, su curso era demasiado lento para hacer pensar en un meteoro. En consecuencia, ¿era un ingenio concebido por la tecnología de una antigua ciencia perteneciente al dominio de los Magos?

Una vieja leyenda, procedente sin duda de los propios Magos, puede aclarar el misterio:

¿Cuál fue la estrella que guió a los Magos? Seguramente era orden de la Hermandad: para aclamar a Jesús, para salvaguardar a la pobre familia y aportarle algunos

medios. Marchamos sobre la faz de la Tierra sin conocer el lugar exacto. Las órdenes de los Terafim nos dirigían y nos conducían día tras día. Cuando oímos: «Está cerca», habíamos perdido de vista toda huella de habitación. ¿Alguien podía esperar un milagro de un tal anuncio sin precedentes en medio de la sirle de los camellos y los rebuznos de los asnos? (46).

Los Sabios debieron de tener una premonición del nacimiento de Jesús cuando partieron para su largo viaje durante el embarazo de María. ¿De dónde venían? ¿Quién los encargó de su misión? ¿Dónde fueron luego? Aunque estas preguntas parezcan vanas, queda en pie el hecho de que los Magos estaban prevenidos acerca del acontecimiento que se preparaba. Su habilidad en las ciencias de las estrellas, su dominio de las facultades paranormales, que se manifestaba mediante advertencias recibidas durante el sueño, quedan atestiguados en el Nuevo Testamento.

El historiador hebreo Filón *el Judío* (30 a. de J. C. —40 después de J. C.) tal vez sea el más apto para dar una definición de la palabra *Mago*, ya que fue contemporáneo de Jesús:

Los Magos eran hombres santos que, manteniéndose apartados de todas las demás cosas en la Tierra, contemplaban las virtudes divinas y comprendían claramente la esencia divina de los dioses y de los espíritus. Y, así, iniciaron a otros en los mismos misterios, lo cual implica, en el curso de su existencia, el mantenimiento de una relación ininterrumpida con estos seres invisibles.

Esta explicación tiene, sin duda, más valor que todas las interpretaciones eclesiásticas reunidas en torno al nombre de «Mago», ya que proviene de un hombre ilustrado de la época de Jesús. Según Filón, estos Magos no eran sólo astrólogos procedentes de Persia —como proclaman las fuentes teológicas—, sino también grandes iniciados. Además, este documento his-

tórico recalca bien a las claras que los Magos pertenecían a una fraternidad mística.

¿Cuáles son los ideales y cuáles los métodos de esta antigua hermandad y de la contrapartida moderna que perpetúa aún los Grandes Misterios? Un autor inglés, Walter Owen, ha respondido con gran agudeza a estas preguntas:

Los miembros de la Hermandad no son omnipotentes ni tiránicos. El libre albedrío, núcleo de la personalidad individual del hombre, es inviolable. No hacen nada más que influir, impulsar, persuadir, explicar. Sus instrumentos son la ley natural, y las materias sobre las que trabajan son los deseos, las esperanzas, los miedos, las pasiones, los apetitos, las antipatías, los odios, los motivos egocéntricos y los proyectos de la Humanidad que, en su conjunto, se inclina aún hacia los ídolos del Teatro, del Cubil, del Mercado, de la Tribu, cuya voluntad es el impulso brutal de las reacciones patológicas y que mentalmente ha permanecido sólo algo por encima de los cazadores de mamuts. Los hombres cuyo ojo de la comprensión está abierto cooperan con ellos; pero tales hombres son raros. Son los diplomados de la Universidad de la Humanidad (37).

La India ha conservado la tradición de estos «diplomados de la Universidad de la Humanidad», que llama *Rishis*. El antiguo libro *Avatumsaka Sutra* constata que, desde el comienzo de la civilización, la Humanidad ha confundido la mentira y la verdad. Entonces se creó un sistema secreto de saber: el *Alaya Vijnana*. Pero, ¿quién poseía este saber? El texto responde: «Los grandes Maestros del Himalaya.»

El doctor Evans-Wentz, orientalista bien conocido, define sus objetivos y actividades trascendentes cuando escribe:

Aunque invisibles a los ojos de los hombres corrientes, estos Seres son visibles para los Videntes, y los «puros de

corazón» pueden comunicarse con ellos. Cual centinelas silenciosos, desde el Himalaya, Escudo de la Tierra, velan, con divina compasión, hasta que la Noche de Kali Yuga haya acabado su curso aún largo y se levante el Día del Despertar sobre todas las naciones¹ (61).

Según el *Vedanta-sara*, el verdadero Maestro o Gurú es un hombre entregado a la práctica de todas las virtudes, que ha roto todas las ramas y extirpado todas las raíces del árbol del mal con la espada de la sabiduría; que ha disipado la densa oscuridad con la luz de la razón; que procura, con el mayor cuidado, aventar la oscura niebla de la ignorancia en la que ha caído el conjunto de la Humanidad.

Los Místicos de Occidente estuvieron familiarizados también con estos Magos. Uno de ellos, Karl von Eckartshausen (1752-1813), escribía estas palabras en sus *Revelaciones sobre la Magia*: «Viven en diversos puntos de la Tierra. Algunos están en Europa; otros, en África, pero están unidos entre sí por la armonía de sus almas, y, así, sólo forman un cuerpo. Se entienden entre ellos, aunque hablen distintas lenguas, ya que el lenguaje de los sabios es una percepción espiritual.» En otra obra, el mismo autor dice que esta «Escuela de Sabiduría» está secretamente oculta al mundo y se halla sometida sólo al Gobierno Divino (15).

No hay nada de irracional en suponer que, en el pasado, hombres previsores e inteligentes se constituyeran en cuerpo permanente para hacer frente a la ignorancia y a la mediocridad, siempre presentes, de las masas, así como a la intolerancia de los cultos establecidos. Pensar de distinta manera que la mayoría, ha sido siempre una actitud llena de riesgos, ya que los sacerdotes de los ídolos del día son siempre hostiles a los audaces que son a menudo capaces de mostrar una sabiduría mayor que la de ellos.

He aquí por qué grupos de hombres se organizaron, en el pasado, a fin de proseguir, en secreto, estudios filosóficos y

¹ Véase bibliografía al final de la obra.

científicos sin riesgo de perturbaciones exteriores. A veces se encontraban, en su país, en el seno de la religión reconocida y pertenecían a su élite. En otras ocasiones se hallaban fuera de su esfera y eran completamente ignorados como iniciados.

Las Escuelas de los Misterios de Egipto, de la India, de Grecia, de China y de otros países de la Antigüedad, pueden servir de ejemplos de esta costumbre, que consiste en perpetuar el Antiguo Saber. Según los autores clásicos, los historiadores y los textos antiguos, los que participaban en los Grandes Misterios eran hombres de amplitud de miras, de una alta moralidad y de una profunda comprensión. Estudiaban no sólo al hombre, sino también el Universo, el cual representa sólo una ínfima partícula del mismo. Se había establecido una cadena entre todos sus centros en el mundo, y cuando una civilización cualquiera necesitaba un estímulo o un rápido auxilio, le llegaba de otras ramas de esta Hermandad mundial. Ello explica el repentino aluvión de nuevas ideas en el curso de ciertos períodos históricos y los cambios radicales que siguieron a su adopción.

La aparición del Cristianismo a través de los esfuerzos de los esenios, que enseñaron el Cristianismo antes del Cristianismo o, por el contrario, el declive de la religión dogmática y el advenimiento de la ciencia moderna, constituyen otros ejemplos de esta sugestiva labor de los Misterios, efectuada a través del mundo según un plan fijado. Y aunque ciertos designios han fracasado ocasionalmente a causa de una falta de cooperación de las masas, la excelencia de los planes no debería jamás ponerse en duda, ya que emanaban de los poseedores de una profunda sabiduría mantenido a lo largo de siglos, y no durante breves años.

Los Mahatmas legendarios del Himalaya no son iniciados aislados, sino los miembros de una hermandad consagrada a la resurrección espiritual de la Humanidad. Ésta fue, por lo menos, la creencia general de los pueblos de la India y del Tibet.

2. EL VALLE DE LOS INMORTALES

Un mito suele ser considerado como una especulación atractiva, pero irreal, de las razas primitivas sobre el origen del mundo y del hombre. Esto es exacto hasta cierto punto. Sin embargo, hay mitos que se remiten a ciudades y a héroes legendarios, y estas tradiciones, orales y escritas, se han revelado a menudo como hechos auténticos desfigurados.

Cuando Heinrich Schliemann afirmó su creencia en la *Ilíada* de Homero y anunció que iba a buscar la fabulosa ciudad de Troya, el mundo académico se contentó con reír de su credulidad, ya que Troya era considerada como una fábula. No obstante, Schliemann no descubrió sólo una ciudad de Troya, sino nueve ciudades antiguas, edificadas las unas sobre las otras y enterradas profundamente. Encontró asimismo cofres incrustados de marfil que encerraban brazaletes de oro, copas y pendientes, una fastuosa recompensa por su obra de pionero de la Arqueología.

Alentado por este éxito, el investigador decidió seguir el camino tomado por Agamenón, el vencedor de Troya, para regresar a Troya. Su finalidad era la de encontrar el botín de guerra que los griegos habían tomado de la ciudad vencida. De esta forma, en Micenas descubrió un importante tesoro. Aunque, en realidad, estas riquezas habían pertenecido no a Aga-

menón, sino a otro rey, Schliemann había demostrado, sin embargo, la realidad de la leyenda de Troya. Sus descubrimientos revolucionaron totalmente la Historia y la Arqueología.

Por su parte, Arthur Evans consideraba la leyenda del Minotauro, en Creta, como un recuerdo folklórico del pasado. Sus excavaciones sacaron a la luz del día el colosal palacio de Minos, que visitan y admiran hoy miles de turistas.

Las tablillas de Babilonia y, más tarde, la Biblia, mencionan la Torre de Babel. En 1898, Robert Koldewey excavó un sitio en Mesopotamia y descubrió este antiguo zigurat. Una vez más, el mito se convirtió en un hecho histórico.

Los sabios y los cronistas de la antigua China fueron extremadamente precisos al consignar los acontecimientos históricos, tales como las manchas solares, las novas o los cometas. La misma precisión se aplica a sus anales históricos, incluso aquellos que parecen relatar hechos increíbles. Recordemos que, en el 547 a. de J. C., el historiador que se negaba a glorificar a su emperador en detrimento de la verdad, era condenado a muerte.

Según los antiguos escritos de China, Nu y Kua, los prototipos asiáticos de Adán y Eva, nacieron en los montes del Kuen-Luen, situados en una desolada región del Asia Central. Resulta difícil comprender por qué un lugar tan extraño pasa por haber sido el Edén chino. El desierto de Gobi fue probablemente, en cierta época, un mar interior rodeado de regiones fértiles. Lógicamente, los chinos debían elegir la provincia del Cantung, en el valle del Yang-Tsé-kiang, como la probable residencia de los primeros hombres en la Tierra. Sin embargo, esta peregrina creencia se halla fuertemente arraigada, y es repetida constantemente en las crónicas y escritos del Celeste Imperio.

El imponente Kuen-Luen, cuyas cumbres están cubiertas de glaciares y de nieve, es considerado, en la mitología china, como la morada de los Inmortales. El Olimpo asiático estaría allí presidido por *Hsi Wang Mu*, *La Reina Madre del Oeste*. Los chinos cultos no han podido jamás explicar por qué su Olimpo está situado tan lejos de la China propiamente dicha. Hasta una

época reciente, pocos chinos se aventuraban a viajar por esta provincia retrasada, apenas habitada por tibetanos y mongoles hostiles. ¿Se puede encontrar una explicación plausible a esta leyenda?

El palacio de nueve pisos de Hsi Wang Mu se describe como construido en jade puro. Está rodeado de un magnífico jardín, en el que se eleva el Melocotonero de la Inmortalidad, que florece y da su fruto cada 6.000 años. Sólo hombres y mujeres de elevada virtud e inteligencia superior son admitidos a comer este maravilloso fruto, que los preservará de la muerte y les conservará una perpetua juventud. Invisibles instrumentos difunden en el aire una suave música, y se puede beber el elixir de juventud en la fuente de la vida eterna, afirman los narradores chinos.

En este macizo montañoso existe un espléndido valle, protegido de los vientos fríos. Para el que alcanza el valle de la diosa se detiene la rueda del renacimiento y entra en el Nirvana, dicen los budistas del Norte. Hsi Wang Mu es llamada también Kuan Yin, diosa de la misericordia, y a menudo es representada, tanto en China como en Japón, con miles de brazos y miles de ojos, que simbolizan su deseo de ayudar a la Humanidad.

Kuan Yin es llamada también «la que está atenta al grito del mundo», «la diosa que vigila al mundo», «la guardiana misericordiosa». Para los budistas, es la compañera de *Avalokiteçvera*, que da a la Humanidad la plegaria del corazón, *Om Mani padme hum* («¡Oh, tú, joya en el loto!»). En el Tíbet y el Nepal es invocada a veces con el nombre de *Blanca Tara* o *Dolma*.

Los chinos dicen que los ayudantes de Hsi Wang Mu poseen cuerpos perfectos, que no envejecen ni mueren. Estos seres están llenos de sabiduría y de poder, y ayudan a la Madre Dorada en sus actividades humanitarias.

Se supone que los Inmortales poseen la facultad de viajar a su antojo por todo el Universo, de un mundo a otro, e incluso de vivir en las estrellas lejanas. Es sorprendente encontrar un concepto tal en la Antigüedad, ya que sugiere prácticamente la

idea de los viajes espaciales de nuestros tiempos modernos. Por otra parte, si este concepto es una proyección del espíritu hacia un sistema cósmico alejado, es igualmente sorprendente que los antiguos chinos entrevieran una tal posibilidad, ya que nada, en su época, permitía concebir la inmensidad del Universo.

Antiguos libros del Celeste Imperio describen la época legendaria de los Hijos del Cielo que llegaron, como pródigos portadores de la cultura, tres milenios antes de nuestra Era. En aquellos tiempos se manifestaron extraños fenómenos astronómicos, por ejemplo, la caída de una enorme estrella en la Isla de las Flores, que el filólogo soviético Lisevich sitúa en el desierto de Gobi¹.

El sabio ruso interpreta el mito como relacionado directamente con el auténtico descendimiento de una nave espacial que, en el alba de la Historia, habría depositado civilizaciones cósmicas en Asia Central. Esta leyenda, tomada de un viejo texto chino, se hará más significativa aún cuando se relacione con la *Isla Blanca*, lugar de residencia de los Yoguis Inmortales, que mencionan los escritos de la India.

Es extraña la leyenda de la Tierra de los Inmortales. Sin embargo, el gran Lao-Tsé (nacido hacia el 604 a. de J. C.), cuyo pincel redactó el clásico *Tao-Té-King*, base de la filosofía taoísta, abandonaría, al parecer, la China Central hacia el final de su larga existencia, para dirigirse al país de Hsi Wang Mu. Numerosas estatuillas del gran sabio nos lo muestran sobre el lomo de un búfalo, caminando hacia el legendario país. Ello tal vez explique por qué ningún historiador chino sabe dónde ni cuándo murió el filósofo.

Los documentos históricos prueban que Lao-Tsé no fue el único que emprendió el viaje hacia el lejano Kuen-Luen, a través del Gobi. Según las fuentes chinas,² el emperador Mu, de la dinastía de los Chu (1001-946 a. de J. C.), podía vanagloriarse de haber obtenido efectivamente una audiencia de la diosa Hsi

Wang, a orillas del lago de Jaspe, en la cadena del Kuen-Luen. Otra crónica nos informa acerca de la repentina aparición de la diosa del Oeste en el palacio del emperador Wu-Ti, de la dinastía de los Han (140-180 a. de J. C.).

Ko Yuan (o Hsuan), un ilustrado taoísta del siglo III, consigna en una obra sus revelaciones filosóficas. Insiste en el hecho de que el conocimiento secreto no ha sido jamás accesible a los simples curiosos entre los hombres instruidos de este bajo mundo. Decía que se tenía que elevar por encima de la Tierra para comprender la enseñanza. Por otra parte, era absolutamente formal respecto a los orígenes de la ciencia taoísta (provenía del reino de la *Madre Real del Oeste*).

Durante numerosos siglos ha sido constantemente repetida por los autores chinos la leyenda de la *Tierra de la Diosa Madre del Oeste*, donde residen los gigantes espirituales. ¿Se trata de una alegoría que designaría el lugar de estancia de los hombres perfectos en una residencia aislada, en el Asia Central? En efecto, un estudio de la historia de China y de su literatura corrobora esta posibilidad.

Los archivos del Vaticano encierran un considerable número de informes precisos de los misioneros católicos de los últimos ciento cincuenta años acerca de las misteriosas comisiones que enviaban los emperadores de China a los *Espíritus de las Montañas*. Estos seres, residentes en el Nan Chan, o Montes Kuen-Luen, eran habitualmente descritos como revestidos de cuerpos sólidos visibles que, sin embargo, no tenían carne ni sangre. ¿Se trataría de superhombres en una envoltura humana artificialmente obtenida de una materia atómica cristalizada, los llamados dioses *nacidos del espíritu*? Los escritos indios hablan del poder de que gozarían los cuerpos divinos de hacerse más pesados y más densos, más ligeros y más etéreos.

Este enigma fue citado asimismo por el obispo Delaplace en sus *Annales de la Propagation de la Foi*, publicada hace más de cien años. Las comisiones partían de Pekín y eran generalmente enviadas por el emperador en el curso de un año de crisis grave; cuando no podía resolverse a tomar una decisión.

¹ *Africa i Azia* (URSS), 11, 1974.

² *Hsien-fo chi-tsung* y *Mu-tien tsu-chuan*.

Son muy sorprendentes las crónicas que describen estas misiones de mandarines y de sacerdotes de la Corte del Celeste emperador hacia los genios de las montañas. ¿A quién esperaban encontrar estos emisarios imperiales en las nevadas cumbres del Kuen-Luen? Es muy improbable que se contentaran con cazar el pato salvaje. Entre las líneas de estos documentos históricos debe de ocultarse una parcela de verdad. Si ello es así, y a despecho de las fantásticas descripciones, poéticamente aderezadas, el palacio de Hsi Wang Mu, en el país de los Inmortales, puede tener la misma realidad que el Templo del Cielo, en Pekín.

En los siglos III y II antes de nuestra Era, los emperadores de China despacharían importantes expediciones, bien equipadas, hacia lo más profundo del Asia Central, en busca de los Inmortales arrancados del mundo y de la Reina Madre del Oeste. Para dar una idea de la organización estatal de la antigua China y de la exactitud de sus registros, contamos con un impresionante ejemplo de su eficacia: el censo de la población para el año 1-2 de nuestra Era cita la existencia de 59.594.978 individuos en el Celeste Imperio. Los informes relativos a las misiones imperiales en el Valle de los Inmortales, aun suponiendo que se acercaran sólo a medias a tal precisión, deberían ser leídos con la misma atención.

El panteón chino posee una jerarquía graduada de dioses que se mezclan con semidioses y mortales en una escala ascendente. Por ejemplo, *Hsien Jen* es un hombre que, tras beber el elixir de la inmortalidad, parte para las montañas. En efecto, su nombre, *Hsien Jen*, significa *Hombre de montaña*.

El paraíso del Oeste se llama *Hsi Tien*, y van a él las almas iluminadas para escapar a la rueda de la reencarnación. Este país es un lugar de esplendor y de alegría. Como hemos visto, en la fusión de las religiones, Hsi Wang Mu, la Reina Madre del Oeste, es identificada a menudo con Kuan Yin, diosa de la misericordia, así como con la compasiva Avalokiteçvara. Aparte los nombres y atributos diferentes de estas divinidades, la China del Oeste y sus altas montañas son unánimemente

consideradas como la sede de la Bondad y la Sabiduría.

Los taoístas creen en la tierra de Tebú, el país más magnífico del mundo, perdido entre el Sseu-Tchuan y el Tibet, donde cadenas de nevadas montañas ocultan estrechos valles cortados por torrentes y cascadas. En el santuario de los Inmortales llenos de serenidad, el mundo físico alcanza el reino de los dioses, y los que tienen el privilegio de residir en él, viven permanentemente en dos universos: el mundo objetivo de la materia y el plano superior del espíritu. Poseen los cuerpos físicos más perfectos, junto con las almas más puras y más sabias.

Algunos detalles de estas leyendas chinas sorprenden por su precisión. Este lugar secreto está habitado por seres que fueron anteriormente hombres y mujeres corrientes. Alcanzan la tierra sagrada gracias a sus progresos espirituales. El lugar puede ser localizado efectivamente por el investigador sincero que marcha en busca de la verdad y está desprovisto de todo motivo egoísta.

Tal es la sólida tradición de la China, que se ha perpetuado en el curso de las edades y que goza del respeto de los más grandes filósofos. Esta antigua creencia en el Valle de los Inmortales debe de tener un fondo de realidad, a despecho de las características imaginativas que se observan en ella a través de innumerables generaciones.

Imaginando que en un tiempo remoto unos sabios asociados establecieran un centro permanente en una parte aislada de Asia, el mito de los Inmortales se hace comprensible. Su Doctrina podría muy bien ser la herencia de una civilización desaparecida. Aunque el número de estos Sabios pueda ser muy restringido, es inmensa la importancia de su Antiguo Saber.

El carácter tangible de la morada de los guardianes de esta tradición arcaica aparecerá en el curso del profundo estudio de todas las crónicas fidedignas de los historiadores y de los relatos publicados por los exploradores de Asia.

3. LA ISLA DE SHAMBHALA

Los pueblos de la India, lo mismo que los chinos, creen en la realidad de una morada de hombres perfectos, que denominan *Kalapa* o *Katapa*. La *Bhagavata Purana* y la enciclopedia *Vachaspattya* sitúan esta región en el flanco norte del Himalaya, es decir, el Tibet. La legendaria tierra de *Aryavarsha*, de donde esperan los hindúes la aparición del futuro salvador, *Kalki Avatar*, se encuentra al norte del monte Kailas, en el Tibet Occidental, y se cree que el *Valle de la Iniciación de Buda* está situado en la misma zona.

Según la *Kurma Purana*, había una vez, en el mar septentrional, una isla, llamada *Sweta-dvipa*, o Isla Blanca, que era la morada de los grandes yoguis. Tradicionalmente, el desierto de Gobi es el fondo de este mar primitivo, y la isla es ahora un imponente macizo de altas montañas, cortado por profundos valles. No es improbable que los sabios yoguis se hallen aún establecidos en este oasis perdido en el corazón de los laberintos montañosos de Asia.

La literatura puránica describe la *Isla de Shambhala*, situada en medio de un lago de néctar, con su lujuriante follaje y su palacio. Para alcanzar la isla había que ser transportado por las alas de un ave de oro.

En los documentos tibetanos, este misterioso centro lleva asimismo el nombre de *Shambhala*¹ o *Dejung*. El padre Esteban Cacella, misionero jesuita portugués, señala la existencia de este «fabuloso país» en los informes que redactó, ya que vivió veintitrés años en Shigatsé, donde murió en 1650. Los lamas sentían tal respeto por este sacerdote, que le propusieron incluso sus servicios para conducirlo a este lugar secreto de *Chang Shambhala*, o Shambhala del Norte². Su compañero, el padre Juan Cabral, escribía en 1625: «Según mi parecer, Shambhala no es Cathay (antigua denominación de China), sino lo que en nuestros mapas se llama Gran Tartaria» (64). Estos dos misioneros fueron los primeros europeos que dieron un informe documentado sobre el Dominio de Shambhala.

El reino viene asimismo indicado en un mapa del siglo XVII, publicado en Amberes por las autoridades católicas. Csoma de Korös, filólogo húngaro que pasó cuatro años en un monasterio budista del Tibet (de 1827 a 1830), sitúa incluso la posición geográfica de Shambhala entre el 45° y el 50° de latitud Norte, más allá del río Syr Daria.

Gran número de obras sobre la antigua religión Bon del Tibet fueron traducidas y publicadas en la India por los emigrados tibetanos en el curso de los años sesenta. Uno de estos libros sagrados contiene un mapa en el que están indicados muchos países de la Antigüedad, tales como Persia, Bactriana, Babilonia, Judea y Egipto. Por tanto, es posible fechar el establecimiento de este mapa en el siglo I de nuestra Era³.

Entre los reinos representados en este documento, uno lleva el nombre de *País de Shambhala*, reivindicado como la cuna del culto Bon. Así, la gran antigüedad de esta carta geográfica atestigua la gran ancianidad de la tradición shambhaleana.

¹ Ortografiado también *Shamballa*. En esta obra se han adoptado las ortografías de los orientistas.

² Como quiera que existe una ciudad llamada Shamballa, al norte de Benarés, en la India, la morada de los «Iluminados», más allá del Himalaya, suele ser llamada *Shambala del Norte*, o *Chang Shambhala*.

³ *Baikal* (URSS), n.º 3, 1969.

Hace cincuenta años, un filólogo alemán, el doctor A. H. Francke, no titubeó en mencionar esta región en sus publicaciones científicas. Se lamentaba incluso de que la realidad de Shambhala estuviese tan viva en el espíritu de sus guías que en ciertos lugares, en el curso de una exploración por Asia, se negaran a seguir el camino previsto y cogieran otro, por temor a violar las fronteras sagradas del territorio prohibido.

Incidentes similares fueron descritos, hace cien años, por el explorador ruso Prievalski, y he aquí lo que escribió a propósito de Shambhala: «Otro cuento, muy interesante, se refiere a Shambhaling, una isla situada en los confines del mar nórdico. Abunda en ella el oro, y el trigo crece hasta una altura prodigiosa. La pobreza se desconoce en este país. En realidad, la leche y la miel manan en Shambhaling» (39).

Estandartes tibetanos de una gran rareza —como los que se reproducen en este libro— representan la ciudad de Shambhala. Estas pinturas artísticas nos la muestran en el centro de un oasis circuido de montañas de cumbres nevadas. Las aguas de un río o de un lago bañan la Tierra Sagrada, lo cual explica uno de los nombres del Reino de los Dioses: *Isla de Shambhala*.

Las investigaciones sistemáticas del tibetólogo italiano Giuseppe Tucci colocan la comarca de Shambhala en los parajes del río Tarim, que toma su fuente del macizo de Altyn Tagh¹.

El estudio de los manuscritos tibetanos examinados por el profesor Tucci revela el hecho de que, desde tiempos inmemoriales, una dinastía de jefes llenos de sabiduría, de origen celeste, rigió el Reino de Shambhala y conservó los inestimables legados de la *Kalachakra*, la ciencia mística del esoterismo búdico.

El *Kanjur* (Libro VII) habla de este *País de Shambhala*, situándolo en el Norte. Uno de los libros kanjur encierra incluso un texto que es considerado como la copia de un manuscrito recibido directamente de Shambhala. Su título sánscrito es de una impresionante longitud: *Bhagavanvajra-paniguhya-bhidesha-tantraraja*.

¹ G. TUCCI, *Tibetan Painted Scrolls*, vol. I, Roma, 1949.

El *Tanjur* (Kalapar-jugpa) enumera los hitos del camino que conduce a Shambhala, en tanto que los *Anales Azules* mencionan «el palacio espiritual de Shambhala del Norte». Lo mismo que las piezas de un rompecabezas, todos estos extractos, juntos, forman el marco de un lugar que fue considerado, injustamente, como un simple mito. Pero no olvidemos lo que ocurrió con la legendaria ciudad de Troya y cómo fue descubierta por Schliemann. Shambhala podría ser otra Troya.

Tal vez convenga recalcar aquí que la *Doctrina de Shambhala* estuvo relacionada con el monasterio de Tashi Lhunpo, fundado, cerca de Shigatsé, en 1447. Antes de la irrupción de los maoístas en el Tibet, esta lamasería tenía templos, salas de estudio y alojamientos para 4.000 monjes, lo cual da una idea de su importancia.

En 1923, el VI Panchen¹, o Tashi Lama, jefe del budismo esotérico tibetano, que ocupaba el solio en la ciudadela monástica de Tashi Lhunpo, tuvo que huir a China por razones políticas. Es considerado como el único alto lama del Tibet que tuvo autoridad para expedir «pasaportes para Shambhala» a los lamas más dignos.

Este Panchen-lama era una personalidad notable, a propósito del cual Sir Charles Bell, un experto en cuestiones tibetanas, dijo cierto día: «Es una suerte que exista un hombre así en el Tibet» (4). Su dominio de la ciencia oculta era generalmente reconocido, y acerca de sus milagros corrían sorprendentes relatos. Tras haber acabado, en 1915, un templo que había de albergar una colosal estatua de Maitreya, el futuro Buda, todo el valle del Tsang-Po beneficióse de excepcionales cosechas (4). Por el contrario, cuando el Panchen abandonó el Tibet, en 1923, terribles nevadas asolaron todo el país, arruinando a la población (40).

En el curso de una visita efectuada a la India, preguntósele al Panchen-lama si estaba justificada la reputación de los poderes psíquicos de los altos lamas tibetanos. Su Santidad no respondió nada y se limitó a sonreír. Luego, de repente, desa-

¹ Panchen-lama; abreviatura de Pandita Chen-Po, o el Gran Sabio.

pareció, y resultaron vanos todos los intentos por encontrarlo. Fue un recién llegado el que, a distancia, se benefició de una visión insólita: el Panchen-lama estaba sentado bajo un árbol del jardín, aunque permanecía invisible a los ojos de sus huéspedes (42).

En su libro *Bêtes, Hommes et Dieux*, el doctor Ferdinand Ossendowski se refiere al Tushegun Lama de Mongolia, el cual le explicó las maravillas realizadas por el Panchen-lama, a cuyas órdenes, las lámparas y bujías se encendían por sí solas en los templos, y las imágenes, en las tankas (estandartes religiosos), hablaban y profetizaban (36).

Tras la llegada del Panchen-lama a China se organizaron en muchas ciudades impresionantes procesiones. En mi juventud vi a Su Santidad en el curso de estas festividades, y aún recuerdo el canto de los monjes, el tintineo de las campanillas en medio de los automóviles, los rickshaws y las bicicletas. Mi larga estancia en Extremo Oriente me ha ayudado grandemente a captar el espíritu asiático. Si no hubiese vivido estas experiencias personales, jamás habría tenido la audacia de escribir este libro.

El profesor Nicolas Roerich, al que siempre he considerado como mi maestro desde que lo vi por primera vez en Shanghai, en 1935, escribía las líneas siguientes en su *Heart of Asia (Corazón de Asia)*: «Si quiere usted comprender Asia y acercarse a ella como visitante favorablemente acogido, salude a su huésped con la palabra más sagrada: ¡Shambhala!» Alexandra David-Neel, que vivió varios años en el Tibet, recuerda también Shambhala en su *Vida sobrenatural de Gessar de Ling*.

Al abordar un tema situado entre la historia y la leyenda, lo tangible y lo intangible, es esencial que precise mis fuentes. Como ya se indica en el prólogo, esta investigación se apoya principalmente en las escrituras del budismo Mahayana. Sin embargo, rebasa los límites del budismo tibetano a fin de descubrir, sobre la Ciudad de los Iluminados, tradiciones paralelas no sólo en las restantes partes de Asia, como India o la China, sino incluso en Europa.

Los libros y las telas del gran pintor que fue Roerich me sirvieron de guías para verificar la exactitud de mis constataciones. Los trabajos de su hijo, el doctor George Roerich, orientalista que obtuvo en la Sorbona y en Harvard las más altas distinciones, me ayudaron a aclarar más de un punto dudoso. Me sirvieron también de gran ayuda los escritos y la correspondencia de Madame Hélène Roerich, discípula, a su vez, de los Maestros del Himalaya. La familia Roerich vivió en el valle himaláyico del Kulu, muy cerca de la frontera del Tibet Occidental. El autor vivió asimismo en el citado valle. Allí —donde, en otro tiempo, fue escrito el *Mahabharata*—, los Roerich sirvieron de intermediarios a un sabio de Oriente, conocido con el nombre de Mahatma Morya, citado por primera vez, hace cien años, por Madame Blavatsky. Este Maestro del Himalaya compuso una serie de obras sobre *Agni Yoga*, el Yoga de Fuego¹. Uno de los libros termina poéticamente y revela el lugar de residencia de este profeta de la Antigua Sabiduría: «Dado en el Valle del Bramaputra, que tiene su fuente en el Lago de los Grandes Nagas (1-A).» El texto sánscrito original no plantea problema alguno al filólogo George Roerich.

Las *Cartas de los Mahatmas*, dirigidas a A. P. Sinnett y escritas a finales del siglo pasado, representan otra fuente de primera mano que procede directamente del círculo cerrado de los Sabios de Oriente.

La imagen del misterioso reino de Shambhala se precisa tras el examen de lo que escribieron sobre él los Mahatmas. En una carta dirigida a Sinnett, en 1881, el venerable Mahatma describió un priorato secreto:

En cierto lugar que no se puede indicar a los profanos, existe una barranca cuyos lados están unidos por una ligera pasarela de fibras vegetales trenzadas. Un torrente impulsa, allá abajo, sus impetuosas aguas. Los miembros más aguerridos de vuestros clubs alpinos apenas se atre-

¹ Véase bibliografía.

verían a aventurarse en este pasaje, ya que está suspendido como una tela de araña y parece vetusto e infranqueable. Sin embargo, no lo es, y el que se atreve y lo consigue —y lo conseguirá si es justo el que lo lleva a cabo—, llega a una garganta de incomparable belleza, a uno de nuestros lugares y hacia algunos otros sobre los cuales no dan información alguna los geógrafos europeos. A un tiro de piedra de la antigua lamasería se encuentra la vieja torre, cuyo interior engendra generaciones de Bodhisattvas (30).

En el *Shambhala-lam-yig*, o *Camino de Shambhala*, raro libro tibetano del siglo XVIII, el III Panchen-lama escribió que el reino de Shambhala está situado en una región montañosa, rodeada por doquier de poderosos macizos de nevadas cumbres. Este Panchen-lama era tenido en gran estima por George Bogle, de la Compañía de las Indias Orientales, que fue el primer ciudadano británico que penetró en el Tibet. El libro, traducido al alemán por el profesor A. Grünwald (21), contiene una larga lista de hitos geográficos y nombres de lamaserías voluntariamente indicados de manera confusa, a fin de que sólo tibetanos muy eruditos, versados en el conocimiento de los nombres antiguos y modernos de los lugares, puedan aclarar esta charada y jalonar, en sus mapas, el camino de Shambhala. Pero la ley permanece formal para todos: «¡El indeseable no la alcanzará jamás!» Sólo aquel que ha oído *Kalagiya*, la llamada de Shambhala enviada «por el viento» o telepáticamente por los Grandes Maestros, puede esperar llegar con toda seguridad al Valle de los Hombres más sabios de la Tierra.

Nicolas Roerich nos ofrece el episodio de un lama siberiano que hubo de trepar por una estrecha galería subterránea para llegar a un lugar sagrado (45). Menciona asimismo monumentos tibetanos que marcan las fronteras de la tierra prohibida.

«¡Lama! En Turfán y Turquestán nos mostraron cavernas surcadas por largos pasajes inexplorados. ¿Se pueden alcanzar los ashrams (santuarios) de Shambhala por estos caminos?», preguntó Roerich (42). Los lamas le respondieron que los san-

tos hombres no desean ser molestados por exploradores o curiosos, por lo cual las fronteras de sus colonias se hallan protegidas mediante diversos métodos. Se utilizaban incluso, como pantallas de protección, gases envenenados que brotaban de fisuras naturales. Se sabe de animales y personas que empezaron a temblar ante la proximidad de ciertas localidades, como si hubiesen sido alcanzados por rayos invisibles.

Los habitantes de estas comunidades convenían con que nadie podía pasar por allí sin permiso:

Ya ha oído usted decir, por viajeros fidedignos, que los guías se niegan a conducirlos en ciertas direcciones. Se dejarían matar antes que llevarlos más adelante. Así es. Los guías han sido psicológicamente condicionados por nosotros. No obstante, si un viajero se obstina en proseguir el camino, se produce ante él un derrumbamiento. Y si el viajero supera este obstáculo, un diluvio de piedras lo aniquilará definitivamente, ya que el indeseable no debe alcanzar su destino (1-C).

Esta barrera protectora es posible gracias a las gigantescas cadenas montañosas, los glaciares y los inmensos desiertos de Asia. Sin embargo, los Mahatmas aseguraron a Sinnett que «los que desean conocer son acogidos por ellos en las fronteras» (30).

Son enormes las distancias que separan a estas comunidades de iniciados. Se extienden desde la cadena de Karakoram hasta Kalgan, cerca de Pekín, y desde el lago tibetano Manasarowar, en el Lob Nor, desierto de Gobi. Hechos extraños se han producido en este vasto territorio, los cuales indican la presencia de estos seres superiores.

En el curso de los últimos veinticinco años, China ha sido sistemáticamente explorada y explotada. La provincia de Chinghai, primitivamente desolada, está hoy cubierta por miles de pozos de petróleo. En la región del lago Lob Nor se llevaron a cabo las pruebas atómicas chinas. Cada uno de estos lugares está incluido en el territorio de Shambhala. Sin embargo, los

primeros sabios del mundo son capaces de protegerse de estos peligros retirándose a sus montañosas catacumbas.

Los exploradores de Asia, tales como Roerich, nos han enseñado que existen valles insospechados en medio de colosales montañas nevadas de la meseta tibetana. Su expedición encontró fuentes de agua caliente que mantenían una lujuriente vegetación en estos valles desconocidos, en torno a los cuales se extendían sólo inmensidades rocosas y heladas.

Evidentemente resulta difícil, en este vasto país montañoso, encontrar el lugar de la Fraternidad. Un peregrino puede caminar por el desierto de Gobi hacia una ciudad de los Centinelas de la Humanidad, mientras que otro, con la misma finalidad, asciende por el majestuoso Himalaya. Han renunciado a todo, pero poseen el mundo. Pobrementemente vestidos, son más ricos y más nobles que los rajás de la India. El discípulo del Corazón arde de compasión por la Humanidad. Su espíritu está iluminado por una luz invisible, que llega de las profundidades cósmicas. Un cerebro frío, un corazón caliente y una voluntad ardiente son las consignas para el pase hacia Shambhala, dominio de Kuan Yin, diosa de la misericordia.

Desde tiempos inmemoriales, los pueblos de Asia tienen la convicción de que el territorio prohibido está bien guardado. Hace numerosos decenios, el diario indio *Statesman* publicó la historia de un mayor británico que observó, en una cima escarpada, a un hombre de alta talla, largos cabellos y ligeramente vestido. Apoyado sobre un gran arco, escrutaba el valle. Al observar la presencia del mayor, desde la pared vertical en que se hallaba dio un salto vertiginoso y desapareció (42).

«El Sahib ha visto a uno de los hombres de las nieves que guardan la Tierra sagrada», explicaron los indígenas.

En una de sus telas, Nicolas Roerich nos da el retrato de una *Muchacha de las Nieves* en medio de un decorado de rocas nevadas. También lleva un arco. Pese a los glaciares que la rodean, está casi desnuda, como si un halo de calor la protegiera del frío.

Ahora podemos examinar la posibilidad de que estas colo-

nias de cultura superior posean una tecnología. Es lógico admitir que los que han dedicado una larga parte de su vida a la ciencia, más tarde o más temprano descubran aplicaciones técnicas.

Numerosas razones hacen pensar que la Fraternidad utiliza una vasta red de galerías, de cavernas y de catacumbas. Sobre este punto, he aquí el testimonio de Roerich:

En los contrafuertes del Himalaya existen muchas grutas, y se dice que de estas cavernas parten pasajes subterráneos que se adentran profundamente bajo Kinchinjunga. Algunos han visto incluso la puerta de piedra que jamás ha sido abierta, ya que aún no ha llegado el tiempo de ello. Estos profundos pasajes conducen al espléndido valle (45).

Según las palabras del gran explorador de Asia, es evidente que el «espléndido valle» es el Valle de los Inmortales, o Shambhala.

El doctor Ossendowski descubrió hechos interesantes durante su peligroso viaje por el Asia Central (36). Un lama mongol le habló no sólo de una vasta red de túneles, sino también de rápidos y extraños vehículos que circularían por las arterias subterráneas. Sólo una tecnología muy avanzada, que disponga de una potente energía, puede haber permitido la construcción de esta red de túneles que, según ciertos informes, se extendería sobre centenares de kilómetros. En cuanto a los vehículos que se desplazan bajo tierra a gran velocidad, su existencia sugiere un dominio tecnológico de un nivel superior.

En un artículo escrito en Asia Central en 1935, Nicolas Roerich relata sus encuentros con los indígenas que le hablaron de los *Guardianes*: «Cuando surgen, en pleno desierto —le dijeron—, se pregunta uno, en primer lugar, dónde se halla el punto de partida de este largo viaje en esta inmensa región sin agua, y cómo pudieron realizarlo, pero lo cierto es que se han descubierto larguísimas cavernas sin fin.» En efecto, sin la existen-

cia de estos túneles, constituiría un enigma la aparición de los guardianes en el corazón de Gobi.

Hablar de vehículos que circulan a través de galerías excavadas bajo los desiertos y las montañas hace pensar en la ciencia-ficción. Por otra parte, esta tradición se remonta a la época en que el mundo occidental no poseía máquina alguna. Mencionar las naves aéreas vistas en la zona de Shambhala parecería asimismo fantasía, pero lo cierto es que cuando la expedición de Roerich avanzaba por las proximidades de las montañas de Karakoram, en 1925, sus miembros vieron de pronto, en el claro cielo de la mañana, un disco que brillaba por encima de esta zona desértica. Su vuelo fue observado con la ayuda de tres potentes gemelos. De pronto, el ingenio cambió de rumbo, del Sur, al Sudeste, para desaparecer tras las cimas nevadas de la cadena de Humboldt (Humboldt Range). Ningún avión, ningún globo habría podido, en 1926, sobrevolar esta parte aislada de la China Occidental. Sólo máquinas volantes de un tipo desconocido serían capaces de realizar las maniobras aéreas de las que nos habla Roerich. A la vista del disco en el cielo, los ламas que participaban en la expedición exclamaron: «¡Es el Signo de Shambhala!» (42).

El alpinista inglés Frank Smythe tuvo una experiencia idéntica en el monte Everest, en 1933. A 3.900 metros de altitud vio dos objetos oscuros evolucionar en el cielo. Uno tenía dos gruesas alas, y el otro, una especie de pico. Las dos naves aéreas, o espaciales, estaban aureoladas de un halo. Smythe quedó profundamente intrigado. Sin embargo, tras haber identificado los picos y los glaciares que lo rodeaban, quedó convencido de que no había sido víctima de una alucinación (32). Los objetos volantes vistos por Roerich y Smythe, ¿eran ingenios aéreos o espaciales llegados de Shambhala? Esta es, por lo menos, la explicación que propuse en Shanghai, en 1935, y aún sigue siendo válida, a falta de una conclusión más satisfactoria.

En 1967, cerca de Shillong, provincia de Assam, fue observado un disco que se arremolinaba, semejante al que había descrito Roerich. Evolucionó a unos 200 metros por encima del

suelo, y se sumergió de pronto en un río, produciendo en el agua un enorme remolino, acompañado de gran ruido. A continuación se remontó, volando en zigzag por encima de la jungla, para desaparecer en el cielo¹.

Las leyendas relativas al Valle de los Inmortales y a la Isla de Shambhala toman cuerpo poco a poco partiendo de las descripciones de sus características geográficas e incluso las huellas de una tecnología avanzada. Sin embargo, lo que adquiere una importancia decisiva es el hecho de que disponemos de informes referentes a las visitas que recibe esta fabulosa Ciudad del Saber. En su *Heart of Asia (Corazón de Asia)*, Nicolas Roerich hace alusión a una peregrinación emprendida por un médico chino y un yogui nepalés al Valle de Shambhala.

No hace mucho tiempo que en el *Shanghai Times* y, posteriormente, en otros muchos periódicos, apareció un gran artículo, firmado por el doctor Lao-Tsin, explicando su viaje al Valle de Shambhala. En este relato, de extrema importancia, el doctor Lao-Tsin da abundantes detalles sobre su difícil caminata con el yogui nepalés a través de los desiertos y las altas mesetas del Valle, donde encontró uno de los lugares en que numerosos yoguis estudian la Alta Sabiduría. Su descripción de los laboratorios, de los templos y de la famosa torre es, de manera sorprendente, análoga a las descripciones de este notable lugar procedentes de otras fuentes. Habla de numerosas maravillas científicas y de complejas experiencias de fuerza psíquica y de telepatía realizadas a muy grandes distancias (42).

El concepto de una comunidad de idealistas aislada en el corazón de Asia fue explotado con éxito por James Hilton en su best-seller *Horizontes perdidos (Lost Horizont)*², obra que inspiró numerosas películas. El mérito de este escritor consiste

en haber hecho de su colonia de filántropos una realidad tangible, aun cuando su Shangri-La es sólo una aproximación de Shambhala, ya que Hilton se olvidó de compulsar las antiguas leyendas asiáticas.

Las fuentes más recientes, tales como los libros de Ossendowski y de Roerich, ofrecen notables detalles sobre la organización material de la colonia solitaria. El doctor Ossendowski da cuenta de un diálogo sostenido con un lama erudito de Mongolia, según el cual, numerosos visitantes han estado en el reino prohibido de Agharta¹. Sin embargo, ninguno de ellos reveló lo que vio en aquel lugar, ya que allí se impone el voto del silencio (36).

Ossendowski explica la historia de un cazador que entró en una cueva llena de humo y tuvo acceso a cámaras subterráneas. A su regreso, y cuando iba a empezar a describir lo que había visto, los lamas le cortaron inmediatamente la lengua, a fin de prevenir toda divulgación del misterio de los misterios. No cabe la menor duda de que el hombre conservaba inolvidables recuerdos de su visita, ya que, en su vejez, regresó a la cueva, desapareció en ella y ya no volvió a dar señales de vida.

En Mongolia, lamas iniciados aseguraron al sabio polaco que grandes continentes habían sido destruidos por un cataclismo geológico en el Atlántico y el Pacífico. Quedó sorprendido al oír que le decían que una parte de los seres vivos que pertenecieron a civilizaciones desconocidas habían sobrevivido gracias a inmensos refugios subterráneos previamente arreglados e iluminados por una brillante luz artificial. Por tanto, es posible que la leyenda céltica de los «Dueños de las colinas huecas» sea un recuerdo folklórico de un pueblo que fue respetado por la catástrofe atlántica.

«En las moradas subterráneas existe una luz particular que hace crecer los granos y las legumbres y dispensa a los ocupantes una vida larga y sin enfermedades», escribía el doctor Ossendowski tras su agotador viaje por Asia Central, donde había

¹ Este nombre es desconocido en las leyendas asiáticas. Ossendowski debe de haber usado un libro de Saint-Yves d'Alveydre (47).

¹ *Za Rubezhem*, Moscú, 29 de diciembre de 1967.

² JAMES HILTON, *Les Horizons perdus*, París, 1956. Publicado por esta editorial en su colección «Reno n.º 411».

visto a muchos lamas sabios. Se dice que los administradores de estas colonias subterráneas, como los Hijos del Sol de Egipto o de América del Sur, debían juramento de fidelidad a los Dueños de Shambhala.

La existencia de las *nagas* —una variedad de serpientes que vive en las fabulosas cavernas que ilumina el brillo de las piedras preciosas— ha sido fuertemente establecida por la tradición india. Estos reptiles, de rostros humanos de una gran belleza, poseen la facultad de volar por el cielo cuando emergen de *Patala* (el mundo inferior). Están dotadas de una profunda sabiduría. Las *nagas* —machos y hembras— se acoplan con la raza humana, casi siempre, con grandes reyes, reinas y sabios, pero, en general, son poco inclinadas a tener tratos con los humanos, a menos que posean una elevada espiritualidad.

La capital del País de las Nagas es *Bhogawati*, donde los rubíes, esmeraldas y diamantes, fuentes de luz en las catacumbas, brillan por doquier. Se cree que el príncipe Arjuna, discípulo de Krishna, visitó el Patala.

El escrito búdico *Prajna-paramita Sutra* (Pensamientos de Gautama el Buda) se conservó en el Palacio de las Serpientes hasta que el gran pundit Nagarjuna, fundador del Mahayana (muerto hacia el 194 de nuestra Era) descendió al reino de las *nagas* para recuperar los textos búdicos y hacerlos públicos.

Muchos hindúes y tibetanos han tenido el privilegio de entrar en las vastas cavernas de las *nagas*, unidas entre sí, como los hormigueros, por galerías que se extienden centenares de kilómetros bajo las cadenas montañosas.

El lago Manasarowar, en la parte occidental del valle del Tsang Po, es conocido con el nombre de Lago de las Grandes Nagas. Es el lago de agua dulce más alto del mundo, ya que está situado a unos 4.700 metros sobre el nivel del mar.

Los habitantes de esta tierra desolada hablan de grandes flores y de hojas de loto flotando en la superficie de este lago extremadamente frío y de la aparición repentina de figuras sentadas en estas flores u hojas, con la cabeza nimbada por una radiante aureola. ¿Un espejismo? Podría ser una explicación, pero

los tibetanos prefieren pensar que son las figuras de santos del País de las Nagas.

La creencia en un Reino Secreto de Hombres Sabios se ha perpetuado en Asia en el curso de las edades. Existen pruebas que podrían transformar en un hecho real estas leyendas míticas.

Las comunidades de Iniciados asiáticos que tienen europeos entre ellas no son numerosas, y a veces utilizan sus antiguas catacumbas con aire acondicionado, construidas en la Era precataclísmica. La Fraternidad de Shambhala está presidida por una jerarquía restringida de seres superiores, a los cuales se alude a menudo con el nombre de *Mahatmas*, lo cual, en sánscrito, significa *las grandes almas*. Son seres sobrehumanos, dotados de poderes sobrenaturales, que han acabado su evolución en este planeta, pero que viven con la Humanidad al objeto de facilitar su progreso espiritual.

La filosofía búdica tiene definiciones precisas para estos grandes espíritus, a los que llama *Arhats*¹, en sánscrito, o *Lohan*, en chino. El Arhat es un hombre que, en el curso de su larga evolución planetaria, se ha liberado de todo apego a la existencia y desprendido de todos los deberes del Karma. Ha llevado a cabo esta evolución en cuatro fases distintas, que son: *Srotapatti*, el que entra en la corriente; *Sakridagamin*, el que renace una vez; *Anagamin*, el que no vuelve, y *Arhat*, el iluminado.

Según los textos tibetanos, los dos mandamientos del Arhat son el buscar la Bodhi (o iluminación) y el trabajar por el perfeccionamiento del pueblo. Cuando el Arhat penetra en la corriente que lleva al Nirvana —el océano de la consciencia cósmica—, recibe poderes trascendentes gracias a los cuales podrá hacer su cuerpo más ligero o más denso, más pequeño o más grande. Se hace asimismo dueño de la materia, del tiempo y del espacio, y puede aparecer en todo lugar. El Arhat conoce todas las cosas y guarda el recuerdo de sus existencias anteriores. Una

¹ El equivalente femenino de Arhat lleva el nombre de Tara.

vez cumplido el ciclo terrestre de la evolución, no tendrá que renacer de nuevo en este planeta.

El Arhat que elige permanecer en la Tierra, sacrificándose así en beneficio de la Humanidad, se convierte automáticamente en un *Bodhisattva*, un salvador que, visible o invisible, ayudará al hombre en vistas a su ascensión espiritual (59). Mediante el poder de *Kriya-shakti* (voluntad), el Bodhisattva puede crear por sí mismo un cuerpo visible, tomado de la materia atómica elemental, que podrá parecer sólido y real, pero que puede elegir también el permanecer invisible y agregarse al «pueblo de la niebla de fuego».

Estos seres superiores han sido vistos en realidad, incluso por los europeos. Sir Hugh Rhys Rankin, un baronet escocés que estudió en el colegio de Harrow y sirvió como oficial en los Royal Dragoons, fue, durante muchos años, un budista Mahayana practicante. He aquí lo que dijo en 1959:

Forma parte de nuestras creencias conocidas, que Cinco Bodhisattvas (hombres perfectos) controlan los destinos del mundo. Se encuentran una vez al año en una gruta del Himalaya, para tomar sus decisiones. Uno de ellos vive permanentemente en las alturas del Himalaya. Otro reside en los montes escoceses de Cairngorm. Mi esposa y yo vimos claramente a este Bodhisattva, hace unos doce años, al atravesar el Larig Ghru Pass¹.

Cierto número de estos Arhats se ha reencarnado de forma común para asegurar un estrecho contacto con la Humanidad terrestre, pero este grupo es extremadamente restringido. La duración de existencia de sus cuerpos es casi infinita, ya que para ellos se ha detenido la Rueda del Renacimiento. El conjunto de las comunidades de Shambhala se compone de centenares de iniciados, desde el grado de «El que entra en la corriente», al de Arhat. Pueden ser considerados como residentes

¹ *Daily Telegraph* (Sydney), 16 de enero de 1959, comunicado por Peter Gladwin.

permanentes cuando son huéspedes temporales el pequeño número de colaboradores que vienen del mundo exterior para recibir instrucciones, planes de actividades filantrópicas o para estudiar en los conservatorios arcaicos.

La terminología budista empleada para hablar de Shambhala se explica por una razón muy simple: la proximidad geográfica del Tibet con la colonia de los Magos y los nexos tradicionales de los santos lamas con este hogar espiritual. Aunque pueden contarse por millares, no son numerosos los coparticipes exteriores de Shambhala, los discípulos de las Escuelas del Blanco Misterio de Oriente y Occidente cuyo espíritu está a punto de concordar con el de los Grandes Dueños Cósmicos.

Filólogos y orientistas están en condiciones de proveernos de informaciones válidas sobre el folklore de Shambhala. En su obra, de una gran erudición, publicada por la Universidad de Yale bajo el título *Trails to Inmost Asia*, el doctor George Roerich examina la validez de la tradición shambhaleana:

Shambhala —escribe— no es considerado sólo como el Centro búdico del saber oculto; es asimismo el principio rector del *Kalpa* del porvenir, de la edad cósmica. Los monjes sabios, los lamas meditativos estarían en comunicación constante con esta fraternidad mística que guía los destinos del mundo budista. Un observador occidental se inclina a minimizar la importancia de este nombre o a relegar la voluminosa literatura relativa a Shambhala y la tradición oral, más vasta aún, en la clase del folklore o de la mitología. Pero los que han estudiado a la vez el budismo literario y popular, conocen la tremenda fuerza que posee este nombre entre las multitudes budistas de la Alta Asia (40).

En otro libro de estudio publicado en la Unión Soviética bajo los auspicios de la Academia de Ciencias (41), el doctor George Roerich alude a un texto del *Kanjur* respecto al cual se considera que proviene de la propia Shambhala, y en el que está

escrito que durante siglos los santos hombres del Tibet han aspirado a una comunión espiritual con el Rey de Shambhala. Estos pundits dejaron textos en los que se citan a algunos lamas eminentes que «fueron a Shambhala en busca del saber de los Bodhisattvas», conscientes de la extrema dificultad que presentaba el camino.

Puede ser examinada otra fuente —que se considera como autoridad— para mostrar la sinceridad de los sentimientos que el clero budista siente por Shambhala: el libro *Tibet*, escrito por Thubten Jigme Norbu, hermano mayor del actual Dalai-lama. Esta interesante obra, editada por C. Turnbull, corrobora los antiguos escritos tibetanos relativos al país de Shambhala, situado en el corazón de los macizos nevados, en alguna parte al norte de Lhasa. Esta antigua tradición se ha extendido hasta los confines de Mongolia. En su *Modern History of Mongolia*, C. R. Bawden habla de la creencia popular en el reino de Shambhala que ha encontrado en este país.

Esta morada se hace cada vez menos legendaria si tomamos en cuenta los relatos de su existencia práctica redactados por los Adeptos que residen en ella. El Mahatma Morya nos ofrece el bosquejo de una tal comunidad:

Nuestro amigo, el químico V., desea ocuparse de un nuevo análisis de los rayos: nadie se opone a ello. Nuestro amigo K. desea perfeccionar la radio utilizando nuevas ondas luminosas: nadie se lo impide. Nuestra hermana P. se ocupa del problema social de un país vecino: no encuentra obstrucción alguna. Nuestra hermana U. se interesa por la agricultura y propone varias mejoras: nadie contraría sus investigaciones. A la hermana O. le gustan las plantas medicinales y los problemas de la educación: nadie la contraría. El hermano H. ha ideado un ingenioso oficio y trabaja asimismo en la reorganización de las comunidades. El hermano M. se ocupa de investigaciones históricas. Nuestro zapatero escribe notables tratados filosóficos (1-C).

Esta unidad en la diversidad —equilibrio entre la libertad individual y el colectivismo— crea una utopía que nosotros sólo podemos esperar imitar. En otro libro, el Mahatma define los objetivos de su comunidad, a la que él llama la «Ciudad de las Ciencias» (1-B). «Se puede imaginar —escribe— los descubrimientos que se producirán en una coordinación común de todas las ramas de la investigación científica.» Quizá no estén desprovistas de fundamento las alusiones a los vehículos rápidos y a las máquinas volantes.

El Mahatma Morya, con esa pizca de ironía que caracteriza su estilo, escribe: «El geógrafo puede estar tranquilo. Nosotros ocupamos en la Tierra un lugar definitivo. El investigador puede estar tranquilo: en las diversas partes del mundo tenemos una cantidad suficiente de participantes (1-C).» De la misma fuente, otro detalle importante queda desvelado, a fin de que «en nuestra comunidad, cada uno pueda encontrar numerosas nacionalidades y diferentes profesiones».

El Sabio hace alusión a la presencia, en sus retiros, de edificios muy antiguos y de importantes bibliotecas. Estas bibliotecas están situadas bajo tierra, en bóvedas inaccesibles para mantener los tesoros culturales al abrigo no sólo de los pillajes, sino también de cataclismos geológicos. No resulta superfluo decir aquí que el mundo occidental ha empezado a reunir grandes bibliotecas sólo desde hace trescientos años. Con sus bibliotecas que existen desde hace miles años, ¡qué avance debe de tener sobre nosotros este pequeño centro de civilización!

Si el legado de la Atlántida sumergida ha sido conservado por colonias de supervivientes bajo el control de Shambhala, no puede haber duda alguna acerca de los continuos progresos que habrán realizado estas comunidades cerradas, al abrigo de las enormes cadenas de montañas de Asia y América. Ello justificaría plenamente la severa advertencia del Mahatma Kut Humin dirigida a Sinnett: «Sois unos bárbaros, con toda vuestra estúpida civilización (30).»

Se nos abre un campo de investigación interesante. Se re-

fiere a la ideología de esta misteriosa comunidad, que explicaría sus motivaciones y sus objetivos. «Cada diamante, cada cristal y cada estrella posee, como el hombre y el animal, su alma individual», escribe aún el Mahatma Kut Humi (30). Esta afirmación se halla muy próxima a la filosofía dialéctica que considera la materia como la fuente fundamental de la vida y de la consciencia. Como quiera que admite la existencia, en el espacio infinito, de una multitud de seres superiores estelares y planetarios, el venerable Mahatma, en otra carta, niega claramente la presencia de un Dios antropomorfo. No hemos de olvidar que millones de budistas no reconocen la existencia de un Creador o de una divinidad personal y que, en el hinduismo, Parabrahman es el indefinible Absoluto. «Sabemos que la materia es eterna —dice la Sabiduría de Oriente—, ya que la materia es la propia Naturaleza (30).» Algunos de estos postulados coinciden con el materialismo dialéctico, pero divergen en lo tocante a la cuestión de la supervivencia del espíritu.

Los Hombres Sabios afirman que el objetivo esencial de la Fraternidad consiste en liberar a los humanos de la pesadilla de la superstición y amar la virtud por sí misma, no porque se espere de ella una recompensa. Las *Mahatmas Letters* precisan con fuerza que los Adeptos no son ni ateos ni agnósticos, sino panteístas en el sentido más amplio del término. Nótese que, en nuestros días, son numerosos los científicos y pensadores que llegan a una conclusión semejante, frente a la inmensidad del Universo. Los ideales éticos de los Iniciados son resumidos en estas palabras por uno de sus adeptos: «El Término Fraternidad Universal no es una frase vana: es la única base cierta de la moralidad universal (30).»

La superstición, el egocentrismo y la crueldad son los terribles monstruos que arrastran al hombre hacia el abismo del olvido espiritual. Todos han nacido de la ignorancia de la Unidad de la Vida. Cuando entienda esto, el hombre dejará de ser un destructor. El Hombre Sabio del Himalaya desvela su concepción de una Humanidad superior, que se producirá «cuando todos se conviertan en cooperadores de la Naturaleza». El hom-

bre comete actualmente el gran crimen de contaminar y destruir la totalidad del planeta Tierra. ¿Cuándo se convertirá en amigo de la Naturaleza?

El concepto de la evolución cósmica es la base de la Doctrina Secreta. No hay nada de sorprendente en que la idea de la reencarnación forme parte de la filosofía de los Guardianes de la Humanidad. La enseñanza de este principio está incorporada a los Antiguos Misterios. La adoptaron grandes filósofos, como Pitágoras, Empédocles, Platón o Plotino. Los dos primeros aseguraron incluso que recordaban sus vidas anteriores. Eran también favorables a esta concepción Apolonio de Tiana y los primeros Padres de la Iglesia, como Orígenes y Clemente de Alejandría.

En los tiempos modernos, uno de los enunciados más poéticos de esta doctrina de renacimiento se debe a Benjamin Franklin, quien compuso el epitafio siguiente para su tumba, en Filadelfia:

El cuerpo de Benjamin Franklin, como la cubierta de un viejo libro, cuyo contenido se ha arrancado y despojado de su texto y de su dorado, reposa aquí, víctima de los versos. Pero el trabajo no se habrá perdido, pues él cree que renacerá una vez más en una nueva edición más elegante, revisada y corregida por el Autor.

En la cristiandad, la creencia en la reencarnación fue declarada herética sólo en el siglo VI, pero hasta entonces fue sostenida por los Padres de la Iglesia. En Asia —ya sea en Birmania, en la India o en Japón—, el concepto de reencarnación es parte integrante de la consciencia nacional.

La filosofía de la evolución cósmica —del progreso incesante de la inteligencia y de la consciencia en el universo infinito— crea la imagen de una escala jerárquica de los sistemas de vida sobrehumanos. Su realización implicaría un sentido de las responsabilidades respecto a las formas inferiores de la vida. De la enseñanza fundamental de la Unidad Cósmica de la Vida bro-

ta la Doctrina del Corazón, con su mandamiento de amor hacia toda la Naturaleza. Por supuesto que esta actitud se halla muy lejos del comportamiento antropocéntrico y egocéntrico del hombre en nuestro planeta.

Pero la psicología de nuestros Hermanos Mayores es más amplia que la nuestra. El interés del hombre gravita sólo en torno al hombre. Los Arhats lo consideran sólo como un eslabón en el infinito de la evolución cósmica, donde coexisten las formas más diversas. Durante millones de años, nuestro planeta ha existido sin un solo *Homo sapiens*, mas para la mayoría de los seres humanos que no tienen esta visión de la Vida Universal, es terrible pensar que la Tierra pueda existir sin ellos.

Apenas puede imaginarse la enorme labor que realiza la Confraternidad o Hermandad de Shambhala. Sus Arhats se parecen más a los soldados en sus batallas contra la Ignorancia, el Oscurantismo y el Egoísmo, que a los cantores de himnos sacros. Ante ellos se extiende la masa estática de la Humanidad, que debe ser remodelada en formas superiores por la ley de la evolución. Emplean una aproximación positiva inspirándose en ideales en todos los terrenos de la creación: arte, ciencia, religión, música o sociología.

Como quiera que las grandes realizaciones culturales consideran, por encima de todo, el bien común, fueron inspiradas o sostenidas por los Espíritus Cósmicos. Sin embargo, es menos difícil presentar nobles ideas a la Humanidad que disipar el entorpecimiento de los cerebros apáticos, el mal gusto y los falsos valores. El problema más difícil es el relativo a aclarar una visión oscurecida por los prejuicios y la incompreensión.

Los Guardianes Planetarios tienen un programa definido, de acuerdo con los objetivos a alcanzar en este ciclo particular de la evolución. Nietzsche tenía sin duda razón cuando dijo: «Lejos de los jefes y libres de todo nexo viven los hombres superiores, que tienen sus instrumentos en los jefes.»

Los problemas de la Jerarquía de Luz son infinitamente más complejos que cualquier Gobierno del mundo actual. Funcionan en frecuencias desconocidas por nuestra ciencia, y entre sus

misiones titánicas figura la de la observación y neutralización parcial del aura mental negativa de la Tierra que rodea este planeta y encierra las emisiones de pensamientos nocivos acumulados desde los inicios de la Historia. Huelga subrayar que esta radiación es extremadamente baja. En este campo de fuerza se oyen aún los clamores desesperados, las imprecaciones de los heridos y de los moribundos de todas las guerras crueles emprendidas por la Humanidad. Las vibraciones de naturaleza altamente espiritual no bastan para contrapesar las ondas negativas. La memoria de nuestra Madre Naturaleza —que los antiguos libros indios llaman *Akasa*— registra todo lo que pasa, y nada se puede borrar. Es terrible la visión de este maléfico envoltorio. Sólo la Humanidad es capaz de neutralizar los oscuros nubarrones de las vibraciones mentales que ha producido. Los Guardianes de la Tierra nos piden que no añadamos más inmundicia y sangre a este planeta, ya tan enfermo y sombrío.

Los que encuentren discutibles estas conclusiones deberían estudiar los últimos descubrimientos científicos relativos a la sensibilidad de las plantas y a sus reacciones al pensamiento humano. Si una flor puede marchitarse en presencia de la cólera, el conjunto del planeta, ¿no puede caer irremediamente enfermo bajo el efecto del rencor globalmente extendido?

La ciencia esotérica de Oriente habla de una colisión del *Kamaduro*, el fuego subterráneo, con el *Fuego Cósmico*, lo cual engendraría cataclismos geológicos devastadores si ambos fuegos no se hallan equilibrados. Los propios Roerich vieron, en uno de los laboratorios de Shambhala, los instrumentos que sirven para medir la presión de estos fuegos. La energía psíquica es la que puede y debe purificar el aura del planeta cubierto por las nubes de estas emanaciones de odio, de egoísmo, de codicia y de pasión.

Los Arhats creen que el hombre puede convertirse en el criminal artificiero de este planeta, sin necesidad de recurrir a la reacción nuclear en cadena. Sólo la neutralización de las corrientes de pensamiento negativo y de las nubes mediante emi-

siones globales de paz y de amor puede disipar el aura malsana de la Tierra. Si la Humanidad pudiera conceder diariamente algunos minutos a una meditación sincronizada sobre la paz y la fraternidad, alejaría el peligro de una catástrofe.

Son numerosos los colaboradores de los Arhats que se inquietan más por la integridad del planeta que por la supervivencia de la raza humana, ya que nuestra Madre Naturaleza necesitó unos cinco mil millones de años para formar la Tierra, y apenas sólo algunos millones para producir al hombre. Entre estos asociados, Brahma Joyti, de Delhi, en la India, estuvo en contacto permanente con los seres superiores del Himalaya que controlan el mundo mediante el poder del pensamiento¹. Estima que es tan malo el Karma colectivo de la Humanidad, que sólo la desaparición de la mitad de la población mundial podría purgar el aire de las vibraciones emponzoñadas y proteger el planeta. Los pueblos de la India, y especialmente los brahmanes eruditos, creen sinceramente en la existencia de los Grandes Rishis, sabios guardianes de la Humanidad que desvían en parte, a semejanza de los pararrayos, la cólera de Némesis. Sin embargo, no pueden conseguir lo imposible.

En este *Kali Yuga*, esta edad sombría en que vivimos, las fuerzas del mal prosperan en las ciudades metropolitanas, donde rebajan victoriosamente al hombre a nivel de la bestia. Son las responsables de la polución mental de la atmósfera de que habla la mística india. Según hemos dicho anteriormente, está bien claro que los problemas con que se enfrentan los Adeptos tienen una dimensión planetaria.

Es fácil comprender el escepticismo del lector inteligente al considerar el hecho de que una antigua comunidad de científicos y de filántropos haya podido escapar a la atención de los exploradores. Sin embargo, debe comprender que ningún investigador descubrirá jamás esta comunidad cerrada, a menos que esté al unísono con los grandes espíritus que viven en ella y no reconozca el desinterés de sus actividades.

¹ A. MARSHALL, *Hunting the Guru in India*, Londres, 1963.

Por su parte, el historiador está en posesión de numerosos datos sobre los cuales puede trabajar, y este libro le ofrece bastantes pruebas, que demuestran la autenticidad de esta colonia. Cuando se encuentren —y ello, antes de fines de siglo—, bajo la Esfinge y las pirámides de Gizeh, los muy antiguos escondrijos que encierran artefactos científicos de una factura aún insospechada, se planteará una cuestión: ¿Quién escondió estos objetos? Así se demostrará la presencia de científicos en la época prehistórica, y la idea de su existencia ininterrumpida en los centros secretos, será seriamente tomada en consideración.

Es muy fuerte en Asia la tradición de los tesoros escondidos. El pilar del budismo tibetano, Padma Sumbhava, ha prometido que «los tesoros escondidos serán encontrados uno tras otro cuando su descubrimiento sea necesario para el progreso de la Humanidad» (59). En la antigua saga de Ghessar Jan se dice: «Tengo muchos tesoros, pero sólo al llegar el día fijado los repartiré entre mi pueblo. La verdadera riqueza vendrá sólo con el pueblo de Shambhala del Norte (42).»

En el siglo XIX, el venerable Arhat Djual Kul ofreció a Madame Blavatsky el dibujo, a pincel, de un ashram (santuario) de los Dueños del Tibet del Sur. Representa los accesos de un museo subterráneo en el que se expone la evolución humana en este planeta en el curso de millones de años. En la parte izquierda de la pintura, el Mahatma está representado a caballo, mientras que el propio Mahatma Djual Kul se halla de pie en el agua de un río. Aunque resulte improbable que nuestros sabios sean admitidos a visitar este museo singular, particularmente destinado a la instrucción de los alumnos en ciencias ocultas, tanto de Oriente como de Occidente, tendrán acceso al depósito subterráneo que contiene antigüedades egipcias, y lo que vean allí será más que suficiente para dejarlos estupefactos.

Las observaciones dirigidas por el profesor Roerich a un lama tibetano revelan un conocimiento directo de Shambhala:

Sabemos —dijo— que ciertos altos lamas fueron a Shambhala y que, durante el camino, observaron los detalles geográficos habituales. Además, nosotros mismos hemos visto uno de los tres postes blancos que indican la frontera de Shambhala (45).

¿Pueden darse precisiones de este tipo sobre un lugar ficticio?

En el curso de una expedición por el Asia Central, un lama erudito dio a entender a Roerich y a su hijo que existían en Lhasa galerías secretas bajo el Potala¹ y que, bajo el templo principal, se encontraba una gruta con un lago, únicamente accesible a los grandes lamas iniciados. Todos estos lugares secretos tienen relación con Shambhala.

En otra ocasión, un lama distinguido del monasterio de Kumbum se encontró con Nicolas Roerich en el Tibet del Norte y lo saludó con el signo de Shambhala. Kumbum es el lugar del que partió Tsong-Khapa para reformar el budismo en el Tibet y construir la gigantesca lamasería de Tashi Lhunpo, reducto del yoga tibetano.

En otra ocasión, Roerich tuvo en sus manos un libro tibetano editado por el Panchen-lama, enteramente dedicado a las plegarias por Shambhala. Durante largos siglos, Asia ha sido profundamente consciente de la verdad de Shambhala del Norte. «El Dueño de Shambhala vive y respira en el corazón del sol», escribió un Mahatma himalayano.

Si todas las fuentes de información que hay esparcidas relativas a Shambhala pudieran reunirse, tendríamos un claro marco que nos mostraría la existencia real de esta morada de los seres superiores para los cuales el tiempo y el espacio no son obstáculos. Por desgracia, las alusiones son tímidas, pero su significación es poderosa. Esta oscuridad es responsable de las dificultades que se encuentran para descubrir toda la verdad

¹ La ciudadela, residencia del Dalai-lama, que domina la ciudad de Lhasa.

sobre Shambhala, ciudad de los Bodhisattvas. Esta oscuridad viene incrementada aún por la repugnancia de los sabios lamaístas en lo tocante a discutir el misterio que es una de las tradiciones más sagradas del esoterismo búdico.

En el curso de los años veinte se podía oír cómo los jinetes mongoles de Urga, o Ulan Bator (Mongolia), cantaban un aire marcial cuyo tema era la guerra de Shambhala del Norte. Cuando Roerich ofreció su pintura *Rigden Jyepo, Dueño de Shambhala*, al Gobierno de Mongolia, fue recibida con una profunda admiración, e incluso se habló de la posibilidad de construir un templo especial para guardar el lienzo. Aunque simples mitos sean conocidos por haber influido en las naciones, todos estos detalles, ¿no ayudan a dar consistencia a una creencia ampliamente aceptada en Asia?

En el pasado, un Dalai-lama¹ partió de Lhasa hacia Mongolia. En cierto punto del camino, las personas y animales de la caravana empezaron a temblar sin razón aparente. Pero el Dalai-lama explicó el fenómeno diciendo que la expedición atravesaba la zona prohibida de Shambhala, cuyas vibraciones particulares eran demasiado fuertes para los viajeros (42).

Se cree que algunos europeos llegaron a Shambhala. Hacia 1860, un sabio, miembro de una Sociedad Nacional de Geografía, visitó la India. A su regreso a Europa fue presentado en una ceremonia real, y luego partió de nuevo hacia Oriente, donde desapareció. ¿Recibió un pasaporte para Shambhala del Panchen-lama, que residía en el monasterio de Tashi Lhunpo, cerca de Shigatsé? (42).

Todos estos informes tal vez no sean suficientes para establecer la veracidad de la historia de Shambhala del Norte, pero sin duda contribuyen a dar forma y color a la imagen precisa de un lugar cuya existencia real es conocida sólo por iniciados de Oriente y Occidente.

El prior del famoso monasterio Wu Tai Shan, en China, es conocido por haber escrito *El camino rojo de Shambhala*, obra

¹ Dueño y Señor espiritual y político del Tibet.

de la que no existe ninguna traducción íntegra (42). Los monjes más esclarecidos de la lamasería Moruling de Lhasa tenían la costumbre de hacer visitas regulares a un retiro del Himalaya, del que no regresaban algunos.

Son diversas las circunstancias dadas aquí relativas a Shambhala; se refieren a distintos pueblos y cubren diferentes localidades: Mongolia, Tibet, India y China. El campo de influencia de Shambhala es, evidentemente, muy amplio, y su edad, muy antigua. Ello basta para dar un marco concreto a esta tradición. Verosímilmente, un relato popular falsificado no puede dar tantos detalles realistas como esta creencia. Los capítulos siguientes ofrecerán una base histórica que subrayará aún mejor la existencia real de esta Ciudad de la Sabiduría.

4. A TRAVÉS DE ASIA

Un estudio de las hojas de ruta redactadas por los exploradores permite trazar de manera precisa los contornos del Reino de los Sabios. En setiembre de 1935 tuve el privilegio de encontrarme con Nicolas Roerich en Shaughai, a su regreso de una expedición al Asia Central. Me habló del Gobi: un mar de arena negra que se extiende hasta el infinito. El calor aplastante de un sol cegador era insoportable durante el día, y la escarcha cubría el suelo durante la noche. Parecía casi un viaje lunar. Al llegar el crepúsculo, los viajeros podían ver la Vía Láctea. Al caer la noche, las estrellas brillaban como lámparas en el cielo a causa de la sequedad y de la limpidez de la atmósfera. Pero había días en que un muro de polvo se elevaba en el aire y cubría el mundo como un manto. A través de esta capa, el Sol era como una enorme pelota roja. Cuando se levantaba la tempestad de arena, hombres y animales eran presas del pánico.

El explorador había recorrido miles de kilómetros y llevado, finalmente, a buen puerto su trabajo de investigación. Volvía a la civilización y explicaba sus aventuras a un auditorio incrédulo. Incredulidad comprensible. El conferenciante venía de otro mundo, y todo lo que es inédito, extraño y desconocido, siempre se pone en duda.

Por ejemplo, la repentina aparición de efluvios perfumados, de un olor exquisito, como de incienso en un templo, pero en pleno corazón del Gobi, en un desierto de piedra que se extiende sobre centenares de kilómetros en todas direcciones. No se veía ninguna construcción, ni una choza, ni una tienda de nómadas, y, sin embargo, todos los miembros de la expedición percibían al mismo tiempo este perfume. El fenómeno se reprodujo varias veces —dijo Roerich—, y absolutamente nada podía explicarlo.

Alexandra David-Neel, la famosa orientalista, relata, por su parte, un curioso episodio del que fue protagonista en el pueblo de Jyekundo, en el Tibet Oriental, en un distrito desolado (13). Vio en él a un bardo que tenía la extraña reputación de desaparecer ocasionalmente, y ello en una región montañosa y nevada en la que no existía ningún pueblo y donde era fácil morir de hambre o de frío. Inopinadamente, el hombre reaparecía y, en respuesta a preguntas curiosas, respondía que había visto a «los dioses» en las cimas. Madame David-Neel le preguntó un día, medio en serio, que ofreciera de su parte al Dueño de las Montañas un pequeño obsequio: un ramillete chino de flores de papel.

Al regresar de la visita siguiente que hizo al rey del misterioso lugar, el tibetano entregó a la exploradora francesa una magnífica flor azul, de las que crecen en julio en el sur del Tibet: era la respuesta del Guardián de las Montañas. En Jyekundo tenían 20 grados bajo cero, el río estaba cubierto de una capa de hielo de seis pies de espesor y el suelo se hallaba profundamente helado. «¿Dónde encontró aquella flor?», sorprendióse la exploradora. Por tanto, podían existir, ocultos en aquella región de clima ártico, valles templados, y uno de aquellos oasis podría encerrar la colonia de los Magos.

En sus notas de viaje, los exploradores Prievalski y Francke mencionan el extraño comportamiento de los indígenas, a los que no se puede obligar a penetrar en ciertas zonas. Un miembro ruso de la expedición de Roerich me dijo que su grupo se había encontrado con las mismas dificultades en las profundi-

dades de Asia y que, sin razón aparente, tibetanos, mongoles y chinos se negaban a rebasar cierto punto del Tibet del Norte. Confesó que, sin comprender por qué, no sentía a su vez deseo alguno de seguir más adelante, lo cual era extraño e inexplicable.

Pese a todo, Roerich partió en un poney para aquel territorio. Su ausencia duró algunos días, y cuando reapareció, los asiáticos se postraron a sus pies exclamando que era un «dios», ya que ningún hombre habría podido pasar la frontera de Shambhala sin un pasaporte divino. Ésta no es más que una de las extrañas historias que se me explicaron en China. A comienzos de los años treinta se produjo en China un hecho que no fue conocido en Occidente. Un norteamericano, encargado de misión por su Gobierno, cálidamente acogido por los lamas de Mongolia, fue ganado por completo por el Reino de Kuan Yin, al que su nobleza de espíritu y su sincero interés por la mentalidad asiática le habían dado acceso. Es dudoso que en su informe a Washington incluyera una sola frase relativa a su experiencia espiritual y a su nuevo estado de ánimo.

A través de los vastos espacios de Asia, sobre sus desiertos y sus montañas, los peregrinos se dirigen hacia la Fuente de la Sabiduría...; ¿quién podría numerar o conocer la identidad de los mismos? No dirán nada de su viaje ni de sus encuentros con los Hombres Sabios de Oriente. Roerich hizo tales peregrinaciones. En el Sinkiang, al norte de la cadena de Karakoram, precisó que «tras esta montaña viven los santos hombres que salvan a la Humanidad con su sabiduría. Muchos trataron de verlos sin conseguirlo. Sea como fuere, tan pronto como llegaran a la cumbre, quedan extraviados». Un guía indígena lo enteró de la existencia, en el paso del Karakoram, de vastas cuevas en las que hay acumulados tesoros desde los inicios de la Historia. Señaló también que hombres blancos, de alta estatura, habían sido vistos desapareciendo en el interior de estas galerías rocosas.

En Turfán, Sinkiang, la expedición de Roerich oyó hablar de una mujer alta y de piel oscura, de rostro franco y expresi-

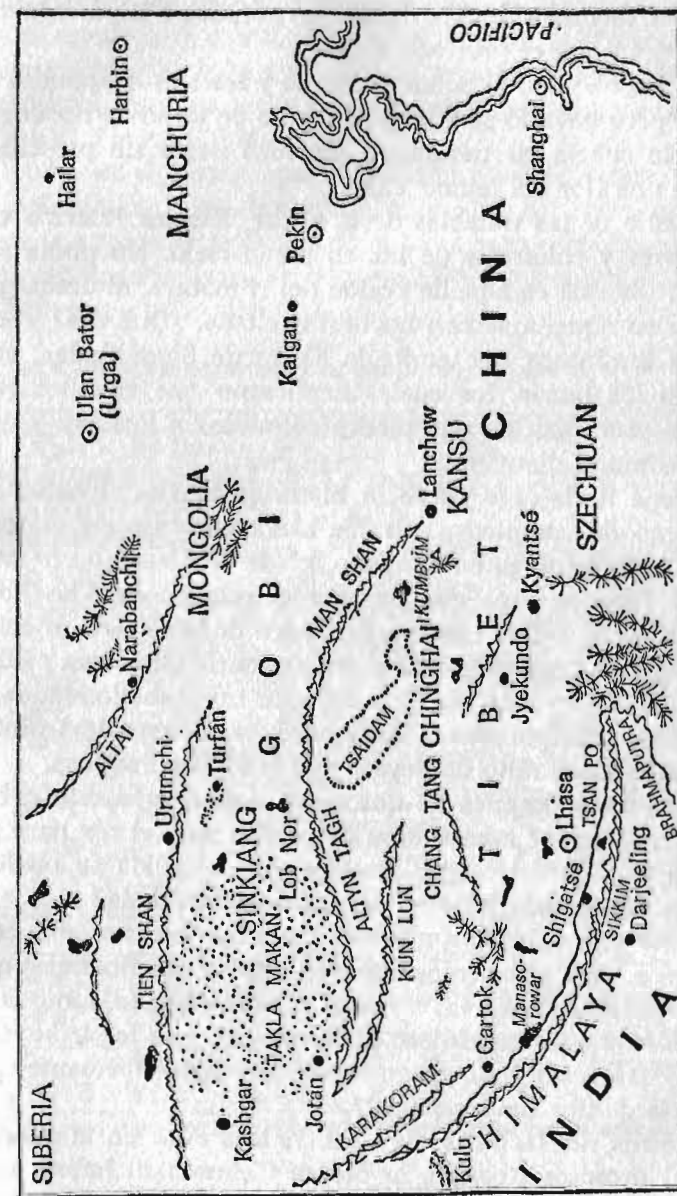
vo, que salió de las profundas cavernas para ayudar a los viajeros en dificultad y que inspiraba respeto incluso a los hombres de este pueblo mahometano de China. También oyeron explicar historias de jinetes que desaparecieron, con antorchas, en los pasajes subterráneos (42).

«En realidad de verdad, las gentes de Shambhala aparecen de cuando en cuando en el mundo —confió un lama a Roerich—, ven a los cooperadores terrestres de Shambhala y, para el bien de la Humanidad, distribuyen dones preciosos, reliquias insignes.» Se le habló entonces de la aparición repentina, en ciertos monasterios, de Rigden Jeypo, del Dueño de Shambhala. Cuando penetra en un templo, todas las luces se encienden por sí solas.

Un fenómeno de este tipo se produjo en el monasterio de Narabanchi Kuré, en Mongolia Occidental, en 1890. Una noche de invierno, varios jinetes penetraron en esta lamasería y rogaron a los monjes que se reunieran en el templo. Un extranjero sentóse entonces en el trono del abad y se quitó el capuchón. Inmediatamente, los lamas contemplaron la radiante faz del Dueño de Shambhala en persona. Pronunció una oración, bendijo a los monjes, les hizo una siniestra profecía y desapareció con sus compañeros (36).

El doctor F. Ossendowski tuvo una sorprendente experiencia en este mismo monasterio, en 1920. Mientras hablaba con el Hutuktu, el jefe lama, éste le dijo: «Tengo la impresión de que está usted inquieto por sus seres queridos y deseo rezar por ellos.» El sabio polaco, escapado de Rusia, había dejado aquí a su familia y se sentía profundamente inquieto por ella.

«Mire usted el lugar en sombras tras la estatua de Buda, y él le mostrará a sus seres queridos», dijo el monje. Ossendowski y sus compañeros vieron de pronto hilos de humo o vapor flotar en el aire, y en esta nube aparecieron distintamente objetos y personas. Vio a su esposa con una precisión tal, que habría podido describir los detalles de su ropa. Vio asimismo a los restantes miembros de la familia en la lejana ciudad en que se habían refugiado (36).



—Lama, dígame si ha visto usted en persona a Rigden Jeypo —preguntó un día el profesor Roerich.

—No. No he visto al Señor en carne y hueso —respondió el monje—, pero he oído su voz, y en medio de un invierno, cuando el hielo cubría las montañas, me hizo llegar un presente: una rosa, una flor del lejano Valle.

En medio de las tinieblas de la noche, Nicolas Roerich vio resplandores y columnas de luz en pleno cielo. No podía ser una aurora boreal en aquella región del Himalaya, ni descargas eléctricas en aquella serena noche estrellada. ¿Qué era? «Son los rayos luminosos que emite la Torre de Shambhala», respondieron los lamas, los cuales explicaron que aquellos resplandores procedían de una piedra colocada en la torre y que brillaba como el diamante.

Conviene decir algo sobre la historia, bien establecida en el lamaísmo, de esta piedra extraña. Lleva, en sánscrito, el nombre de *Chintamani*, y, en tibetano, el de *Norbu-rinpoch* (59).

En el Tibet se cree que durante el reinado de Tho-tho-ri Nyan-tsan, en el 331 de nuestra Era, cayó de los cielos un cofre en el que había cuatro objetos sagrados, entre ellos, una piedra Chintamani. La leyenda tibetana describe un «caballo alado», o *Lung-ta*, que transportaba el cofre en el lomo. Artísticas pinturas perpetúan este mito de Pegaso con la Piedra Preciosa.

Muchos años después de que fuese descubierto este cofre, cinco extranjeros se aparecieron de pronto ante el rey para revelar el empleo del contenido. Una vez cumplida su misión, partieron precipitadamente. ¿Venían de Shambhala?

Durante siglos circularon por el Tibet fabulosos relatos concernientes a los viajes aéreos de reyes y de santos tibetanos que cubrían enormes distancias sobre el caballo *Lung-ta*. *Lung-ta* es designado como un mensajero de los dioses, y se le atribuye el poder de atravesar todo el universo. Este corcel volante, ¿es la alegoría de una nave espacial?

Hay otras revelaciones, más fantásticas aún: en la versión que oí al profesor Roerich, la piedra Chintamani habría sido aportada por un viajero extraterrestre. La materia de la que

está compuesta proviene de otro mundo, uno de los que, en un sistema solar, componen la constelación de Orión, probablemente Sirio, alejado de nosotros nueve años-luz. No es sorprendente que una pieza tan rara sea designada, en el folklore, como el Tesoro del Mundo.

¿Fantasía? Pero si un holocausto nuclear destruyera nuestra civilización, los descendientes de los supervivientes, ¿crearían que rocas procedentes de la Luna fueron traídas a la Tierra por astronautas norteamericanos? Sólo los mitos podrán conservar este conocimiento.



*Lung-ta, el caballo volante,
y Norbu-rinpoch, la piedra preciosa del cielo*

El «calor interno» o radiación de la piedra Chintamani es descrito como «más fuerte que el rádium», pero de una frecuencia totalmente distinta, debida a su gran sensibilidad a las vibraciones mentales. Según viejas crónicas de Asia, el divino mensajero de los cielos dio un fragmento de la piedra al emperador de la Atlántida, Tazlavu (46).

Desde los tiempos más antiguos, la mayor parte del extraño bloque se conservaría en la Torre de Shambhala, mientras que pequeños fragmentos son a veces transportados a ciertos puntos del mundo, ya al acercarse una nueva Era, ya porque se ha de fundar un nuevo centro de civilización. Sin embargo, los pequeños fragmentos diseminados de Chintamani permanecen «en relación» con la masa principal en Asia.

En la descripción de uno de estos fragmentos se dice que tiene la longitud del dedo meñique, un color grisáceo y brillante y forma de un hueso de fruta o de un corazón. Lleva grabados cuatro signos jeroglíficos indescifrables. Se dice que las nubes se amontonan cuando la piedra se oscurece, y que se vierte sangre cuando se hace pesada. Si deja oír crujidos, es que el enemigo se acerca. Cuando lanza fuego, es que el mundo está en vísperas de un cataclismo, y cuando una estrella brilla sobre ella, se acercan la paz y la prosperidad (46).

El Bogdo Gheghen, pontífice lamaísta de Urga, en Mongolia, ciudad que albergaba hasta 60.000 lamas al principio de los años veinte, explicó a Ossendowski una historia tomada de una crónica antigua:

«Cuando Gushi Jan, jefe de todos los olet¹ y de los calmuco², hubo terminado la guerra contra los gorros rojos del Tibet, llevóse con él la «piedra negra» que el Rey del Mundo había enviado como presente al Dalai-lama.»

Según este relato, la piedra permaneció durante algún tiempo en Urga (Ulan Bator). Fue un período afortunado para Mongolia, hasta que el talismán desapareció. Los monjes relatan

¹ Una tribu mongol del Asia Central.

² Una tribu mongol de Rusia.

que los sacerdotes-reyes de Mongolia —la mayoría, tibetanos— habían podido predecir el futuro usando la piedra *Norbu-rin-poch*. Signos y letras aparecidos en su superficie habían sido descifrados por altos lamas. Estas profecías se referían a todas las naciones.

La tradición oculta de Asia nos dice que muchos reyes y jefes poseyeron esta piedra mágica en épocas históricas. Akbar, en la India, y Salomón, en Judea, son citados en la lista de los poseedores temporales de la piedra. El pequeño fragmento de la piedra cósmica descrito anteriormente fue enviado a Europa para ayudar al establecimiento de la Sociedad de Naciones. El intento fue un fracaso, y su éxito fue deseable tras la espantosa Primera Guerra Mundial (46).

Desde Europa, el fragmento fue devuelto a Shambhala por Nicolas Roerich en las postrimerías de la década de los años veinte. «Afirmamos comprender el curso predestinado de la Piedra que vuelve a su punto de sujeción», dice una leyenda oriental. La expedición de Roerich, que devolvía Chintamani a Shambhala, estuvo sembrada de dificultades a través del Asia Central. El explorador habla de ello en uno de sus libros, en el que menciona, en verso, hasta los nombres de sus portadores chinos y tibetanos:

*Fu, Lo y Ho transportan la Piedra,
Yenno, Guyo y Dja
les ayudan solícitos.¹*

Las raras personas que tuvieron el privilegio de sentir las radiaciones emitidas por la piedra, atestiguan que dispensa un poderoso influjo de energías cósmicas y una transformación de la consciencia.

En su cuadro, que lleva el nombre de *Chintamani*, Roerich representa a un poney cargado con un cofre circuido de una brillante aureola. En este cofre, la piedra era devuelta a la Torre de Shambhala, mientras el poney camina bravamente

¹ N. ROERICH, *Flame in Chalice*, Nueva York, 1929.

por el fondo de una sombría barranca dominada por gigantescas rocas. Los guardias de la caravana tenían por instrucciones proteger la caja que contenía el tesoro. A despecho de los bandidos y de un frío intenso, que mató a varios animales de tiro, la piedra volvió a su lugar sin daño alguno. «Como un diamante, brilla la luz sobre la Torre del Dueño de Shambhala», dice un libro oriental. La historia de una piedra llegada a la Tierra desde un mundo lejano es seguramente fantástica, como lo son las fábulas del Tibet y de Mongolia que hablan de seres vivos en lejanas estrellas, mucho antes de nuestra Era Espacial.

En su libro, el doctor Ossendowski explica cómo los maestros lamas inducen en sus alumnos un estado letárgico sumergiéndolos en baños de hierbas elegidas, que los condicionan de tal manera, que su carne se endurece sin destruir los tejidos, lo cual permite envolverlos en vendas como las momias egipcias. Después de este tratamiento, los jóvenes lamas, casi petrificados, pierden toda su pesadez gracias al poder psíquico del sacerdote iniciado y son proyectados hacia arriba a una marcha vertiginosa. En tal estado, los discípulos no sienten frío ni tienen necesidad de oxígeno, pero son capaces de recordar todo lo que observan. Condicionados de esta manera, viajan a otros planetas y regresan a la Tierra años más tarde. Cuando vuelven a su vida corriente, los lamas describen lo que han visto en otros mundos.

Por su parte, Alexandra David-Neel observó en el Tibet a su primer «lama volante» en las altas mesetas de Chang Tang. Vio al monje dar enormes saltos y botar en el suelo como una pelota. Sus ojos, abiertos de par en par, se hallaban fijos en algún objetivo lejano, muy alto en el espacio, ignorando visiblemente la presencia de la exploradora francesa, la cual se refiere también a ciertos incidentes en que los lamas se hacen de pronto invisibles o, por el contrario, aparecen inopinadamente.

Una de las pinturas de Nicolas Roerich es un criptograma. El título de esta obra es *Rigden Jyepo, Dueño de Shambhala*.



La tela representa un valle arenoso dominado por escarpadas montañas, un paisaje típico del Tsaidam.¹ En el interior de una cueva vemos una brillante figura semejante a un Buda, dando órdenes a caballeros montados, reunidos ante él. Si la pintura se coloca sobre su borde derecho, se descubre el perfil barbudo de Roerich en el contorno de las montañas, en el ángulo superior izquierdo de la tela. Además, en el centro de la composición, en las formaciones rocosas, se distingue la silueta de un cohete o el fuselaje de un aparato aéreo, sin alas, apuntando hacia el cielo. Este jeroglífico debe leerse así: «¿Voló Roerich en esta nave?»

Esta suposición viene confirmada por las palabras del Mahatma Morya en la conclusión de su *Agni Yoga*: «Las llamas de este Fuego quemaron la Piedra en su gran vuelo ante la faz del Sol.» Si esta frase se refiere a la piedra Chintamani, ¿hemos de entender que Roerich hizo una incursión en el espacio hacia los planetas Venus y Mercurio y el Sol? *Lung-ta*, el Pegaso tibetano, ¿lo llevó en un viaje interplanetario?

Siguiendo con el tema de los objetos procedentes de otro mundo, citaremos aún una maravillosa fábula del Tibet. Los tibetanos creen que, en un tiempo remoto, una varita mágica cayó en Lhasa procedente de los cielos. Fue a parar cerca del monasterio de Sera. Este cetro de oro, o *Dorje*, se conservó durante siglos en esta lamasería. Por otra parte, el Dalai-lama lleva el título de «Poseedor del Rayo», ya que se atribuye al *Dorje* el poder de dominar el fuego. Se dice que una brillante luz emana de la varita en el curso de ciertas ceremonias religiosas. El *Dorje* lleva una manga corta y un botón de loto en cada extremidad. En la mayor parte de las lamaserías tibetanas se encuentran copias del original en plata, bronce y hierro. Aunque el *Dorje* tal vez sea una especie de aparato eléctrico cuyas extremidades esféricas actúan a guisa de cátodo y ánodo, los Altos lamas rechazan esta hipótesis. En tal

¹ Magníficas reproducciones de las pinturas de Nicolas Roerich pueden pedirse al Roerich Museum, 319, West 107th Street, Nueva York, 10025.

caso actuaría bajo la acción de una fuerza desconocida que controlaría la mente de un yogui budista ejercitado.

Según determinadas fuentes, el *Dorje* más poderoso se hallaría en manos del Dueño de Shambhala. Este ejemplar se describe como una varita de metal cuyos globos son dos gruesos diamantes. Lo mismo que la *Chintamani*, este *Gran Dorje* es capaz de acumular y emplear las fuerzas cósmicas potenciales.

Aunque no hayan llegado todavía los tiempos de las grandes revelaciones de la Antigua Ciencia y esperemos aún la venida efectiva de los Dueños de Oriente, es interesante señalar sus apariciones en el Tibet, en el gran monasterio de Tashi Lhunpo, antes de la ocupación china del país. El doctor Seike Wada, que estudió *in situ*, publicó sus recuerdos en un artículo aparecido en una revista norteamericana:

Los Dueños —escribe— no tienen horario particular para aparecer. A veces vienen y se dirigen a todos los alumnos. En otras ocasiones, sus enseñanzas quedan reservadas a algunos discípulos escogidos, e incluso a uno solo de ellos. Entre los Dueños que los estudiantes occidentales en ocultismo conocen mejor, el doctor Wada tuvo el privilegio de ver a Kut Humi, Morya y Djual Kul. Los momentos pasados a los pies de estos Dueños fueron, en el monasterio, instantes en que brilló la luz de la más alta espiritualidad.¹

Hemos de hacer constar aquí que, antes de los años treinta, grupos de lamas, llamados Kut-hum-pas, se encontraban muy a menudo en el valle del Tsang Po. Eran discípulos del Arhat Kut Humi.

La superioridad de la Doctrina Secreta quedará demostrada, de una vez por todas, cuando los Adeptos hayan aportado pruebas convincentes a propósito de la historia desconocida

¹ *Cosmic Star*, Los Angeles, noviembre-diciembre de 1964.

de la Humanidad. Sus grandes bibliotecas, sus museos, están a buen recaudo, y sus entradas se hallan bien ocultas. Hace un siglo, Hélène Blavatsky decía que no había miedo alguno de que alguien pudiese descubrirlas, «aunque varios ejércitos invadieran las arenosas extensiones». En realidad, miles de soldados han penetrado ya en el territorio de Shambhala, e innumerables equipos de obreros trabajan en el Tsaidam, en los *derricks* que extraen petróleo. Pero esto estaba previsto desde hace largo tiempo.

¿Cuál es el secreto de esta comunidad de cultura cósmica? Bondad, respeto mutuo, forma de vida razonable, *planning* prudente, disciplina jerarquizada, abnegación y aspiración común para colaborar con nuestra Madre Naturaleza. Esta fraternidad de eruditos se interesa por la ciencia, la filosofía, la religión, el arte y la música y trabaja, en el sentido más amplio del término, por el perfeccionamiento cultural. No es un paraíso de indolencia, ni un somnoliento Shangri-La. Es un centro vital de la Humanidad que, en el curso de los siglos, ha combatido valerosamente la ignorancia, sacrificando a muchos de su miembros más nobles. Jamás ha sido escrita la auténtica historia de estos mártires de la Verdad.

En un grupo fundado en la cooperación, la disciplina, el amor fraterno y un idealismo filosófico, si bien pueden existir algunas divergencias, no puede haber disensión, ya que Shambhala es sinónimo de armonía.

Para concluir, queda por examinar un punto esencial: la última modificación de las comunidades shambhaleanas que tuvo lugar en el Tibet en el siglo XIV bajo la dirección de Tsong-Khapa. el reformador realizó este proyecto del monasterio de Tashi Lhunpo, cerca de Shigatsé. El importante acontecimiento fue descrito así por A. P. Sinnett:

Desde los tiempos inmemoriales existe en el Tibet una región secreta que hasta ahora es completamente desconocida. Sólo puede ser alcanzada por los iniciados, y permanece inaccesible tanto para los habitantes del país como

para los extranjeros. En ella se han reunido siempre los Adeptos. Mucho más numerosos que en la actualidad, los Mahatmas estaban antiguamente diseminados por el mundo. Sin embargo, los progresos de la civilización, al engendrar el magnetismo que ellos encontraron tan angustioso, dieron ya origen, en la época en cuestión —el siglo XIV—, a un movimiento general hacia el Tibet por parte de los ocultistas antes dispersos (52).

Mientras que pocos lamas tibetanos conocen el carácter tangible de Shambhala del Norte y la pertenencia de sus más eminentes pundits a este oasis de los Bodhisattvas, los más virtuosos y los más iluminados de ellos conservan una ciencia secreta, sin duda, un legado de la propia Shambhala. Su nombre es *Kalachakra*, la *Rueda del Tiempo*. Éste será el tema del capítulo siguiente.

5. KALACHAKRA, CIENCIA DE LOS BODHISATTVAS

Aunque ningún objeto procedente de Shambhala haya sido aún expuesto en nuestros museos, las escrituras tibetanas, como el *Kanjur* y el *Tanjur*, contienen textos respecto a los cuales sus autores afirman que son copias de manuscritos shambhaleanos (41). En el curso de su historia han sido despachados por Shambhala del Norte hacia el mundo exterior enviados por Shambhala del Norte hacia el mundo exterior enviados y encargados de misión. Estos dos hechos vienen a apoyar la autenticidad de un centro cultural y científico oculto en una región aislada del Globo.

Los textos del Tibet hablan asimismo de una ciencia de la *Kalachakra*, velada de símbolos y alegorías que sólo pueden entender los lamas iniciados. El budismo tibetano cree que el conocimiento de la *Kalachakra* abre la puerta a la percepción del dominio secreto de los Bodhisattvas, esos seres que han acabado su evolución terrestre y que ayudan a la Humanidad.

Antes de la introducción del socialismo en China, el monasterio del Tashi Lhunpo, cerca de Shigatsé, y la lamasería Kumbum, al nordeste del Tibet, poseían escuelas especiales de *Kalachakra*. Muchos establecimientos monásticos, entre los mayores del Tibet y de Mongolia, mantenían maestros que enseñaban esta disciplina. Para ser admitido en uno de estos colegios, el monje debía pasar varios años en una lamasería y

poseer la reputación de una vida ascética ejemplar. Entonces era recomendado por su prior para entrar en la escuela de Kalachakra. Entre los lamas, los más capaces, los más inteligentes y los más santos eran admitidos como alumnos en estas escuelas secretas.

Aunque la mayoría de los candidatos fuesen lamas de gorro amarillo¹ del budismo reformado de Tsong-Khapa, que, en principio, es hostil a la magia tántrica,² la Kalachakra era considerada en gran estima por estos monjes eminentes. La Historia confirma que el propio Tsong-Khapa era maestro de la Kalachakra.

La enseñanza de esta ciencia hermética se inicia con la astronomía, la astrología y el sánscrito. A fin de preservar el simbolismo deliberadamente oscuro de la exposición escrita del sistema cuya clave sólo puede dar un Adepto, las verdaderas lecciones de Kalachakra no han sido jamás hechas públicas ni transcritas en una lengua occidental, ni siquiera en forma criptográfica. Pese a todo, ciertos puntos relativos a su historia en el Tibet y en Mongolia son accesibles al estudio en algunos documentos del siglo xv, como los *Anales Azules* o el *Comentario de la Kalachakra*, escrito por Bu-Ston Rinchen-grub en Tashi Lhunpo en 1322. Existen asimismo obras más antiguas, compuestas por Ra-lotsava en el siglo xi.³

Si nos extendemos sobre el tema de la Kalachakra es, ante todo, para demostrar la naturaleza concreta de Shambhala, donde, según la tradición, se originó la doctrina. El doctor George Roerich, que constituye una autoridad en materia de escritos tibetanos, hizo una comprobación significativa en una

¹ Monjes solteros, en oposición a los gorros rojos, que podían contraer matrimonio. Sin embargo, ha habido lamas de gorro rojo que fueron ermitaños y santos.

² Creencia en los poderes invisibles del Universo, benéficos o nefastos, creadores o destructores, que controlan la vida y la muerte, pero cuya influencia maléfica puede ser combatida mediante ritos mágicos propiciatorios.

³ Traducido por el doctor E. Obermiller, Heidelberg, 1931.

de sus obras a propósito de las relaciones existentes entre la Kalachakra y Shambhala:

Toda la cuestión del sistema kalachakreano —dice— se mezcla estrechamente con el problema del Reino de Shambhala, región mística desde la cual este sistema fue transmitido a la India durante la segunda mitad del siglo x, y al problema del origen del ciclo sexagesimal tibetano (41).

Según el doctor G. Roerich, la búsqueda del Reino de Shambhala y la comunión espiritual de su Dueño fue el objetivo último de todos los devotos de la Kalachakra. Estos monjes iluminados dejaron textos que describen el camino de Shambhala (*Shambhala lam-yig*), donde indicaciones geográficas figuran junto a directrices relativas a la preparación espiritual de quien desea entrar en la esfera shambhaleana.

La literatura sagrada del Tibet abunda en relatos sobre el origen de la Kalachakra. Todas las versiones convienen en decir que la doctrina fue enseñada al principio por Buda tras su iluminación en la Gran *stupa* de Sri-Dhanyakataka, en la provincia de Madrás. Por aquella época, Suchandra, rey de Shambhala, se apareció de pronto, escoltado por una multitud de seres divinos.

Los antiguos textos del Tibet, como los de Ra-lotsawa, que vivió hace unos novecientos años, arrojan luz sobre las finalidades y la historia de la Doctrina de la Rueda del Tiempo y sobre su origen. Un extracto de su manuscrito facilitará la comprensión de la naturaleza tangible de la tradición shambhaleana:

Los Adeptos de la Doctrina de la Kalachakra, reputados en la ciencia de los Bodhisattvas, vivían en la India —escribe—. Por aquel tiempo, el pundit Tsilu, el gran maestro que poseía un profundo conocimiento de todos los Pitakas (compilaciones), acababa de nacer en Orissa. Los que aspiraban a convertirse en Budas en otra vida,

debían estudiar el *Mantrayana*¹ y, especialmente, la Ciencia de los Bodhisattvas (Kalachakra). El maestro Tsilu se enteró de que esta ciencia se conservaba en Shambhala. Tsilu, caminando lentamente, llegó a la cumbre de una montaña, donde encontró a un extranjero. «¿Adónde vas?», le preguntó el hombre. Tsilu respondió: «Hacia Shambhala, en busca del saber de los Bodhisattvas.» «El camino es muy difícil —observó el extranjero—, y si estás ansioso por aprender, puedes adquirir ese conocimiento aquí mismo.» El pundit Tsilu reconoció entonces que el extranjero era una reencarnación de Manjushri (un Bodhisattva).² Arrodillándose, le ofreció un *mandala* (diagrama circular). El extranjero le desveló todos los preceptos secretos de los comentarios del Libro del Poder. Tsilu partió en seguida para la India y enseñó la doctrina de la Kalachakra al pundit Acharya-deva, nacido en Barendra, que igualó a sus predecesores en saber y que adquirió el dominio total de su espíritu. Algunos dicen que tuvo visiones de la diosa Tara y que se le concedía todo cuanto deseaba. Instruido por la Blanca Tara, partió para Shambhala (41).

Este texto del siglo XI nos muestra que la creencia en Shambhala es mantenida con fervor por los tibetanos desde hace mucho tiempo.

Somanatha, un brahmán de Cachemira, introdujo la Kalachakra en el Tibet en el año 1026. Se le atribuye asimismo la difusión del sistema cronológico sexagesimal de doce animales y cinco elementos.³

Presenta un interés particular el hecho de que los ciclos

¹ Conocimiento de las palabras ocultas del poder.

² Manjushri o Wen shu, vivía en Wu Tai Shan (China), donde aún existe un monasterio dedicado al mismo.

³ Cada año lleva el nombre de uno de los animales siguientes: el ratón, el buey, el tigre, la liebre, el dragón, la serpiente, el caballo, el morueco, el mono, el pájaro, el perro y el cerdo, que, combinados con la madera, el fuego, la tierra, el hierro y el agua, forman un ciclo de 60 años. En consecuencia, 1977 fue el año de la Serpiente de Fuego.

chino-tibetanos estén científicamente fundados en la revolución del planeta Júpiter en torno al Sol en 11,86 años (61). Es altamente significativo que el calendario tibetano comience el año mismo en que la Kalachakra fue introducida en el país (1026), lo cual marca el inicio de la llamada Era de Rabjyong. Así, por ejemplo, el año 1975 corresponde al año 949 de la cronología del Tibet. Ello subraya la extraordinaria importancia de la Kalachakra en la cultura tibetana.

El décimo libro de los *Anales Azules*, compuesto por *Gos Lotsaba Gzonnü dpal* en 1476 y 1478, está dedicado enteramente a la propagación de la Kalachakra en el Tibet. Como quiera que la doctrina es muy poco conocida, a causa de su carácter esotérico, las obras históricas, tales como los *Anales Azules* dan un resumen de la composición de los principios de la Kalachakra.

El Libro Primero expone a los aspirantes budistas los elevados objetivos que se han de alcanzar:

Saludo lo que debe ser intuitivo, trascendental, inconcebible, lo que es fuente de alegría para los hombres sabios, para responder en medio de una asamblea resplandeciente, serena, manifestada a algunos la rueda de la Doctrina de la Iluminación Suprema, hasta para los yoguis dotados de la más alta serenidad, difícil de percibir, ardua de buscar, todopoderosa y sin causa (41).

El Décimo Libro de los *Anales Azules* da las instrucciones siguientes del maestro de la Kalachakra a su discípulo: «Ahora debes adoptar la misma postura que yo y mantener tu mente libre de todo pensamiento.» El antiguo texto menciona dos etapas de meditación: claridad y firmeza. Habla de correspondencia entre el Sol, la Luna, las estrellas y los centros nerviosos del cuerpo humano, o *chakras*. Otro párrafo dice que «la sabiduría llega a aquel que es capaz de controlar su respiración», y hace alusión a la «casa de Kundala inflamada por el Calor Interno» o el Kundalini, con base en

la espina dorsal. «Entonces rechazo mi cuerpo ilusorio, consumido por brillantes llamas, de la misma forma que la serpiente rechaza su piel», dice el texto. Evidentemente, ello implica la proyección psíquica o la exteriorización del espíritu.

Hablando de un maestro de la Kalachakra, el texto indica que «practicaba la meditación y tenía la facultad de componer nuevas mantras,¹ enseñaba la Kalachakra y tenía numerosos discípulos. Murió, a los ochenta años, en el año del Caballo de Madera (1282)».

En otra parte del Libro se describe la disciplina yoguista: «Practicaba la meditación, observando períodos de tres años, tres medios meses y tres días, según el método yoga preconizado por la Kalachakra. Se supone que durante este período el organismo experimenta un cambio completo.» El texto menciona aún técnicas ocultas, como el empleo, por los alumnos, de espejos para obtener visiones y alcanzar la consciencia cósmica. Describe también numerosas manifestaciones de poderes ocultos para los grandes adeptos de la Kalachakra.

La historia de la vida del monje *Grags-pa Sen-ge* incluye un episodio en el que las llamas adquieren la forma de piedras preciosas. Este santo personaje murió el año 1343, a los ochenta y nueve años de edad. En el momento de su cremación, sus restos tomaron milagrosamente la forma de reliquias budistas.

La biografía de *Vanaratna* relata diversos fenómenos sobrenaturales, como lluvias de flores, corrientes de agua lechosa e incluso fenómenos de arco iris en el interior de su casa. Murió en 1468, por su propia voluntad, sentado, muy erguido en una alfombra, en una actitud yogui. En el momento de su incineración, toda la región del Nepal quedó cubierta de un palio irisado de extraños arcos iris.

Bon-don Rinpoche, otro Adepto de la Kalachakra, es conocido por haber suscitado un milagro en el curso de una ceremonia de consagración, cuando la llama de los cirios se trans-

¹ Palabras de poder.

formó en diagrama y en símbolos fulgurantes. Su historia termina con una frase significativa: «A los cincuenta y un años partió para Shambhala.»

Los contactos físicos y telepáticos de algunos maestros de la Kalachakra con Shambhala quedan atestiguados por varios pasajes de los *Anales Azules*. Uno de ellos, tomado del ermitaño *Kalachakra-pada*, explica especialmente:

Estaba instruido en las cinco ramas del saber, bendecido por la Venerable Tara, cuyo rostro veía con toda claridad. La Venerable le dijo un día: «En Shambhala del Norte hay muchas tantras¹ y comentarios enseñados y profetizados por Buda. Ve en su busca y escúchales.» Pensó, por tanto, en ir a aquel lugar. Algunos dicen incluso que cuando decidió ir a Shambhala y preparaba el viaje, visitó este lugar gracias a una visión y obtuvo las doctrinas del propio Arya Avalokiteçvara. Este último punto debe ser admitido (41).

Todas estas alusiones a Tara y a la Kalachakra tienen una importancia capital en el contexto de un futuro capítulo: *Los Diálogos del Templo*.

Nicolas Roerich fue testigo de un episodio inesperado que constituyó, sin duda, una demostración de la Kalachakra. Al principio de los años veinte viajaba cierto día en un coche con varias personas, por una carretera entre Darjeeling y Ghum, en el Himalaya. También yo he pasado por esta carretera.

Roerich explica que el conductor del vehículo enlenteció de pronto la marcha ante la vista de un palanquín llevado por cuatro hombres y que circulaba en sentido inverso (42). Cuando se detuvo el coche para dejar paso al palanquín, los viajeros pudieron ver a un lama en su silla de portadores. Iba vestido con una indumentaria amarilla y roja, llevaba corona, sus cabellos eran negros y largos y su cara se adornaba

¹ Fórmulas de iniciación.

con una corta barba oscura, que raramente llevan los lamas. Este personaje distinguido sonrió y saludó varias veces con la cabeza en dirección a los viajeros. El vehículo prosiguió su camino, pero los pasajeros, intrigados, se volvieron varias veces para seguir con la mirada al extraño personaje en la litera.

Cuando el profesor Roerich inquirió acerca del misterioso lama, se le contestó que sólo el Dalai-lama y el Panchen-lama eran llevados en palanquín. En cuanto al empleo de la corona, estaba reservado a las ceremonias en los templos. «Debe usted de haber visto a un lama de Shambhala», le dijeron los monjes de Ghum.

Caídas de lluvia obtenidas por el oráculo de Lhasa pueden asimismo representar una manifestación de la Kalachakra. Esto lo describe Heinrich Harrer en su libro *Siete años de aventuras en el Tibet*. El lama cae en trance y se pone a cantar encantamientos con una voz terriblemente aguda. Como dice Harrer, «ya se crea en los milagros, ya se busque una explicación lógica a los hechos, lo cierto es que, tras estos gestos y ademanes, la lluvia cae indefectiblemente».

Para concluir este capítulo con una nota personal, me gustaría evocar, una vez más, a Su Santidad el Panchen-lama, que vi en mi juventud durante una procesión en China. Cuando el gran templo de Maitreya, el futuro Buda, estaba a punto de recibir su colosal estatua en el monasterio de Tashi Lhunpo, en 1916, el Panchen-lama rogó a su viejo maestro, el erudito Kyongbu-Rinpoche, que inaugurase su instalación. El frágil monje declinó el ofrecimiento diciendo que su salud era precaria y que su muerte se hallaba próxima. Paradójicamente, prometió consagrar el nuevo templo.

Meses después, el Panchen-lama envió un palanquín y una escolta a Kyongbu-Rinpoche para llevarlo a la ceremonia. Lo vieron ocupar su lugar en la silla de portadores, pero en el momento de la inauguración, el Panchen-lama y todos los monjes que oficiaban quedaron profundamente sorprendidos al ver al venerable ermitaño llegar sin escolta y a pie. Ante la

multitud reunida, el asceta subió los escalones, entró en el templo, estrechó la estatua de Maitreya y se fundió milagrosamente con ella, para desaparecer. Aparentemente, Kyongbu-Rinpoche mantuvo la promesa hecha al Panchen-lama gracias a la fuerza oculta de la Kalachakra (11).

No conviene identificar todos los actos mágicos con el sistema de la Kalachakra, sino sólo los fenómenos que sugieren la alta espiritualidad de su autor, usando una fuerza universal desconocida por el hombre: el poder inteligente encerrado en el corazón del átomo, que los Adeptos dominan sólo a través de la unidad con la Madre Naturaleza. Es el secreto de la Kalachakra. Por tanto, es comprensible la convicción de que Shambhala es la fuente de esta alta ciencia.

Hemos de registrar un hecho de importancia. La secta dirigente Gelup-pa del budismo tibetano, representada por el Dalai-lama y Panchen Rinpoche, condena todas las demostraciones visuales y auditivas de los fenómenos psíquicos, ya que las mismas tienden a reforzar la confianza del hombre en los órganos de la vista y del oído, cuando el despertar de la percepción espiritual interior es el objetivo del verdadero budismo. La práctica de la Kalachakra forma parte de la enseñanza de los discípulos, pero sólo se permite en circunstancias especiales, que autorizan una manifestación excepcional.

La tradición de Shambhala no queda limitada al Tibet y a Mongolia, pues se extiende a otros países, especialmente a Rusia, donde se encuentra con un nombre y rasgos ligeramente distintos: la *Tierra de las Blancas Aguas*.

6. LA TIERRA DE LAS BLANCAS AGUAS

En Rusia, entre los Viejos Creyentes, o *Starovery*, circulaba una extraña creencia, la cual aseguraba que el que remontara el camino de los conquistadores tártaros hacia Mongolia, encontraría *Belovodye*,¹ la tierra de las Blancas Aguas, donde vivían reclusos santos hombres, lejos de las bajezas del mundo.

En escritura sánscrita, la Tierra Eterna que no pueden destruir el fuego ni el agua se llamaba la *Isla Blanca*. Es algo más que una coincidencia el que la Tierra Prometida de los peregrinos rusos lleve el nombre de *Blancas Aguas*.

Según el folklore ruso, el fantástico reino de Asia encierra numerosas cavernas secretas, y su protección está bien asegurada por enormes cadenas montañosas de nevados picos. La leyenda precisa que un lago, llamado *Lopon*, se extiende cerca del dominio de los Hombres Sabios. Pocos conocimientos geográficos se necesitan para identificar este misterioso lago Lopon con el Lob Nor del Gobi, en los parajes de los montes Altyn Tagh y del nevado Kuen-Luen, del que tanto se habla en los viejos textos chinos.

Además, la superficie de este lago se halla parcialmente

¹ Se pronuncia Belovodi-ye.

cubierta de una inmaculada capa de sal cristalizada. Es, sin duda, uno de los lagos blancos de la Tierra de las Blancas Aguas.

El escritor soviético Chichkov hace alusión a Belovodye en uno de sus relatos:

Es —escribe— un país de las Maravillas que lleva el nombre de Belovodye. En este sentido abundan las canciones y los cuentos. Se halla en Siberia, tal vez más allá, quizás en otro sitio. Se han de atravesar estepas, montañas y selvas sin edad y mantener la dirección hacia Levante, hacia el Sol. Si el destino ha marcado a usted desde el nacimiento, verá Belovodye. Este país no es de nadie. Toda verdad y toda bienaventuranza residen en él desde tiempos inmemoriales... es verdaderamente una tierra maravillosa.¹

El folklore y la literatura de la vieja Rusia son ricos en detalles reveladores de que una verdad se oculta tras estas fábulas inventadas. La leyenda de Belovodye tiene cierto parentesco con *Kitij*, la ciudad subterránea que sólo pueden alcanzar los virtuosos. Se dice que esta ciudad de los Santos Hombres permanecerá invisible hasta los últimos tiempos. Los devotos de Rusia tenían por costumbre tumbarse en el suelo y pegar una oreja al mismo, con la esperanza de captar el carrillón de las iglesias de esta ciudad subterránea. Los viejos campesinos especificaban que el que tratase de descubrir esta mansión de Verdad debía poseer una voluntad inquebrantable. Se le aconsejaba no revelar su proyecto a sus parientes o amigos, sino rezar y meditar hasta que apareciesen a su vista las visiones de la Ciudad Santa. Lo mismo que el mito de Belovodye, este cuento hablaba también de la Ruta de los Conquistadores Mongoles, que debía emprender el que se ponía a buscar este sagrado lugar de Asia.

¹ *Alye Sugroby* (Montón de nieve escarlata), Moscú, 1925.

Esta creencia recuerda la leyenda del Santo Grial de la Edad Media, ya que insiste igualmente acerca de la necesidad de tener un determinado estado de ánimo para superar las difíciles pruebas que encontrará el que busque. Pero si el peregrino ruso, en camino hacia la Tierra Sagrada, se hallaba espiritualmente bien preparado, al acercarse a la misma los guardianes del lugar secreto saldrán secretamente a su encuentro. Esta certeza es particularmente fuerte en el mito de Belovodye.

A través de los siglos, los peregrinos han hecho múltiples intentos por descubrir el fabuloso emplazamiento de Belovodye, situado en alguna parte del Asia Central. Mientras que algunos buscadores volvieron sin haberlo encontrado, otros no regresaron jamás. Se cree que perdieron la vida al atravesar el desierto de Gobi o el Tibet. Sin embargo, estas desapariciones no desanimaron a los peregrinos y rumores persistentes aseguraron que numerosos individuos habían localizado efectivamente la misteriosa comarca. Aunque era conocido por haber viajado a la India, causó sorpresa el descubrir, en los papeles dejados por este religioso ruso ortodoxo, un Diario que revelaba su íntimo conocimiento de la doctrina de los Mahatmas del Himalaya (42).

La leyenda rusa del *Tchud*, o País de las Maravillas, pertenece a la misma categoría de cuentos populares que el mito de Belovodye. Explica el éxodo hacia la ciudad subterránea de un grupo ruso de descontentos, irritados por la injusticia del régimen zarista. Al llegar a las cercanías de la ciudad, los pasajes que conducían a las cavernas quedaron obstruidos tras ellos por montones de piedras. Sin embargo, prometieron volver y conseguir un conocimiento nuevo tan pronto como llegara el tiempo para ello. Este cuento ofrece numerosas similitudes con la tradición de Shambhala en Mongolia.

Según la saga de Belovodye o de las Blancas Aguas, en las altas montañas, más allá del lago Blanco, se extiende un plácido valle, que ocupan los santos hombres. Los puntos geográficos designan el lago Lob Nor y la cadena montañosa del Al-

tyn Tagh —ramificación del Kuen-Luen— como el punto en el que, según las fuentes taoístas, debe de estar situada la mansión de la Madre Dorada del Oeste y de sus Inmortales.

No resulta difícil seguir en un mapa el itinerario tomado por los peregrinos. Parte generalmente del río Irtych, en Siberia, después del cual, los viajeros atravesarían los montes Tien Chan, para alcanzar los lagos salados del Gobi, al pie del macizo tibetano.

El informe que hizo el profesor Nicolas Roerich de sus entrevistas con los Viejos Creyentes de los montes Altai, en la frontera de Mongolia, es bien notable, ya que da el nombre preciso de los lugares por los que debe de pasar necesariamente el peregrino que se dirige hacia Belovodye:

Tras un duro viaje, si no ha extraviado usted la ruta, llegará a los lagos sagrados. Este pasaje es muy peligroso. Entonces llegará a las montañas de Bogogor'ch. Aquí empieza una ruta más peligrosa aún, que conduce a Kokuchi. Tome luego el camino que pasa por encima del Ergor y sígalo para subir hacia la región de las nieves (42).

Roerich explica que los lagos salados son los de Tsaidam, con sus peligrosos pasos. Identifica *Bogogor'ch* con las montañas de *Burjan Buddha*. *Kokuchi* es, sin duda alguna, la cadena *Kokuchili*, y el *Ergor* es la nevada meseta tibetana de *Chang Tang*. Uno de los interlocutores de Roerich —un anciano— le explicó la historia de sus dos abuelos, que decidieron encontrar Belovodye. Estuvieron ausentes durante tres años y, a su regreso, describieron a la familia algunas de las incomparables maravillas que habían visto en el retiro de los Hombres Sabios. Esta historia, explicada por el famoso explorador de Asia, merece una seria atención, pues demuestra que algunos individuos podían efectivamente alcanzar Belovodye o Shambhala. Por tanto, la leyenda de Belovodye, como la de Shambhala, podría reflejar el recuerdo folklórico de una antigua morada de Hombres Perfectos que, desde el alba de

la Historia, guiarían a la Humanidad por el camino que lleva a la perfección.

Muchos sacrificaron su vida en el curso de estos viajes por las profundidades de Asia, pero otros pudieron sin duda alcanzar su objetivo, ya que dieron la descripción de las cosas sorprendentes que vieron en esta tierra desconocida. Sus informes precisan que habrían podido decir mucho más sobre las realizaciones obtenidas por los habitantes de esta ciudad secreta, si no hubiesen estado atados por un juramento.

Un relato del mismo tipo, de fuente monástica, fue entregado en la ermita de Vyshenski-Uspenski, cerca de Chats, en la provincia de Tambov, en 1893. Recurriendo a informes verbales y antiguos escritos, a los que sólo tenían acceso los monjes rusos más cultivados, el abad Vladímir explicó la historia a un joven que se convirtió en emigrado después de la Revolución.

El relato fue publicado en América, en un diario de lengua rusa, después de la Segunda Guerra Mundial.¹ El profesor George Grebenshikoff, del Southern College de Lakeland (Florida), una vez examinada esta crónica, llegó a la conclusión de que representaba una versión convincente de una de las numerosas peregrinaciones a la Tierra de las Blancas Aguas, tal vez la versión más antigua conocida en la historia de Rusia.

La Saga de Belovodye inicióse en Grecia, en el monasterio del monte Athos, famoso por su antigua biblioteca y por la rígida disciplina que observaban sus monjes, inclinados al misticismo y que vivían en una roca aislada. Aquí, un joven religioso eslavo vivió varios años antes de regresar a Rusia pasando por Bizancio, en los primeros años de la cristianización rusa.

Al llegar a Kiev, el padre Sergius —que a la sazón no tendría más allá de treinta años— explicó al príncipe Vladímir un relato referente a un misterioso país del Este, el Reino de las Blancas Aguas, donde predominarían la virtud y la jus-

¹ *Nóvaya Zaria*, San Francisco, 24 de abril de 1949.

ticia. Era el tiempo en que el príncipe ruso despachaba enviados a Bizancio y a Roma para enlazar Rusia con la civilización cristiana.

Vladímir quedó tan fascinado por la historia de la legendaria tierra, que en 987 equipó y envió una importante expedición, al frente del monje Sergius, en busca de este país asiático. En aquella época se calculó que el periplo podía realizarse en tres años. Sin embargo, al pasar años y decenios sin tener noticia alguna, no se pudo ya dudar de su triste suerte.

En 1043 apareció en Kiev un hombre ancianísimo, el cual declaró que era el monje Sergius enviado por Vladímir a Asia para descubrir el País de las Maravillas. A los asombrados religiosos les explicó una extraña historia, que fue debidamente consignada para perpetuar su recuerdo entre los místicos cristianos de los monasterios de Rusia.

El padre Sergius explicó que, a finales del segundo año de su difícil viaje hacia el Este, la expedición había perdido muchos de sus efectivos en hombres y animales. En un territorio desértico —que podría ser el Kazajstán— encontraron numerosos esqueletos de hombres, caballos, camellos y mulos. Los miembros de la expedición quedaron tan aterrorizados, que se negaron a seguir adelante, excepto dos hombres, los cuales aceptaron seguir al monje Sergius.

Sin embargo, a finales del tercer año de viaje, estos dos fieles compañeros tuvieron que ser abandonados en un pueblo, a causa de su muy quebrantada salud. El padre Sergius estaba asimismo en el límite de su fuerzas, pero se hallaba resuelto a proseguir su camino o morir. Los rumores recogidos cerca de los naturales en las regiones que habían atravesado indicaban al religioso que, en efecto, no era quimérico el fabuloso país que buscaba. Un guía, probablemente mongol, le aseguró que conocía el camino del Reino Sagrado, que él y otros llamaban *La Tierra Protegida*, la *Tierra de las Blancas Aguas* y de las *Altas Montañas*, la *Tierra de los Espíritus Radiantes*, la *Tierra del Fuego Viviente*, la *Tierra de los Dioses Vivientes* o el *País de las Maravillas*.

El padre Sergius necesitó aún tres meses para alcanzar la frontera de Belovodye: el lago blanco cubierto de una capa de sal. Su último guía se negó a ir más lejos, demasiado espantado por el pensamiento de los guardianes de las cumbres nevadas. En cuanto al monje ruso, no sentía temor a la muerte y estaba lleno de fe en la existencia de los Santos Hombres. Por otra parte, estaba demasiado agotado como para volver atrás.

Tras algunos días de marcha fue repentinamente abordado por dos extranjeros, que se hicieron entender, aunque se expresaban en una lengua desconocida. Sergius fue conducido entonces a una ciudad, en la que, tras haber descansado, se le dio un empleo. Posteriormente fue llevado a otra ciudad, en la que fue aceptado como hermano. Pasaron los meses y los años, y el monje eslavo adquirió un gran saber. Sintióse colmado de alegría al haber encontrado, por fin, a los Hombres Sabios, pacientes, compasivos, que veían todo y trabajaban en provecho de toda la Humanidad. Sin ser vistos, no se les escapaba nada de lo que ocurría en el mundo exterior.

El padre Sergius dio a entender que buen número de personas, llegadas de los más diversos países, habían intentado, sin éxito, entrar en este país. Los habitantes tenían una ley que permitía sólo a siete personas por siglo visitar aquella morada. De ellas, seis debían volver al mundo exterior, tras haber adquirido los conocimientos secretos. La séptima se quedaba en la morada de los Sabios, donde no envejecía, ya que para ella quedaba abolido el tiempo.

Esta saga contiene el esbozo del Reino del Preste Juan, del que trataremos más adelante. La *Tierra Prohibida*, o *Tierra de los Dioses Vivientes*, sólo puede ser el Tibet, que aún en nuestros días lleva este nombre. Por tanto, este folklore de la vieja Rusia se refiere, sin duda, a la existencia real de una comunidad de hombres inspirados, en el corazón mismo de Asia, que llaman Tierra de las Blancas Aguas. Y ello no es, sin duda, más que otra versión de la tradición de Shambhala.

7. LOS PORTADORES DE LUZ

En los capítulos precedentes hemos descrito el oasis perdido de una alta cultura espiritual. Ahora podemos examinar una posibilidad interesante. ¿Fueron despachados grandes reformadores por este centro, para elevar a la Humanidad a un más alto grado de conciencia? Estos Divinos Mensajeros aparecerían aisladamente y en determinadas épocas. Son los llamados *Avatares* en la India. Entidades suprahumanas, se encarnan en un acto de autosacrificio para salvar a la Humanidad. Como quiera que es imposible pasar revista a todos estos Mesías, analizaremos brevemente sólo las misiones de Krishna, de Gautama el Buda y de Jesucristo, y estableceremos su conexión con la morada de los Magos.

Hay otros mensajeros: los profetas. Su acción es guiada asimismo directamente por los Mahatmas en provecho de una cierta parte del mundo y en un tiempo dado de la Historia. Dos de estos profetas (Moisés y Mahoma) han sido elegidos para ilustrar aquí esta práctica de la ayuda ininterrumpida que ha dispensado la Fuente de la Cultura Cósmica.

Las doctrinas de los Salvadores y de los Profetas abarcan buena parte de las ideologías del tiempo pasado. La creación de un mundo nuevo de socialismo y el mensaje de Lenin serán expuestos por separado.

Todos los movimientos sociales o religiosos que tienen por ideal el Bien Común y la Paz en la Tierra, son siempre sostenidos por la Jerarquía de la Luz. Puede parecer extraño que ideologías totalmente distintas puedan emanar de una sola y misma fuente. Sin embargo, es cierto. Cada doctrina está destinada a cierta época. Cuando se altera su enseñanza, desaparece para ser remplazada por una ideología más dinámica y más oportuna. Esta eventualidad debería incitar a la tolerancia, si se quiere admitir que la Verdad tiene varios rostros.

Empezamos esta exposición con la vida de Krishna, uno de los más antiguos Avatares conocidos. Su enseñanza inspira aún a millones de hindúes y guía su existencia. Krishna nació de la Virgen Devaki en una cueva de pastores situada en un bonito valle del Himalaya, al pie del monte Meru, llamado también Kapala o Shambhala.

Amaba todas las cosas, incluso a los animales salvajes, y cuando era niño estrechaba entre sus brazos a los cachorros de tigre. Cuando se hizo mayor, los Sabios empezaron a instruirlo a fin de que pudiera expresar toda la sabiduría que había en él. Cierta día, Krishna recibió la iniciación a los pies del Gran Dueño o Señor del Himalaya, y se le ordenó destruir el mal en el mundo. Partió entonces para orillas del Ganges y del Jumna, para instruir a la Humanidad, tocando la flauta para sacudir a los hombres de su torpor en el mundo físico de «Maya» (la ilusión).

Lo que enseñó está contenido en los diálogos con el príncipe Arjuna en la *Bhagavad-Gita*:

El espíritu no nace jamás.

El espíritu no dejará jamás de ser.

El hombre progresa por su renacimiento, dice Krishna:

Numerosas fueron las primaveras de mi nacimiento.

¡Arjuna! ¡Y también de tus nacimientos!

Pero yo conozco a los míos y a los tuyos; tú los ignoras.

Hace miles de años, estas palabras fueron emitidas por Krishna en el valle del Ganges para iluminar a las poblaciones de la India. Pero, como los árboles, las religiones se marchitan y desfallecen cuando la superstición se insinúa en ellas, tal como Krishna lo había previsto: «La Humanidad se extravía por su locura, oscureciendo el conocimiento.»

Sin embargo, la ley de los Avatares fue formulada por Krishna:

Cada vez que la Ley se malogra
y surge la indisciplina,
me obligo a un nacimiento nuevo
para defender al virtuoso, para destruir
al malhechor.
De cuando en cuando, para restablecer la Ley,
tengo que renacer.

Lo mismo que el nacimiento de Krishna, la natividad de Gautama el Buda estuvo en relación con los Ashrams de Arhats (los santuarios de los Sabios), en el Himalaya. Cuando les nació un hijo al rey Sudhodanna y a la reina Maya de Kapilavista, al pie de las montañas nevadas, siete Hombres Sabios fueron al palacio a saludar al niño. Los textos indios dicen que venían de una región del Himalaya.

A los dieciséis años, Siddharta Gautama tomó esposa y tuvo un hijo. Trece años más tarde, abandonó a su familia y su palacio para convertirse en un monje errante, no pudiendo soportar el goce de una vida fácil, tras comprobar que estaba rodeado de un océano de desgracia.

La gran misión de Siddharta Gautama consistió en atacar el injusto sistema de las castas en la India y ofrecer al mismo tiempo al mundo una filosofía cósmica: la primera de la Historia. Como todos los Avatares, fue un revolucionario, ya que desafió al poder establecido y puso en telá de juicio sus conceptos caducos.

«Del bien debe venir el bien y del mal debe nacer el mal», dijo el príncipe que había renunciado al trono para buscar la iluminación y derramar seguidamente sobre la Humanidad la Luz Espiritual.

Cuando, bajo una higuera silvestre, Siddharta Gautama hubo recibido la iluminación y se convirtió en un Buda («El Iluminado»), se identificó por completo con el universo eterno e infinito. A fin de que sus discípulos de las futuras edades pudieran imitar su ejemplo, les trazó su camino de los ocho desvíos, los ocho preceptos de vida: una justa creencia, una justa voluntad, una justa palabra, una justa conducta, una ocupación y una justa concentración. Tan pronto como el hombre se libera del deseo —enseña Buda—, puede alcanzar la liberación, encontrarse así eximido de la Rueda de las encarnaciones y ser absorbido por el Nirvana, morada de paz.

Existe una leyenda que permite presumir que Buda estuvo en Shambhala. Se dice que abandonó las llanuras de la India y viajó a caballo durante dos semanas en dirección al Himalaya. Aquí cogió un camino, que siguió durante siete días, hasta llegar a la cabaña de un cazador. Un viejo cazador parecía esperarlo. A la mañana siguiente, tan pronto como el Sol iluminó las nieves del Himalaya, Gautama se tomó una bebida de miel y prosiguió su camino con el anciano hasta el mediodía, en que llegaron a orilla de un río.

El cazador tendió el arco y lanzó una flecha a través del curso de agua. Esperaron en silencio. Entonces el Maestro se quitó sus vestiduras e hizo presente de las mismas al anciano. Éste hizo ademán de arrojarlas al río. De pronto, un hombre de alta talla, con indumentaria ribeteada de pieles, llegó de la otra orilla en una barca y rogó a Gautama que lo siguiera. Una vez atravesado el río, montaron a caballo y empezaron la ascensión de la montaña cubierta de nieve. Al llegar el alba, descendieron a la morada de los Mahatmas (46).

Lo mismo que Krishna, Gautama el Buda habla de sus reencarnaciones: «Tomo constantemente diferentes formas —dice— y hago uso de métodos variados y sin número para

salvar al infortunado¹.» Los escritos budistas afirman que de cuando en cuando viene al mundo un Buda, lleno de sabiduría y de bondad, un maestro para los dioses y los hombres. El propio Buda predijo el nacimiento de un futuro Buda, que se llamaría Maitreya.

La venida de Jesús fue otra manifestación de la Ley de Divina Encarnación, para el despertar espiritual de la Humanidad. A su nacimiento, tres Magos, o más, guiados por una estrella errante, llegaron del Este para saludarlo. Como ya hemos dicho anteriormente, esta natividad era aparentemente esperada por estos Sábios. ¿Existe un nexo entre los Magos y Shambhala? El hecho siguiente parecería probarlo: los Magos son conocidos por haber dado sus dioses mitraicos y mazdaicos a los antiguos sacerdotes Bon del Tibet que, por otra parte, proclamaban haber recibido su fe de los santos de Shambhalá.

¿Cuál fue la misión de Jesús? Establecer un orden cosmopolita del mundo fundado en el amor fraterno y la tolerancia, en el cual «ya no hay distinción de griego, o judío, de circuncidados e incircuncidados, de bárbaro, escita o libre» (Colosenses, III, 11). Su mensaje dinámico llenó de esperanza a la plebe del vasto Imperio romano, que se extendía desde el Oriente Medio hasta Inglaterra. Millones de esclavos y de plebeyos respondieron al llamamiento y crearon un vasto movimiento, que estremeció las bases del poderoso Imperio romano. Sin embargo, el mensaje encontró poco eco entre los patrios, que conservaron su propia cultura filosófica y científica heredada de Grecia. Cristo fue el primer artesano de la destrucción de la esclavitud.

En su *Quod Omnis Probus Liber*, Filón el Judío hace un comentario en el que indica que los esenios —una secta afiliada a los grandes misterios— fueron, sin duda alguna, los investigadores de las actividades emancipadoras de los primeros cristianos: «Los esenios veían en la esclavitud una violación de la ley de la Naturaleza, que hizo de todos los hombres

¹ *Fundamental Promises* (texto budista chino), por Ti-tzang.

hermanos libres.» En todo caso, en el estadio inicial, el Cristianismo fue una fuerza revolucionaria. Los cristianos tenían una red secreta de centros, en los que se ayudaban mutuamente. Su mensaje establecía la igualdad de todos ante Dios, y la confraternidad del hombre llegó a minar la estructura aristocrática y nacionalista del Imperio romano.

Pero cuando Constantino, sin escrúpulos, levantó la espada e hizo del Cristianismo un culto de Estado para satisfacer a la plebe romana, perdióse para siempre el mensaje de misericordia y de paz aportado por Jesús. Las hogueras de la Inquisición y la sangre vertida durante la Guerra de los Treinta Años, así como la que corrió por Irlanda del Norte, demuestran que quedaba poco de una doctrina fundada por completo en el amor fraterno y en la tolerancia. Los judíos, de los cuales las naciones occidentales tomaron una parte de la religión, fueron sometidos a los más repulsivos chantajes por los reyes, y miles de ellos, torturados por la Inquisición, actos repugnantes de ingratitude histórica.

Sería injusto llegar a la conclusión de que fueron estériles los esfuerzos de los Grandes Magos. Los Avatares vienen más a ayudar a la Humanidad que a ofrecerse ellos mismos como objetos de adoración. Anhelan que las masas se beneficien de su Luz y no crean sistemas fijos que sofocan el pensamiento.

Jesús, ¿fue a la India en su juventud? Los teólogos rechazan esta posibilidad. Sin embargo, misioneros católicos, como Francisco de Acevedo e Hipólito Desideri, trajeron del Tibet, respectivamente en 1631 y 1715, informes escritos a este respecto, que se encuentran aún en la Biblioteca Vaticana.

Incluso en nuestros días, los turistas que visitan Srinagar, en Cachemira, son invitados a ver la llamada Tumba de Jesús, que fue descubierta en esta parte del mundo no cristianizada. Cerca de esta sepultura de Issa (traducción de Jesús) se producen curas milagrosas, y suaves perfumes llenan el aire en el subsuelo del monumento que encierra la tumba (42).

En 1887, Nicolás Notóvich, un periodista ruso, viajó a Ladaj, provincia tibetana de la India, y estuvo en la lamasería de

Mulbek. El prior del monasterio, hombre erudito, le mostró un libro curioso, muy antiguo, que, según él, era la historia de la juventud de Jesús, llamado Issa en el texto. El periodista se interesó vivamente por el viejo libro tibetano y, con ayuda de un intérprete del monasterio de Himis, lo hizo traducir al francés. A su regreso a Europa, Notóvich publicó la obra, primero en París y luego en Londres, bajo el título de *La vida desconocida de Cristo*.

Hecho significativo: El cardenal Rotelli, en París, se opuso violentamente a la publicación. En Roma, otro cardenal ofreció a Notóvich una importante suma, que cubría ampliamente los gastos de su viaje a la India, a fin de detener la difusión del libro. En Rusia, el arzobispo de Kiev aconsejó firmemente al autor que no editara su relato. Esta última advertencia contenía una amenaza más seria que las otras dos, ya que, habiendo seguido adelante, Nicolás Notóvich, a su regreso a Rusia, fue perseguido por el Sínodo de la Iglesia ortodoxa y, bajo la influencia de ésta, enviado al exilio, en los confines de Siberia ártica, por la Policía secreta del zar.

Que un escritor famoso ponga en peligro no sólo su carrera, sino hasta su vida por un manuscrito, prueba, con toda evidencia, la sinceridad de este hombre, responsable de la publicación, en Europa, del libro tibetano.

La traducción de Notóvich indica claramente las provincias de la India visitadas por Jesús: «Cuando abandonó el Nepal y las montañas del Himalaya, descendió al valle de Radjputana y continuó hacia el Oeste, predicando a diversos pueblos la suprema perfección del hombre.» Esta crónica sugiere que Jesús fue no sólo a la India, sino también al Himalaya, estancia de los Magos.

La creencia de que Jesús viajó por la India fue compartida por un personaje tan eminente como el residente inglés en Cachemira en 1911, Sir Francis Younghusband, quien escribió estas líneas en su libro *Kashmir*:

Hace unos 1.900 años vivía en Cachemira un santo hombre que predicaba en parábolas y empleaba muchas de las que sirvieron a Cristo, por ejemplo, la del sembrador. Su tumba se encuentra en Srinagar, y la teoría del fundador de la secta Qadiani es la de que Yus Asaf y Jesús son una sola y misma persona¹.

Jawaharlal Nehru, ex Premier de la India, aludió también a esta tradición:

Por todas partes en el Asia Central —escribe—, en Cachemira, en Ladaj, en el Tibet e incluso más al Norte, subsiste la firme creencia de que Jesús o Issa viajó por estos parajes.²

En una obra de Nicolas Roerich se menciona un detalle interesante sobre los estudios que realizó Jesús en su juventud:

Oímos también otra leyenda en la que se relata cómo Cristo, en su juventud, llegó a la India con una caravana de mercaderes y cómo continuó su estudio de la más Alta Sabiduría en el Himalaya. Se nos dieron versiones diferentes de esta leyenda, que se halla ampliamente extendida por Ladaj, Sinkiang y Mongolia, pero todas están de acuerdo en un punto: que, durante el tiempo de su ausencia, Cristo estuvo en la India y en Asia (42).

En 1967, unos emigrados tibetanos publicaron en la India el *Diccionario Tibeto-Shanshun*, el cual incluye textos tomados de los antiguos libros Bon. Un párrafo presenta un extraordinario interés: «El hacedor de milagros, Esses, vino entonces del país de Shanshun-Mar (Tibet del Norte).» Otro pasaje des-

cribe cómo este Maestro Esses (o Eshe) predicó, en Persia, en el siglo I de nuestra Era.

Esses figura entre los dioses supremos del culto Bon. Un *tanka* (estandarte) sagrado de los fieles Bon representa a Adi-Buda (o su equivalente Bon) en el centro de la pintura, con el futuro Mesías a su izquierda y Esses a su derecha. Bronislav Kuznetsov, un sabio soviético, escribe a este respecto: «Creo que hay razones para admitir que Esses era Jesús, pero convendrán ustedes conmigo en que sólo será posible afirmar su presencia efectiva en el Tibet cuando se descubran pruebas suficientemente serias sobre este hecho¹.» Esta investigación rusa provee una importante contribución a la hipótesis de los viajes de Jesús a Asia, si bien es avanzada por un investigador científico, más que por un teólogo o un teósofo.

La enseñanza secreta del Este afirma que la hermandad de los esenios estuvo en el origen del Cristianismo y que el propio Jesús era, como Juan Bautista, un esenio. La cuestión de saber si los esenios o terapeutas estuvieron en relación con los primeros cristianos fue zanjado por el obispo Eusebio, el historiador eclesiástico del siglo III, que es considerado como una autoridad en la materia. Declaró que «los antiguos terapeutas eran cristianos, y sus antiguos escritos eran nuestros Evangelios y nuestras Epístolas».

Es posible que la cronología de la vida de Jesús sea totalmente errónea. Los Evangelios fueron escritos un siglo o dos después de Jesucristo, lapso de tiempo demasiado largo para una relación histórica exacta. Es sorprendente comprobar cómo Flavio Josefo —historiador de Palestina en el siglo I— no menciona para nada a Jesús ni a los cristianos, siendo así que escribió profusamente sobre las distintas sectas existentes en Palestina. Plinio *el Viejo*, que trató de Judea hacia el 70 de nuestra Era en su *Historia Natural*, cita las pequeñas ermitas de los esenios en las orillas del mar Muerto, pero permanece completamente mudo respecto a los cristianos, que por aquella

¹ F. Younghusband, *Kashmir*, Londres, 1911.

² J. L. Nehru, *Glimpses of World History*, Londres, 1939.

¹ *Baikal* (URSS), n.º 3, 1969.

época habrían tenido que ser mucho más numerosos que los judíos, a los que Filón *el Judío* atribuía un número de 4.000 en toda Palestina. Por otra parte, Filón, contemporáneo de Jesús y gran erudito, ignora igualmente en sus escritos la presencia del movimiento cristiano. El *Talmud* no hace alusión a Jesús antes del siglo III, si bien se refiere sólo a fuentes no rabínicas. Y ahora hagamos un breve análisis de la acción de los profetas.

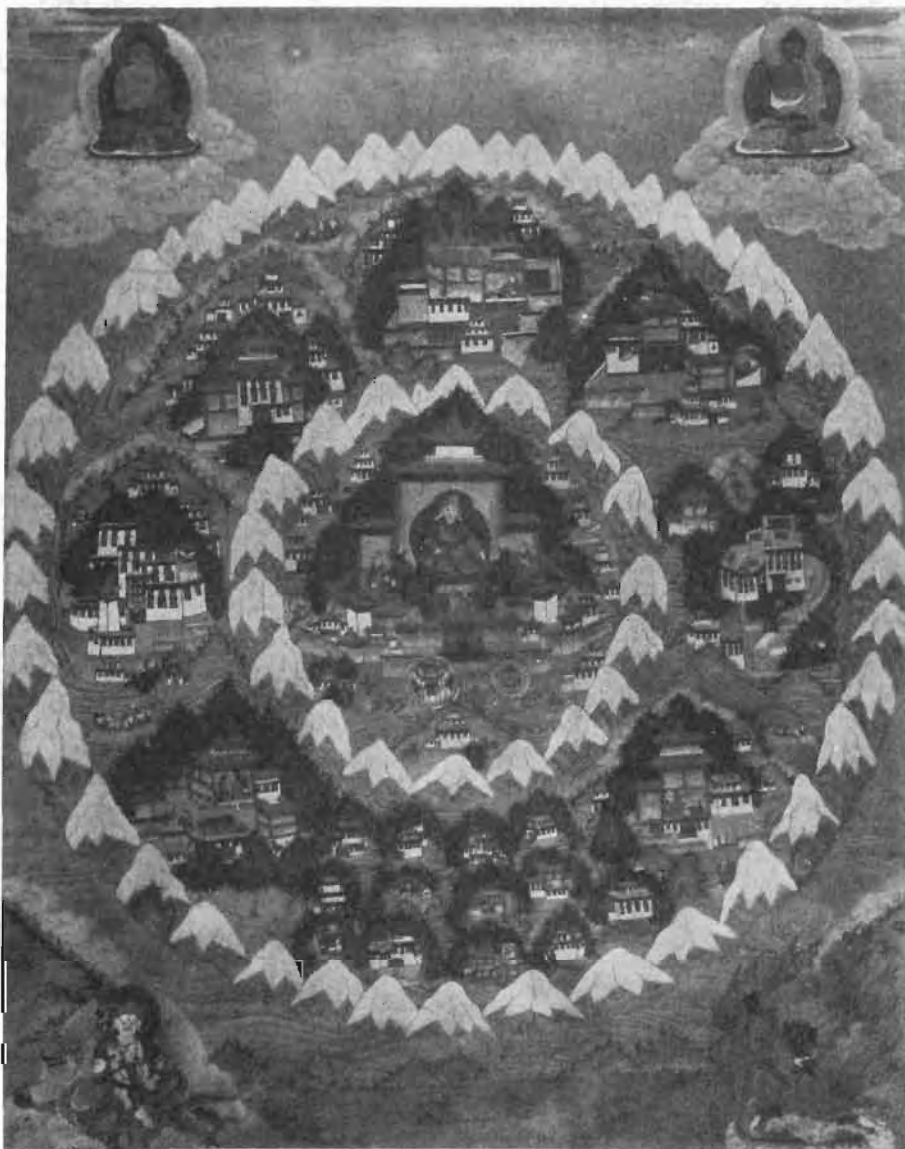
La misión principal de Moisés fue la de crear una fe en una divinidad universal que no debía ser representada en forma humana, animal o astronómica generalmente adoptada para los dioses de piedra de los tiempos anteriores. Esta tendencia a la abstracción, en una época de idolatría, fue para la religión un decisivo paso adelante.

En el curso de la Historia, el concepto mosaico del Dios único fue tomado por otros pueblos y contribuyó, en su conjunto, a los progresos de la civilización. Los Diez Mandamientos representan un código ético sutil para uso de una sociedad civilizada. Tenemos también aquí una contribución de Moisés no sólo en favor de Israel, sino en beneficio de toda la Humanidad. Hemos de añadir que la creencia en la venida de un Mesías forma parte de la fe judaica.

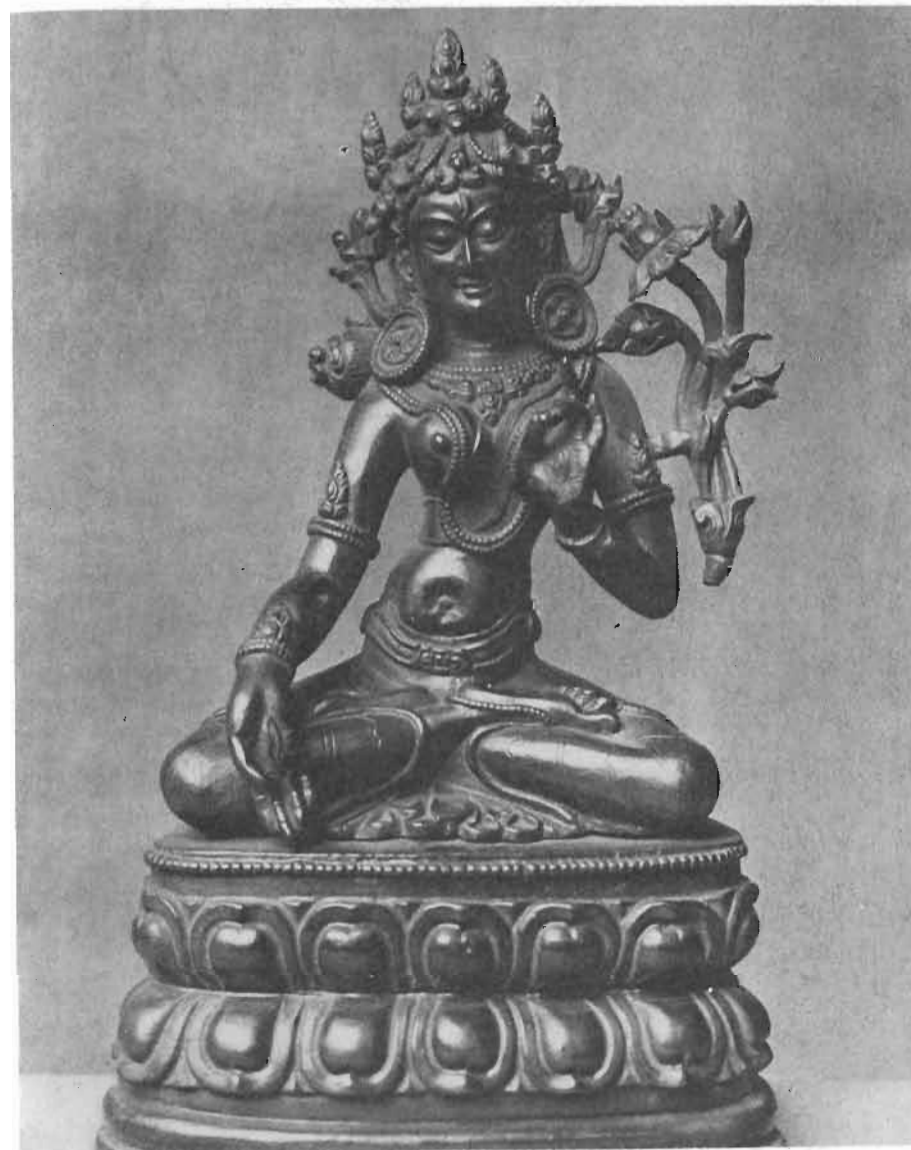
Inicióse la historia del Islam cuando un mercader llamado Mahoma vio aparecer al arcángel Gabriel en una cueva del monte Hira y luego, de nuevo, en una ribera escarpada en la que se hallaba víctima de la desesperación. Este hombre afortunado vivía simplemente, casi de una manera espartana. Dotado de un brillante espíritu concreto, era capaz de meditar sobre las verdades abstractas. Recibió la revelación de que una Voluntad divina impregnaba toda la Creación y que los hombres, en consecuencia, habían de someterse a ella. A semejanza de Moisés, derribó los ídolos y proclamó la existencia de un solo Dios, Alá, cuyo profeta era él. Dio la libertad a sus esclavos, vivió entre los pobres y los desheredados y, mediante su llamamiento a las masas, conquistó y unificó la totalidad de Arabia.



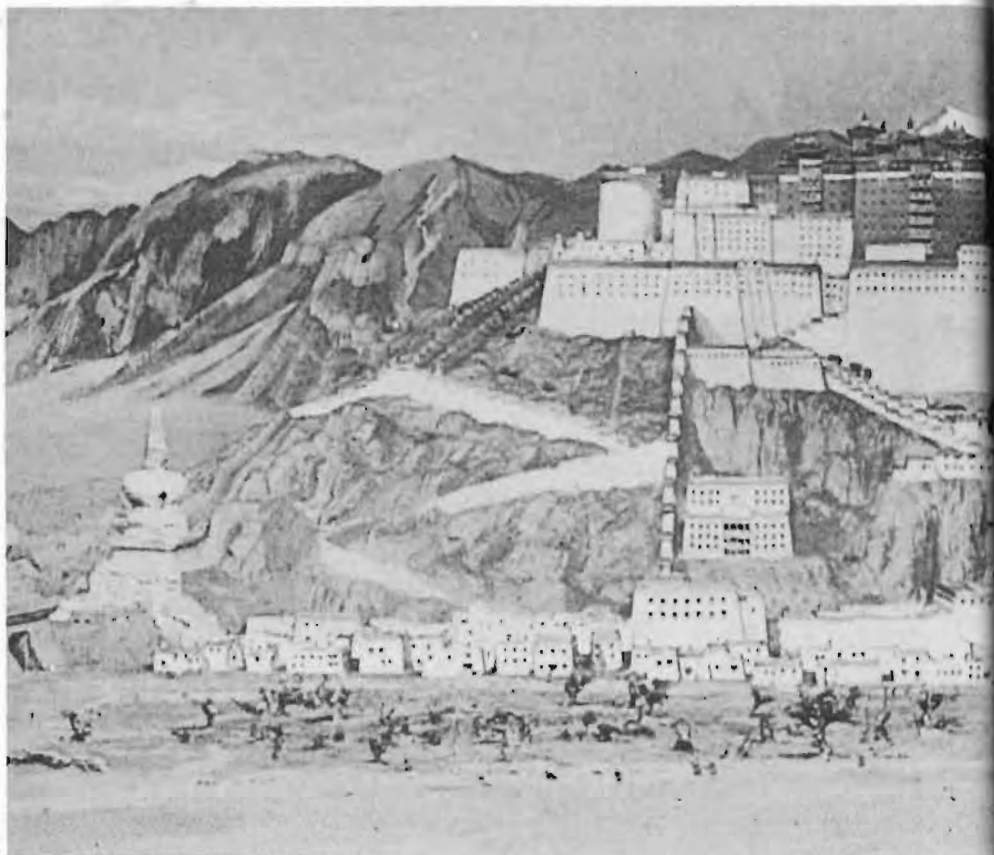
La batalla de Shambhala. Este estandarte (o tanka), desconocido en Occidente, muestra al Maestro de Shambhala en su morada, circuida de montañas nevadas. Una pareja divina lo secunda en su eterna labor de transformar al hombre en un ser cósmico. Aportan numerosos dones a la Humanidad futura. En la parte inferior vemos a las legiones de la Luz atacando a las hordas de las Tinieblas. Esta representación es la versión tibetana del Armagedón bíblico. (Colección del autor.)



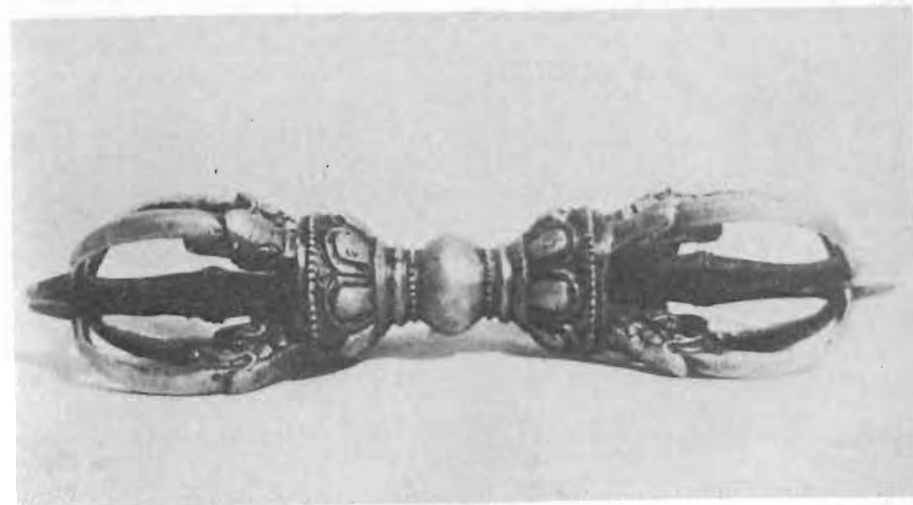
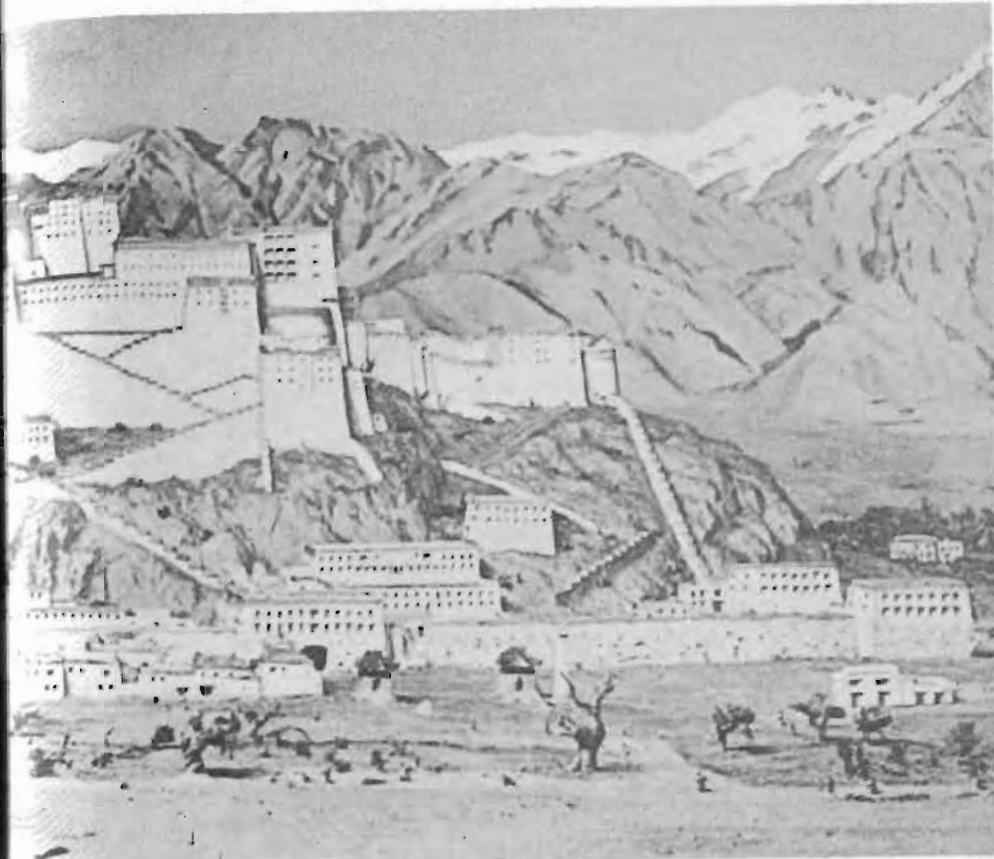
El país de Shambhala. Este estandarte tibetano representa al Maestro de Shambhala en el centro de un oasis formado por dos círculos de montañas nevadas.
(Foto Museo Guimet.)



La blanca Tara o Dolma, diosa de la compasión, «la-que-lo-ve-todo», considerada como la guía que conduce al buscador por el camino de Shambhala.
(Foto Museo Guimet.)



Una maqueta de Potala, antigua residencia del Dalai-lama, que domina la ciudad de Lhasa.



Dorje, el cetro lamaísta que cayó de los cielos en el Tibet. ¿No será un instrumento científico? (Colección del autor.)



Biblioteca tibetana del Dalai-lama en Dharamsala, al oeste del Himalaya, donde el autor obtuvo su documentación. *(Colección del autor.)*



El autor, en la puerta de la biblioteca del Dalai-lama. *(Colección del autor.)*



Interior del monasterio Ghum, con su Buda Maitreya. El muro de la izquierda está ocupado por la biblioteca. *(Foto Das Studio.)*



Kanchenjunga. Vista del monasterio budista de Darjeeling. *(Foto Das Studio.)*

Nicolas Roerich
en el Tibet,
con un cofre que se
supone contiene
un fragmento de una
piedra cósmica
conservada en Shambhala.
(Colección del autor.)



Una barranca del Himalaya. Las entradas de los museos subterráneos son claramente visibles en la parte izquierda de esta pintura tibetana. Morya, un jefe de Shambhala al que está dedicado este libro, se halla representado a caballo.
(Foto Theosophical Publishing House, Adyar, Madrás, India.)

Se daba una elección a los vencidos: el Corán, con su fraternidad, su igualdad y su misericordia, o el sable del Profeta. Así, los musulmanes, «sometidos a la Voluntad Divina», se extendieron desde Arabia hasta España. El legado de las edades clásicas fue salvado en parte por árabes, los cuales tradujeron muchas obras griegas y latinas a su idioma y las transmitieron a la Europa Occidental. Era el tiempo en que el Imperio moro era el único Estado civilizado del mundo, con excelentes Universidades, a las que acudían los estudiantes para cursar Medicina, Astronomía, Matemáticas y otras ciencias. La única luz que brilló en las Edades Oscuras fue la que provenía de las tierras del Islam.

Como el judaísmo, el Islam enseña que Muntazar, o Mahdi, el futuro Mesías, vendrá a abrir la Era de la Divina Justicia. En realidad, la lista de los profetas es muy larga, y deberían citarse los nombres de Zoroastro, Lao Tsé, Confucio, Mahavira, Guru Nanak y otros.

Baste decir que todas las doctrinas basadas en la Fraternidad del Hombre emanan, directa o indirectamente, de la morada de los Grandes Magos.

Es importante notar que, pese a las grandes diferencias que presentan las doctrinas, se adaptan a cierta parte del mundo con un mensaje concebido para una época particular. No tienen valor absoluto, ya que la verdad es relativa. Gran número de guerras y de persecuciones crueles han sido causadas por las instituciones religiosas. Ello no se habría producido si los pueblos hubiesen comprendido que las religiones fueron creadas para el progreso de la Humanidad. Las religiones están hechas para el pueblo, no el pueblo para las religiones. Los sistemas políticos están hechos para la Humanidad, y los seres humanos no deberían ser sacrificados a los mismos.

Cuando le preguntaron a Solón si había dotado a los griegos de las mejores leyes, respondió: «Las mejores que son capaces de recibir.» La Jerarquía de Shambhala aporta a la Humanidad leyes y doctrinas de las que se puede beneficiar el hombre en un momento particular. En los capítulos siguientes pasaremos

revista a las apariciones periódicas de los mensajeros de Shambhala. Examinaremos asimismo los intentos de los Hombres sabios, en el curso de la Historia, para prevenir la violencia y las efusiones de sangre.

8. APOLONIO EN EL TIBET

La Iglesia cristiana usó de todo su poder para hacer pasar a Apolonio de Tiana por un mito o, al menos, por un secuaz del Diablo. Los milagros de Apolonio inquietaron a los primeros Padres de la Iglesia, como podemos ver por el embarazo que muestra Justino *el Mártir*:

¿Cómo explicar que los talismanes de Apolonio tenían el poder de calmar el furor de las olas, la violencia de los vientos y los ataques de las bestias feroces y, mientras que los milagros de Nuestro Señor sólo son conservados por la tradición, los de Apolonio son más numerosos y se manifiestan efectivamente por hechos tan concretos, que arrastran a todos los asistentes?

La Historia atestigua la realidad de Apolonio. La historia romana nos dice que el emperador Caracalla hizo edificar un santuario en su memoria, y que Alejandro Severo expuso una estatua de Apolonio en su templo privado. El Museo Capitolino de Roma posee un busto del mismo.

La emperatriz Julia Domna, segunda esposa de Septimio Severo, sentía un interés tal por la vida de Apolonio de Tiana, que, hacia el 200 de nuestra Era, encargó a Flavio Filostrato

que escribiera una biografía de este filósofo.

Aunque Apolonio de Tiana fuese un contemporáneo de Jesús, la labor de Filostrato fue menos ardua que la de los cuatro evangelistas, ya que la emperatriz pudo poner a su disposición 97 cartas de Apolonio, los Libros de Moerágenes y el Diario de Damis. Por tanto, la documentación de Filostrato fue sólida y concreta, si bien nos describe cosas aparentemente fabulosas.

Apolonio de Tiana nació en Capadocia (actualmente, en la Turquía Central) el año 4 antes de nuestra Era, precisamente el año en que se supone nació Cristo. Era alto, bien parecido y de notable inteligencia. A los catorce años, sus maestros no pudieron seguir instruyéndolo, ya que sabía más que ellos. A los dieciséis años entró en el Templo de Esculapio y emitió los votos pitagóricos. Llevando una vida ascética, no tardó en desarrollarse, en grado sorprendente, sus dones de clarividente y de terapeuta.

Al mismo tiempo, se dedicó vigorosamente a defender las ideas de justicia social, atacando a los que explotaban a los pobres. Filostrato relata un incidente a propósito de una especulación sobre el grano, que llegó a hacerse demasiado caro para los desheredados. Consternado, el joven Apolonio apostrofó así a los comerciantes de trigo: «La Tierra es madre de todos —gritó—, ya que es justa. Pero vosotros sois injustos y pretendéis monopolizar a esta madre en vuestro provecho. Si no os arrepentís, no permitiré que viváis.» Su amenaza causó el efecto deseado y detuvo a los especuladores sin escrúpulos.

Un acontecimiento importante se produjo, en lo tocante a los dioses, en la vida del joven neopitagórico, cuando un sacerdote de Apolo del templo de Dafne le entregó unas placas de metal cubiertas de diagramas. Era el mapa de los viajes de Pitágoras a través de los desiertos, los ríos y las montañas, con representaciones de elefantes y de otros símbolos que indicaban el camino seguido por el filósofo para ir a la India. Apolonio decidió seguir el mismo itinerario y organizó su larga expedición.

Llegado a Babilonia, su comportamiento excéntrico fascinó al rey hasta tal punto, que invitó a Apolonio a prolongar su estancia en el reino. Y en Nínive (Mespila) se encontró con el asirio Damis, que se convertiría en su guía, su compañero leal y su alumno. En amplia medida debemos a Damis el relato de sus peregrinaciones a la India y al Tíbet.

Tras un largo y difícil recorrido, Apolonio y Damis atravesaron el Indo y siguieron el curso del Ganges. En un punto del valle del Ganges se desviaron hacia el Norte, en el Himalaya, y escalaron la cadena montañosa, a pie, durante dieciocho días. El camino los llevaría al Nepal del Norte o al Tíbet. Pero Apolonio tenía un mapa y sabía exactamente dónde encontrar la Morada de los Sabios.

A despecho de su confianza, se empezaron a producir hechos inquietantes cuando Apolonio y su guía se acercaron a su destino. Tuvieron la extraña sensación de que el camino por el que marchaban desaparecía de pronto tras ellos. Se hallaban como en un lugar encantado, donde hasta el paisaje era móvil y se transformaba, a fin de que no pudieran establecer un punto de referencia fijo. Siglos más tarde se refirieron a fenómenos idénticos algunos exploradores, cuyos guías se negaban a pasar «la frontera prohibida de los dioses».

Ello confirma los peregrinos incidentes mencionados por Filostrato.

Un joven de piel negruzca apareció de pronto ante Apolonio y Damis y se dirigió en griego al filósofo, como si su llegada fuese esperada: «Su camino debe detenerse aquí —dijo—, pero han de seguirme, ya que los Dueños me han dado la orden en tal sentido.» La palabra «Dueños» sonó agradablemente a los oídos pitagóricos de Apolonio de Tiana, por lo cual abandonó alegremente a portadores y equipajes, para llevarse consigo sólo al fiel Damis.

Cuando Apolonio de Tiana fue presentado al rey de los Sabios, cuyo nombre era Iarchas o Hiarchas (el Santo Maestro), quedó sorprendido al descubrir que el contenido de la carta que se disponía a entregarle era ya conocido por él. Asimismo,

conocía su entorno familiar y todos los incidentes de su largo viaje desde Capadocia.

Apolonio permaneció varios meses en la región transhimáláica. Durante su estancia, el filósofo y Damis pudieron admirar cosas increíbles, tales como pozos que proyectaban los rayos de una brillante luz azulada. *Pantarbes*, o piedras fosforescentes, irradiaban una tal claridad, que la noche se trocaba en día. Lámparas similares, consideradas como milagrosas, fueron vistas en el Tibet, por el padre Huc, en el siglo XIX.

Según Damis, los habitantes de la ciudad sabían utilizar la luz solar. Los Hombres Sabios podían usar la gravitación para elevarse en el aire, hasta una altura de tres pies, y podían incluso planear. Apolonio observó una ceremonia en el curso de la cual los Sabios golpearon el suelo con sus bastones y fueron aerotransportados. Fenómenos paralelos fueron verificados en el Tibet por la sabia exploradora Madame David-Neel en el siglo XX, lo cual da validez al relato de Filostrato.

Las realizaciones científicas e intelectuales de los habitantes de esta ciudad perdida impresionaron tan fuertemente a Apolonio, que se limitó a asentir con la cabeza cuando el rey Hiarchas le dijo: «Has venido a casa de los hombres que saben todas las cosas.»

Damis observa que sus anfitriones «vivían a la vez en la Tierra y fuera de ella». Esta enigmática observación, ¿significa que los Sabios eran capaces de vivir en dos mundos, el físico y el espiritual, o que poseían los medios de comunicarse con planetas distantes? En lo referente a su sistema social, parece ser que era comunitario, ya que, según palabras de Apolonio, «no poseían nada y, sin embargo, tenían toda la riqueza del mundo». En cuanto a su ideología, el rey Hiarchas profesaba una filosofía cósmica según la cual «el Universo es una cosa viva».

Cuando llegó el tiempo de la separación, Apolonio dijo a los Sabios de las montañas: «Vine a vosotros por caminos de tierra y me habéis abierto no sólo el camino del mar, sino también, por vuestra sabiduría, el de los cielos. Todo lo que me

habéis enseñado lo llevaré a los griegos, y, si no he bebido en vano la Copa de Tántalo, permaneceré unido a vosotros como si estuvierais presentes.» ¿No hay aquí una referencia bastante clara a un método de comunicación telepática?

Los Maestros Espirituales del mundo encargaron a Apolonio de una misión. Ante todo, debía esconder ciertos talismanes o imanes en lugares que, en una época futura, adquirirían un significado histórico. ¿Se trataba de fragmentos de la milagrosa Chintamani de la Torre de Shambhala? Seguidamente, el filósofo debía arremeter contra la tiranía de Roma y humanizar un régimen fundado en la esclavitud.

Lentamente, los dos hombres descendieron a las llanuras de la India y reanudaron su largo camino hacia Occidente. Por fin llegaron a Esmirna, donde, según el rey Hiarchas, Apolonio debía encontrar una estatua de su última encarnación bajo los rasgos de Palamedes. Según Damis, a Apolonio no le costó trabajo alguno descubrir el emplazamiento exacto indicado por el rey.

Por supuesto que las autoridades romanas no dejaron de preguntar al viajero a su regreso a Italia. En respuesta a la pregunta: «¿Qué piensa usted de Nerón, Apolonio?», el filósofo griego respondió: «Tal vez crea usted que es conveniente para él cantar, pero yo creo que sería conveniente para él callarse.» Emitir una opinión tal en un tiempo en que el Gobierno imperial procedía a una purga entre los filósofos, era una peligrosa provocación. Apolonio de Tiana no tardó en ser llevado ante el Tribunal romano, donde se produjo un extraordinario incidente. A medida que el procurador desenrollaba el documento que contenía los cargos hechos contra Apolonio, las letras y las palabras empezaron a borrarse, y luego desaparecieron ante los ojos del estupefacto juez. En lugar del texto acusador, el Tribunal se encontraba frente a un manuscrito virgen, por lo cual se vio obligado a dejar en libertad al filósofo.

Sin embargo, durante el reinado de Vespasiano, la sabiduría de Apolonio fue tan apreciada, que llegó a ser nombrado

consejero del emperador. Cuando Tito, hijo de Vespasiano, accedió al trono, el filósofo le aconsejó gobernar con moderación. El nuevo emperador le respondió: «En mi nombre y en el de mi país, te doy las gracias y guardaré tus consejos en mi memoria.»

Respondiendo a una invitación de los organizadores de los Juegos Olímpicos, quienes le rogaron que fuese su huésped de honor, Apolonio de Tiana expuso la finalidad de la misión que se había asignado:

Me invitáis a los Juegos Olímpicos —escribió— y me habéis dirigido mensajeros en tal sentido. Iría gustosamente como espectador de vuestras rivalidades deportivas si ello no me forzara a abandonar la arena más vasta de la lucha moral (38).

El emperador Tito reinó sólo dos años. Le sucedió su hermano Domiciano, demasiado cruel y demasiado orgulloso para escuchar al profeta. El aspecto oriental que había adoptado —barba y cabellos largos— exasperaba a Domiciano, y el viejo Apolonio, de ochenta y cinco años de edad, fue acusado de sacrilegio y de conspiración, es decir, de actividades antirromanas.

Ante el Tribunal, el grande y majestuoso filósofo consideró a Domiciano —al que había conocido de niño— con soberano desprecio. Los patricios, ansiosos, recordaban los hechos extraños ocurridos ante el Tribunal de Nerón. Para evitar un contratiempo público, Domiciano y los jueces pretendieron tratar con indulgencia al Sabio retirando algunas de las acusaciones formuladas contra él, a condición de que se reconociese culpable.

Enfrentándose con el emperador, Apolonio, envuelto noblemente en su manto, lo interpeló: «Puedes detener mi cuerpo, pero no mi alma —dijo—; y añadido que ni siquiera mi cuerpo puedes tener.» Y, al decir estas palabras, desapareció del pretorio en medio de un cegador resplandor, en presencia de miles de ciudadanos romanos, que llenaban las galerías públicas.

Después de esta extraordinaria demostración, el Gobierno imperial decidió prudentemente ignorar al filósofo, a fin de no provocar alborotos entre sus numerosos simpatizantes.

Mientras pronunciaba un discurso en Éfeso, en el 96, Apolonio de Tiana, a la sazón centenario, se detuvo bruscamente, arrojó una terrible mirada hacia el suelo, avanzó tres pasos y gritó: «¡Castigad al tirano, castigad al tirano!» Toda la ciudad quedó sorprendida y trastornada, ya que la mayoría asistía a aquella reunión al aire libre. Entonces, el filósofo exclamó: «¡Por Atenea, es justo que el tirano sea hoy castigado!»

Por aquel tiempo, las noticias de Roma tardaban varios días en llegar a Éfeso. Cuando llegó el mensajero postal, traía un comunicado en el que se relataba el asesinato de Domiciano en Roma. Hecho notable: el acontecimiento se había producido en el momento preciso en que Apolonio pronunciaba su histórico discurso.

La Historia no menciona la muerte del filósofo ni el lugar en que fue inhumado. Apolonio, ¿fue capaz de prolongar su vida más allá de los cien años que se reconoce alcanzó? ¿Volvió a la mansión transhimaláica de los Dueños?

En todo caso, la misión de Apolonio puede considerarse como felizmente cumplida, ya que abrió la Era de los Cinco Buenos Emperadores: Nerva, Trajano, Adriano, Antonio Pío y Marco Aurelio. Sobre todo los dos últimos fueron grandes idealistas y pensadores. En efecto, Marco Aurelio fue un gran filósofo y constituyó una respuesta a la afirmación de Platón, según la cual mientras los reyes no se convirtieran en filósofos, la Humanidad no viviría su Edad de Oro.

Si la sabia influencia de Apolonio de Tiana abrió el camino a los Cinco Buenos Emperadores de Roma, sería totalmente falso pretender que los Magos no ejercen ninguna acción benéfica sobre la Humanidad. Si tal acción no es tan determinante como pudiera serlo, tal vez sea culpa de la propia Humanidad, que siempre ha resistido los intentos de sus guardianes cuando quieren introducir en las relaciones humanas la Doctrina del Corazón.

9. EL REINO DEL PRESTE JUAN

Los mapas medievales indican, en Asia, un misterioso país llamado el «Reino del Preste Juan». Sé extiende, geográficamente, desde el Turquestán hasta el Tibet, y desde el Himalaya hasta el desierto de Gobi. El emplazamiento del lugar presenta curiosas analogías con el señorío de Hiarchas (el Santo Maestro), descrito por Filostrato en su biografía de Apolonio de Tiana.

En 1145, el historiador Otto de Freising oyó hablar del Preste Juan, un rey-sacerdote que «vivía más allá de Armenia y de Persia, en Extremo Oriente». Se supone que pertenecía a la antigua descendencia de los reyes Magos citados en el Evangelio. La crónica de Alberico de las Tres Fuentes menciona que, en 1165, una carta de este potentado asiático le llegó a Manuel I Comneno, basileo de Bizancio. Federico I Barbarroja, emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico y otros tres reyes recibieron mensajes semejantes del Preste Juan. Numerosos documentos pertenecientes a esta correspondencia diplomática del Preste Juan se conservan en los archivos del Vaticano, y la mayor parte no se han publicado jamás.

El 27 de setiembre de 1177, el Papa Alejandro VIII dirigió desde Venecia una carta «al ilustre y magnífico rey de la India». Como observa justamente la *Enciclopedia Católica*, «a

juzgar por los detalles de la carta, es cierto que el destinatario no era un personaje mítico». Al enviar al «famoso y gran rey de la India» su bendición apostólica, el Papa decía «que había oído hablar de él a numerosas personas y, muy especialmente, al Maestro Filippo, nuestro amigo y médico, el cual habló con grandes y honorables hombres de vuestro reino».

El doctor Filippo tomó la carta y partió para Asia. Por desgracia, jamás se ha revelado el resultado de su misión. El legado pontificio, ¿murió en el curso de su viaje, o permaneció en el reino del Preste Juan?

Este lejano país estaba lleno de maravillas. El misterioso emperador lo regía con un cetro de esmeralda pura. Ante su palacio había un espejo mágico en el que el soberano podía ver todos los acontecimientos que ocurrían y no sólo en las provincias de su reino, sino también en los países vecinos.

Dragones volantes transportaban rápidamente a los hombres por los aires a grandes distancias. Un «elixir de verdad» purificaba a todos los que lo absorbían, obligándolos a revelar su verdadera identidad. Ésta era la razón por la cual los «espíritus impuros» no se atrevían, en el reino, a apropiarse del bien ajeno. Gracias a este procedimiento no era necesaria ninguna otra psicoterapia.

La mayor atracción del país la constituía, probablemente, la Fuente de la Eterna Juventud. Cuando los hombres y las mujeres de bien deseaban ser rejuvenecidos, les bastaba observar un tiempo de ayuno y luego beberse tres sorbos de agua de la fuente. Desaparecían la enfermedad y la vejez y retornaban a los treinta años. Se dice que el propio Preste Juan prolongó su vida hasta la edad patriarcal de los quinientos sesenta y dos años.

Las «piedras del águila» eran no sólo capaces de reforzar la agudeza visual, sino que podían asimismo hacer invisible a todo el que las llevara como anillo. Otras piedras mágicas podían calentar o enfriar toda sustancia, iluminar el paisaje hasta una distancia de 8 kilómetros, o bien sumir los alrededores en una oscuridad total. La entrada del santuario era guardada por

dos ancianos, que sólo dejaban entrar a los visitantes virtuosos. Una enorme torre de trece pisos se elevaba en la ciudad del Preste Juan. En el reino no había pobres, prevalecía en él la justicia y se desconocían el crimen y el vicio.

Los informes que circulaban acerca del poderoso monarca asiático —sin duda cristiano— causaron sensación en Europa. Era el tiempo difícil de las Cruzadas, en que era bien venido un aliado en Oriente, lo cual explica el interés de los Estados de la Iglesia respecto al rey-sacerdote de la India.

Aunque la historia del Preste Juan comporta muchos elementos de ficción, no puede discutirse la realidad de los reyes y los Papas que sostuvieron correspondencia con el personaje.

Sorprende comprobar que el reino del Preste Juan tiene numerosos puntos comunes con el de los Hiarchas descrito por Filostrato miles de años antes. Las características geográficas de los dos países recuerdan el Tibet. Los Sabios de los dos reinos tenían el poder de controlar la visibilidad, producir una luz artificial y volar por los aires.

Un párrafo de la carta más conocida del Preste Juan señala, en su reino, la existencia de un mar de arena, que podría muy bien ser el desierto de Gobi. Si fuese así, yo adoptaría enteramente las conclusiones del sabio norteamericano Manly Hall:

La posición primitivamente atribuida al imperio del Preste Juan era el emplazamiento del desierto de Gobi, donde vivía, rodeado de montañas, en un palacio encantado. Si se pregunta a los iniciados que describan este paraíso del Norte llamado Dejung o Shambhala, la misteriosa ciudad de los Adeptos, contestarán que se halla en el corazón del desierto de Gobi. En la vieja arena de Chamo, el Antiguo Mar, está situado el Templo del Gobierno Invisible del Mundo (22, vol. I).

Pueden establecerse interesantes coincidencias mediante el estudio de la historia del siglo XII, época en que se extendió la

fama del Preste Juan. La Orden del Temple fue fundada en 1118. En 1184, el trovador y caballero del Temple Wolfram von Eschenbach escribió su *Titurel*, en el cual condensó todas las leyendas del Grial. Sobrentendía que existía una relación entre el Grial y Asia, y lo describía como una piedra (*und dieser Stein ist Gral gennant*) ¹. ¿Hablaba de Shambhala y de la piedra Chintamani? El trovador medieval aseguraba que Titurel había vivido quinientos años. Extraño paralelismo con la existencia del Preste Juan, que duró quinientos sesenta y dos años.

En efecto, Eschenbach enlaza la leyenda del Santo Grial con la del Preste Juan. Su Parsifal llevaría a Asia la copa sagrada (o la piedra). «Así, vemos que las Sociedades Secretas desempeñaban un papel en la perpetuación de la curiosa fábula del Maestro de los Maestros asiáticos», escribe Manly Hall (22, vol. I).

Es altamente significativo que Wolfram von Eschenbach fuese caballero de la Orden del Temple. Gracias a ello, había recibido las enseñanzas secretas de los Templarios, que estudiaremos en el capítulo siguiente.

¹ Y esta piedra se llama Grial

10. LAS HERMANDADES REFORMADORAS DEL MUNDO

En su obra erudita sobre el *Yoga tibetano*, el doctor W. Y. Evans-Wentz define así los métodos de transmisión de las antiguas doctrinas secretas: «Son ya enteramente telepáticas, ya completamente simbólicas y, a menudo, puramente orales, aunque jamás emplean sólo documentos escritos (61).» La escuela tibetana de Milarepa emplea una «transmisión cuchicheada» para difundir sus métodos yoguistas de entrenamiento del espíritu que tienden a alcanzar la liberación del alma (10).

En el siglo III antes de nuestra Era, el emperador indio Asoka fundó una de las sociedades más secretas del mundo para conservar y desarrollar la ciencia de los antiguos. Llevaba el nombre de *Hermandad de los Nueve*, y se cree que este grupo se halla aún activo en la India. En el siglo XIX, Louis Jacolliot, novelista que vivió largos años en Calcuta, enteróse, por boca de un pundit, de que los iniciados hindúes estudian las fuerzas mentales y psíquicas desde hace 20.000 años. Por tanto, no es sorprendente —concluía el hindú— que sus proezas en este terreno parezcan milagrosas a los europeos. Hagamos constar, incidentalmente, que el recuerdo de Asoka es perpetuado por el «Premio Kalinga», que otorga anualmente la UNESCO para recompensar la divulgación científica. Kalinga era un reino anexionado por el emperador Asoka al término de una terrible

guerra, y el monarca juró entonces no tomar jamás las armas y dedicar todo su poder al desarrollo cultural y espiritual de la Humanidad.

¿Quiénes son los Adeptos? A. P. Sinnett, periodista inglés en la India, tuvo el privilegio de ser admitido en la Hermandad himaláica de los Grandes Yoguis, que definió como una hermandad cuyo Cuartel General se halla en el Tibet. El libro sánscrito *Vedanta-Sara* resume los objetivos de este cuerpo de élite diciendo que se propone «disipar la densa oscuridad de la ignorancia en que se ha sumergido el resto de la Humanidad» (53). Los Grandes Sabios de Asia son no sólo sabios, sino muy poderosos, ya que «el poder pertenece al que sabe», dice el *Agruchada Parikchai*.

En los tiempos antiguos, los hombres de ciencia trabajaban en secreto, transmitiendo sus conocimientos, de generación en generación, mediante iniciación, a los alumnos más dignos. Así se conservó y desarrolló la sabiduría, en lugar de ser destruida o alterada por la ignorancia.

«¿Por qué los Adeptos, si son sabios, no han dejado huella alguna en la Historia?», le preguntaron cierto día a un Mahatma himalayo. «¿Cómo sabe usted que no han dejado huella alguna? —replicó este último—. ¿Cómo podría el mundo de ustedes reunir las pruebas de la acción de hombres que han mantenido rigurosamente cerrada toda vía de acceso por la cual pudiera espiarlos un curioso?» (53).

No resulta difícil demostrar que, desde los primeros tiempos de su instauración, la fundación ha mantenido secretamente su autoridad y actuado de forma que las masas reverenciaran sólo a los ídolos de su época, ya fuesen de piedra, de oro, de papel o aéreos.

La comunidad reunida por Pitágoras en Crotona estudiaba Astronomía, Matemáticas y Filosofía. También a Pitágoras le debemos las siete notas de la escala musical. Sin embargo, este seminario de sabios vegetarianos inofensivos fue brutalmente dispersado, y muchos pitagóricos fueron muertos a causa de su tipo de vida y sus ideas no convencionales.

El monasterio esenio de Qumran, donde fue escrita la *Batalla de los hijos de la luz contra los hijos de las tinieblas* y copiados los escritos conocidos actualmente como los *Manuscritos del mar Muerto*, fue perseguido por los invasores romanos de Israel. Como demuestran estos dos ejemplos, las razones del secreto de las Escuelas del Misterio son demasiado evidentes. Estos filántropos idealistas fueron acusados de conspiración porque todo lo que no puede comprender la mayoría levanta habitualmente la sospecha y la hostilidad, que conducen a la persecución.

En el curso de la Historia han aparecido muchas organizaciones e individuos aislados que han aportado una contribución particular a la Jerarquía de la Luz, en provecho de la Humanidad. Sería imposible presentar una lista completa de las mismas. Un pequeño número de estas sociedades ha sido seleccionado para este estudio, a fin de dar una idea general del círculo exterior de la Hermandad Blanca.

La Historia demuestra que estas agencias aparecen inopinadamente y desaparecen de la misma forma una vez cumplida su misión. Ello es tan cierto para las Órdenes Iniciáticas orientales como para las Hermandades Occidentales. Los más sabios lamas del Tibet y los rajás yoguis de la India han sido siempre devotos servidores de los Maestros Celestes.

Las hermandades orientales de los sufis, de los drusos y de los derviches fueron fundadas por Adeptos. Los jefes de sus grupos internos son aún capaces de comunicarse con los Grandes Magos.

La Orden del Temple fue fundada en Palestina, en 1118, por los caballeros franceses Hugues de Payns, Godefroy de Saint-Omer y otros. San Bernardo de Claraval estableció sus leyes y reglamentos. Su tío, André de Montbard, convirtióse más tarde en el Gran Maestro. Con su blanco manto, cruzado por una cruz roja, los templarios llevaban una vida austera. Entregaban sus bienes a la Orden, la cual se convirtió así en poderosamente rica, aunque sus miembros fuesen pobres de por sí. La Orden empleaba a miles de servidores, de extracción plebeya. Sus je-

rarquías se componían de caballeros, sargentos, capellanes y servidores. Los caballeros —una minoría— debían pertenecer a la nobleza.

Hay buenas razones para creer que entre los caballeros del Temple muchos aprendieron el árabe durante su larga estancia en el Oriente Medio, donde pudieron adoptar ciertas prácticas orientales y haber sido incluso iniciados en las enseñanzas secretas de los agnósticos.

En el curso de sus doscientos años de existencia, la Orden del Temple se convirtió en la mayor organización bancaria del mundo. Desde cualquier ciudad importante de Europa, los peregrinos que iban a Tierra Santa podían fácilmente, y con toda seguridad, girar fondos a Jerusalén por medio de los templarios. La mayoría de los caballeros y de sus servidores llevaban una vida que estaba lejos de ser ejemplar, si bien hay numerosas pruebas de que los jefes de la Orden fueron buenos y sabios y poseían una parte de las ciencias secretas del Oriente.

Desde el punto de vista de los Administradores de la Civilización, era eminentemente deseable una fusión de las culturas europea y árabe, ya que los occidentales carecían, por la época, del saber científico de los Antiguos, que los árabes habían absorbido. Europa se benefició inmensamente de este influjo. La introducción de la numeración árabe permitió el empleo de las Matemáticas, que era imposible con las cifras romanas. La importación de la Medicina árabe, de la Química y de la tecnología permitió el florecimiento del progreso occidental.

Una teoría supone que los templarios recibieron su doctrina de los cristianos juanistas, los cuales enseñaban que Egipto había sido la fuente de la sabiduría de Jesús. Eran considerados como los guardianes de algunos de los más antiguos documentos, y su finalidad principal era la de reunir a toda la Humanidad en una religión universal de Paz.

Desde sus inicios, la Orden del Temple tuvo dos doctrinas: una, para el restringido círculo de sus nobles jefes, sobre la cual se carece de noticias, y la otra, católica romana, para el círculo exterior.

En una acción política, que tendía esencialmente a confiscar las riquezas del Temple y a la destrucción de su poder, el rey de Francia Felipe *el Hermoso* y el Papa Clemente V ordenaron conjuntamente, el 13 de octubre de 1307, la detención de todos los templarios. El Gran Maestre de la Orden y los caballeros, hombres eminentes, fueron acusados de las más inverosímiles perversiones, como canibalismo e idolatría. En Francia, miles de ellos fueron torturados y asesinados. En España, Portugal e Inglaterra, la liquidación de la Orden se hizo, no obstante, sin exceso de crueldad.

Tras cinco años y medio de cárcel y de horribles torturas, el Gran Maestre de la Orden del Temple, Jacques de Molay, fue quemado vivo, el 18 de marzo de 1314, en la Île de la Cité, en París, cerca del Pont-Neuf: Sus últimas palabras fueron conservadas en las crónicas del tiempo:

Francia se acordará de nuestros últimos momentos. Morimos inocentes. El decreto que nos condena es un decreto injusto, pero en los cielos hay un augusto tribunal al que el débil no hace apelación en vano. Emplazo al Pontífice Romano ante este tribunal en un plazo de cuarenta días. ¡Oh, Felipe, mi rey, te perdono en vano, ya que tu vida está condenada ante el tribunal de Dios! ¡Te espero en el plazo de un año!

El Papa Clemente V murió de un mal desconocido treinta y un días más tarde. Felipe *el Hermoso*, antes de finales de 1314, perdía la vida en medio de intolerables sufrimientos. La mayoría de los perseguidores de la Orden murieron prematuramente y de manera violenta.

Es interesante citar la opinión de la *Enciclopedia Británica* acerca de los Caballeros del Temple: «Es un hecho que la mayoría de los historiadores juzgan a los templarios inocentes de los cargos formulados contra ellos.»

Los Jefes de la Orden, ¿poseían realmente una ciencia secreta? En Francia se han llevado a cabo profundas investigaciones

para demostrar la presencia de un simbolismo extraño, del que se encontrarían ejemplos en las iglesias y en las catedrales edificadas por la Orden del Temple.

Mi investigación personal y mi descubrimiento de una relación entre los templarios y las cartas del tarot, que contienen predicciones únicas para numerosos siglos, confirman la hipótesis de que el círculo interno de la Orden poseía una doctrina esotérica¹.

Se ha de tener en cuenta un hecho: uno de los fundadores de la Orden, san Bernardo de Claraval, estuvo íntimamente relacionado con san Malaquías de Armagh, al que debemos las famosas profecías sobre los Papas y en las cuales se precisan, sin error hasta ahora, la personalidad de cada uno de los Pontífices que se sucederían a través de los siglos. El don de la profecía es, sin duda, la manifestación de una ciencia secreta o de un arte que sólo poseen los hombres más inspirados. ¿Cómo la Orden, establecida por gigantes espirituales tales como san Bernardo, pudo ser acusada de vicios y crímenes doscientos años después de su fundación? Me adhiero totalmente a la opinión de Manly Hall, según la cual, «la Orden del Temple surgió de las Escuelas Secretas y que fue la fuente directa de las Hermandades esotéricas que nacieron tras ella» (22, vol. I).

Trescientos años después de la liquidación de la Orden del Temple apareció en Europa otra Hermandad, que lanzó un llamamiento en pro de la Reforma del Mundo. He aquí cómo el abate Montfaucon de Villars definía sus enseñanzas: «Consideran que los antiguos filósofos de Egipto, caldeos, Magos persas o gimnosofistas de la India no enseñaron nada más que lo enseñado por ellos.»

No es mi propósito ofrecer una historia completa de esta Hermandad —los Rosa-Cruz—, sino el de subrayar únicamente sus elevadas finalidades y los lazos que la unían a la Jerarquía de los Mahatmas.

¹ A TOMAS, *La barrière du Temps*, París, 1969, La barrera del tiempo. Publicado por «Plaza & Janés» en esta misma colección.

En 1614 aparecieron en Alemania las publicaciones originales rosacruceanas *Reforma Universal* y *Manifiesto y Confesión de la Hermandad de los Rosa-Cruz*. La *Confesión* iba dirigida a los «eruditos de Europa», y constituía la primera declaración de este tipo que no emanaba de un rey ni de la Iglesia, sino de un conclave de hombres desconocidos. Los autores de los manifiestos decían claramente que tenían que ocultar su identidad a causa de la oposición de las autoridades.

Un examen de la *Confesión de los Rosa-Cruz* revela su espíritu revolucionario. En una época feudal, los rosacruceanos proponían su doctrina tanto «al príncipe como al campesino». En el capítulo V declaraban que «reformularán a los Gobiernos de Europa» y que «la regla de la falsa teología será subvertida». En lo que concierne a sus objetivos filosóficos, prometían que «las contradicciones de la ciencia y de la teología serán reconciliadas», y que las «puertas de la sabiduría quedarán abiertas al mundo».

Es muy significativo que desde la publicación de los manifiestos rosacruceanos de 1614 la ciencia haya progresado de una manera gigantesca, para llegar a este punto culminante que es la actual Era del Espacio. La misma comprobación puede hacerse en lo tocante al llamamiento a la Democracia lanzado por los rosacruceanos y que trataba en pie de igualdad tanto al príncipe como al campesino e insistía en la necesidad de la educación y de la cultura, ya que sólo el hombre educado se libera de la ignorancia y de la superstición.

Desde su fundación, la Hermandad adoptó un carácter internacionalista y no limitó sus actividades a Alemania. Cierta mañana de 1622 apareció un pasquín en París, que sorprendió a la vez al hombre de la calle, al sacerdote y al aristócrata, quienes pudieron leer estas líneas: «Nosotros, delegados por nuestro Colegio, el Principal y los Hermanos de los Rosacruceanos, establecemos nuestra morada visible e invisible en esta ciudad por la gracia del Muy Alto, hacia el cual se vuelven los corazones de los Justos. Enseñamos sin libros y sin escritos, hablamos el lenguaje de los países en los que estamos, para arran-

car a los hombres como nosotros del error mortal.»

Los historiadores no llegan a descubrir una sociedad rosacruciana verdaderamente organizada en el curso del siglo XVII, época en la que aparecieron los primeros manifiestos. La razón es bien simple: los propios Adeptos reclutaban secretamente a los candidatos para su asociación. De esta forma, era imposible entrar en la hermandad sin haber sido previamente invitado a ello. Es de presumir que la mitad de los sabios europeos recibió efectivamente tales invitaciones, pero que no revelaron jamás su afiliación. Si esta conclusión es errónea, ¿cómo explicar que la ciencia experimentara un desarrollo tan espectacular a partir de la publicación de los manifiestos, a comienzos del siglo XVII?

Si el programa de la Reforma Universal fue un éxito, sus fuentes permanecieron inexplicadas. En realidad, los Adeptos de los Rosa-Cruz lo sabían de antemano. «No seremos reconocidos como los responsables de este cambio», habían escrito en la *Confesión*.

La Reforma Universal fue organizada por los Maestros del Este. Las relaciones de la Orden de los Rosa-Cruz con Asia aparecieron en un libelo en latín publicado en 1618 por Henricus Neuhausius, cuatro años después de los manifiestos rosacrucianos y en el que el autor dice formalmente que, tras haber cumplido su misión, los Adeptos partieron para la India (19).

En 1775, un texto redactado por un miembro de la logia rusa del rito de san Martín, llamado Simson, afirmaba que «la verdadera masonería debería llegar a Rusia a través del Tibet». Se trata de una declaración sorprendente, ya que al hombre del siglo XVIII se le mostraba el Tibet tan lejano como la Luna en nuestros días. Pero este documento sugiere una conexión entre las logias europeas y la fortaleza tibetana de los Sabios.

En 1710, Sigmund Richter (*Sincerus Renatus*) publicó las reglas de la Hermandad bajo el título de *La perfecta y verdadera preparación de la Piedra filosofal por la Hermandad de los Rosa-Cruz de Oro*. Entre los reglamentos figuraba el juramento de no revelar los misterios. El rosacruciano confirmado recibía

una porción de la *Piedra filosofal* suficiente para asegurarse juventud y larga vida durante sesenta años después de su admisión. Superado este estadio, el Hermano era rejuvenecido, pero debía cambiar de nombre y de residencia para no llamar la atención. Ningún miembro estaba autorizado a fabricar, mediante procedimientos alquímicos, perlas o piedras preciosas de un grosor anormal, a fin de evitar la notoriedad.

El rosacruciano prometía no tomar esposa sin dispensa especial. Debía obedecer en todo tiempo al Emperador de la Orden, y las iniciaciones habían de tener lugar sólo en las Casas de los Rosa-Cruz.

Estas reglas indican claramente medios desconocidos de rejuvenecimiento y producción artificial de gemas. La Piedra filosofal rosacruciana parecía una réplica de la *Piedra Chintamani*, y los métodos de rejuvenecimiento recuerdan técnicas similares empleadas en el Reino del Preste Juan, descritas en el capítulo anterior.

Aunque no perseguía finalidades tan esotéricas como la Orden de los Rosa-Cruz, la francmasonería estuvo ligada a la Hermandad rosacruciana durante largo tiempo antes de la fundación de la Gran Logia de Inglaterra, en 1717, como lo demuestran dos versos tomados de la *Muses Threnodie*, de Henry Adamson, publicada en Perth (Escocia), en 1638:

Porque somos los Hermanos de la Rosa-Cruz.

Poseemos la palabra masón y la segunda vista (19).

Revelan asimismo que los rosacrucianos se mostraban ya activos en Escocia veinticuatro años después de la publicación en Alemania de la *Fama Fraternalia*.

El nexa entre la francmasonería y los templarios fue sospechado por los historiadores masónicos. El eminente Albert Pike, que fue una autoridad en el estudio de los Altos Grados de la Masonería, cree que las iniciales del último Gran Maestro de la Orden del Temple están contenidas en el santo y seña de los tres principales grados.

La campaña mundial rosacruziana y masónica para la democracia y el internacionalismo fue magníficamente expuesta por un escocés, Andrew Michael, caballero Ramsay, ante la Gran Logia de Francia, en 1737. Ramsay dijo especialmente que «el mundo es sólo una vasta república, en la que cada nación es una familia y cada individuo un hijo».

Para concluir, proponía que el único objetivo de la Orden fuese «el formar, en el curso de las edades, un imperio espiritual en el que, sin olvidar las distintas obligaciones exigidas por los diferentes Estados, se crearía un nuevo pueblo que, compuesto por muchas naciones, las cimentaría todas en una sola mediante los nexos de la virtud y de la ciencia».

Por supuesto que actualmente la Humanidad tiene un talante espiritual más internacionalista que hace doscientos años, si bien los viejos monstruos del nacionalismo y del sectarismo están aún muy vivos. En este orden de ideas se ha cumplido con éxito el programa de la francmasonería.

Hemos expuesto aquí brevemente algunas de las actividades del círculo exterior de los Guardianes de la Humanidad. En sus proyectos humanitarios, los Maestros Espirituales de la Tierra no olvidan el canal de las Iglesias. Han sido numerosas las grandes almas que fueron inspiradas por los Magos del Este. Tanto entre los católicos como entre los protestantes y entre algunos monasterios ortodoxos, como el del monte Athos, se han contado siempre entre los iniciados algunos monjes.

En el número de los eruditos del pasado que cumplieron una misión prescrita por Shambhala hemos de mencionar el de Paracelso (1493-1541). Introdujo nuevos métodos terapéuticos y fue, en Europa, el primero en emplear en Medicina el mercurio y el opio. Reconoció la existencia de la telepatía, practicó la proyección psíquica y descubrió la generación artificial del hombre en el curso de sus experiencias con los *homuncula*. Paracelso viajó a Asia en los años de 1513 a 1524, y se cree que se alojó en una lamasería tibetana de la Hermandad de los Magos.

Nicolas Flamel es otro personaje respecto al cual se cree que desempeñó la comedia de una seudomuerte y un entierro

para desaparecer en Asia Central en el siglo xvi. Este sabio era capaz de fabricar oro mediante procedimientos alquímicos. Sin embargo, vivía de su profesión como notario, y las grandes riquezas que le procuraba la alquimia eran generosamente empleadas en la construcción de hospitales y casas para los pobres de París y de otras ciudades francesas.

La piedra sepulcral de Nicolas Flamel y de su esposa Pernele era aún visible en la iglesia de los Santos Inocentes, de París, en el siglo xvii. Junto con el secreto de la fabricación del oro, Flamel y su esposa habían descubierto asimismo un elixir de juventud capaz de prolongar su vida. Es más que probable que la tumba de Flamel encerrara los cuerpos de otras personas fallecidas en el momento de la presunta muerte de los Flamel.

En el siglo xviii, el abate Vilain escribía que Flamel había visitado a Desalleurs, embajador de Francia en Turquía... ¡y ello casi cuatrocientos años después de su supuesta muerte! No es el único caso de este tipo. En su *Histoire des Français des Divers États*,¹ Amans Alexis Monteil habla de un clérigo llamado Marcel, el cual vio también a Flamel y conversó con él siglos después de su supuesto fallecimiento en el siglo xiv.

Paul Lucas, quien fue encargado, por el rey Luis XVI, de reunir una colección de antigüedades de Grecia, Egipto y Oriente Medio, publicó en 1714 su *Voyage Du Sieur Paul Lucas par ordre du Roi*. En el relato nos habla de cuatro derviches con los que se encontró en Brusse (Turquía), uno de los cuales hablaba varios idiomas, entre ellos, el francés. Este derviche le explicó que venía de una lejana morada de los Sabios. Parecía tener unos treinta años de edad, pero el tiempo que habría necesitado para haber realizado sus largas expediciones cubriría por lo menos medio siglo.

De pronto fue recordado el nombre de Flamel.

—¿Cree usted que Flamel está muerto? —preguntó al derviche.

—No, no, amigo mío, se equivoca usted. Flamen sigue vi-

¹ París, 1823-1844.

viendo, y ni él ni su esposa han entrado aún en conocimiento con la muerte. No hace más de tres años que dejé a ambos en la India, y es uno de mis mejores amigos.

Este derviche debía de ser algún correo del Olimpo asiático, encargado de alguna misión. Es lo que Nicolas Roerich oyó de labios de lamas eruditos en el corazón de Asia: «Los que trabajan con Shambhala, los iniciados y los mensajeros de Shambhala, no viven retirados. Viajan por todas partes» (45).

Entre los miembros activos de la Jerarquía de Luz es imposible no citar el nombre de Hélène Petrovna Blavatsky, la cual pasó muchos años estudiando bajo la dirección de los Mahatmas, en un retiro tibetano, y luego partió con instrucciones para Europa y América.

Según el antiguo uso de los Arhats, introducido por Tsong-Khapa, el gran reformador budista y delegado de Shambhala, los emisarios son enviados para iluminar a la Humanidad o ponerla en guardia, a final de cada siglo. Una probabilidad, que es casi certeza, la tenemos en el hecho de que Hélène Blavatsky se comprometió en una misión de este tipo cuando, siguiendo instrucciones de los Mahatmas, fundó, en 1875, la Sociedad Teosófica. Su primer objetivo era el de trabajar en la Fraternidad Universal de la Humanidad, lo cual, de por sí, era un programa revolucionario en la Era victoriana de nacionalismo y de colonialismo. El estudio de la Antigua Sabiduría de Oriente era asimismo una especie de desafío. La larga estancia de Madame Blavatsky en la India y su desprecio hacia las discriminaciones raciales y sociales despertaron la sospecha del gobernador británico de la India.

Aunque veinticinco años después de su fundación los Maestros del Tibet rompieran sus lazos directos con la Sociedad Teosófica, es evidente que ésta había realizado ya una misión importante al hacer que los ojos de Occidente se volvieran hacia el legado espiritual de Asia.

A finales del siglo pasado, el conde M. T. Loris-Melíkov sometió al zar Alejandro II un proyecto de reforma liberal a fin de abolir el régimen despótico por medios pacíficos. Esta inicia-

tiva se tomó de acuerdo con las instrucciones de una Hermandad filantrópica dependiente del Consejo de los Adeptos.

El emperador no se decidió inmediatamente a adoptar el proyecto y murió prematuramente, víctima de un atentado. Su lucha en favor del liberalismo en Rusia había fracasado, por lo cual Loris-Melíkov partió para Francia, donde murió en 1888. Hemos de observar que Hélène Blavatsky conoció al conde en su juventud y que probablemente fue advertida de sus relaciones con los Hermanos de la Luz.

Tal vez se haya puesto en práctica, a través de los siglos, un plan preciso para elevar el nivel espiritual e intelectual de la Humanidad. En ciertos momentos, todas las Hermandades se hallaban en acción para alcanzar los objetivos asignados por la Jerarquía, mientras que en otros tiempos individuos aislados propagaban nuevas ideas revolucionarias para mejorar las condiciones sociales o hacer progresar la ciencia y la filosofía. «La Luz vence a las Tinieblas», es la divisa de este Gran Plan.

11. LA MISIÓN DE SAINT-GERMAIN

La estatua que representa a la ciudad de Brest, en la esquina noroeste de la Place de la Concorde, en París, y el lado de este monumento que se halla frente al Jardín de las Tullerías, marcan el emplazamiento de la guillotina que cortaba las cabezas de los «enemigos de la República» durante el Terror. Segundos antes de su ejecución, Madame Roland, dirigiéndose al enfurecido populacho, pronunció estas inmortales palabras: «¡Libertad, Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!»

Para prevenir esta explosión de violencia y de brutalidad sin entorpecer el curso natural del desarrollo social, se asignó una misión a un Gran Adepto que, en 1743, apareció de pronto en la escena francesa. Venía de Asia, adonde había ido en peregrinación a varios monasterios aislados en las regiones montañosas, y había sido incluso huésped del Sha de Persia¹.

Este mensajero se llamaba conde de Saint-Germain. Era de estatura media, de bella prestancia y constitución robusta. Se dirigía a los grandes personajes sin consideración de rango o de título, mientras que con las personas sencillas era simple y bueno. El conde se sentaba a las mesas de los reyes y de los

¹ M. BIRCH en *The Nineteenth Century*, Londres, enero de 1908.

príncipes, pero no probaba ni alimento ni vino alguno. En su casa, su alimento habitual se componía de un plato de sémola, lo cual recordaba poco más o menos la comida corriente de los tibetanos: la cebada.

Al ser su misión la de acercarse a los reyes y ministros y hablar con ellos para incitar al Gobierno establecido a la moderación y a las reformas —lo cual había intentado ya Apolonio de Tiana—, Saint-Germain se comportaba de manera que pudiera atraer la atención de la alta sociedad. De aquí que su indumentaria estuviera literalmente tachonada de magníficos diamantes.

La Gran Hermandad a la que pertenecía sabía perfectamente que la situación en Francia se había deteriorado a finales del siglo XVII. Las ambiciosas guerras de Luis XV y su inmoderado gusto por las construcciones grandiosas habían empobrecido al país.

El conde de Saint-Germain apareció en Francia durante el reinado de Luis XV, hombre cultivado, pero de un profundo egoísmo. En 1749, cuando el mariscal de Belle-Isle regresó a París procedente de Prusia, trajo consigo al conde. La marquesa de Pompadour, favorita del rey, mujer ecléctica y refinada, fue la que lo presentó a Luis XV. Se cree, y no sin razón, que una adventencia relativa al porvenir de Francia fue dirigida a este rey, que había dicho negligentemente: «¡Después de mí, el Diluvio!» Era este diluvio, el diluvio de sangre, el que trataba de prevenir el emisario de Shambhala. Este tipo de misionero se reconocía por ciertos signos. Los misioneros de esta clase son, ante todo, pacifistas y apóstoles de la Doctrina del Corazón, por lo general tienen una relación con Asia y, además, poseen poderes desconocidos, que se pueden calificar de ocultos. Saint-Germain mostraba todas las características de un mensajero de la Ciudad de los Inmortales.

En una de mis obras anteriores¹ presenté los éxitos científi-

¹ A. TOMAS, *No somos los primeros*, Plaza & Janés, Esplugas de Llobregat, Barcelona.

cos del conde, que podía obtener perlas de cultivo, crear gruesos diamantes a partir de piedras pequeñas y producir tintes desconocidos.

Saint-Germain hablaba con fluidez numerosos idiomas: francés, alemán, italiano, inglés, ruso, portugués, español, griego, latín, sánscrito, árabe y chino. Este sorprendente récord lingüístico, tan raro en el siglo XVIII, no ha sido jamás convenientemente explicado. El conde, ¿prolongó efectivamente su vida durante siglos, como creen algunos de sus contemporáneos?

Madame Du Hausset, dama de compañía de la marquesa de Pompadour, describió así sus proezas:

Un conocimiento profundo de todas las lenguas, antiguas y modernas, y una prodigiosa erudición, que se podía entrever en las múltiples facetas de su conversación. Había recorrido todo el mundo, y el rey prestaba atentos oídos a la narración de sus viajes por Asia y África, lo mismo que a sus relatos sobre las Cortes de Rusia, de Turquía y de Austria. Parecía conocer íntimamente los secretos de cada Corte, mejor que el Encargado de Negocios del rey.

Esta competencia en diplomacia y sus intentos pacifistas despertaron las sospechas de la Policía secreta de Francia, Inglaterra y otros países. En París, Choiseul lo consideró sospechoso de espionaje en favor de Prusia, a la sazón en guerra con Francia. En Inglaterra, Pitt creyó que estaba a sueldo de Rusia. Sin embargo, todas estas acusaciones parecían sin fundamento y provenir sólo de la envidia de los ministros de Estado, ofuscados por las relaciones amistosas que el conde sostenía con Luis XV y los otros monarcas de Europa.

En 1746 fue detenido en Londres, pero lo que ocurrió posteriormente fue más bien divertido. La absorbente personalidad de Saint-Germain había despertado un inmenso interés en casa de una dama inglesa. Por despecho, el admirador de turno de la dama deslizó una carta comprometedora en el bolsillo del

conde, carta que lo asociaba a las intrigas del joven pretendiente. Cuando la información llegó a las autoridades, Saint-Germain fue detenido. Un minucioso examen del documento demostró que se trataba de una falsificación, y el conde fue invitado a comer por Lord Holdernessee inmediatamente después de haber sido puesto en libertad.

En 1760, el propio Lord Holdernessee escribía a Mitchell, embajador de Inglaterra en Prusia, a propósito de Saint-Germain: «Su interrogatorio no ha proporcionado prueba alguna.»

El mismo año, Francia estaba comprometida en una desastrosa guerra con Prusia. Tanto el rey como Madame Pompadour y el pueblo de Francia aspiraban a la paz. Por mediación del mariscal de Belle-Isle, ministro de la Guerra y amigo personal de Saint-Germain, se propuso enviar al conde a Holanda para negociar un tratado de paz por separado con Prusia gracias a la intervención del duque Luis de Brunswick, con cuya amistad podía contar Saint-Germain. Ello obligó a Austria, aliada de Francia, a capitular ante Prusia, lo cual puso fin a la guerra.

Cuando el duque de Choiseul, ministro de Asuntos Exteriores, descubrió este plan de tratados pacíficos elaborado a sus espaldas, protestó violentamente cerca de Luis XV, el cual tuvo que abandonar su proyecto. El rey despachó inmediatamente un correo a La Haya para prevenir a su amigo Saint-Germain, pues había sido secretamente informado de que Choiseul pretendía reclamar a Holanda la extradición del conde, al que quería encerrar en la Bastilla.

Al recibir el aviso, Saint-Germain no perdió ni un solo instante. Cruzó el Canal de la Mancha y se refugió en Inglaterra. Su amigo, el conde de la Watu, le escribió estas líneas en una carta fechada en Amsterdam en 1760, durante estos hechos: *Sé que sois el hombre más grande de la Tierra, y me siento mortificado al ver que el pueblo miserable os importuna e intriga contra vuestros esfuerzos pacificadores.* Pero esto es sólo un incidente en la historia de Saint-Germain, al que muy pocos contemporáneos fueron capaces de comprender.

En 1762 apareció repentinamente en San Petersburgo, don-

de, habiendo muerto la emperatriz Isabel, acababa de ser coronado su sobrino, el zar Pedro III. La esposa del nuevo soberano, de soltera princesa Anhalt-Zerbst, era hija de un amigo de Saint-Germain. Durante diecisiete años, Catalina tuvo que sufrir el libertinaje y las borracheras de su marido. Sus degradantes costumbres hacían de él el hombre menos capaz de gobernar un imperio tan vasto como Rusia, por lo cual los hermanos Orlov montaron un golpe de Estado en favor de Catalina. Conviértióse así en la emperatriz Catalina II, que gobernó Rusia durante veintinueve años y que fue uno de sus más grandes monarcas. Ensanchó las fronteras del Imperio, fue protectora de las artes y las ciencias y abrió la puerta a las costumbres de la Europa Occidental.

Durante la guerra ruso-turca, cuando la Flota rusa estaba fondeada en Liorna (Italia), el conde de Saint-Germain, a bordo de una fragata, apareció vestido con el uniforme ruso de general. El conde Gregory Orlov lo presentó al duque de Anspach en Nuremberg (1771) con estas palabras: «He aquí al hombre que ha desempeñado un importantísimo papel en nuestra revolución.»

Francia y Rusia no fueron las únicas zonas de influencia del conde de Saint-Germain. También Prusia fue para él un campo de acción. Su amigo y discípulo el príncipe Carlos de Hesse-Kassel lo ayudó en la fundación de la Masonería del Alto Grado. Era una fusión de las doctrinas y de los ritos de los rosacrucianos y templarios con la Masonería especulativa. Su liberalismo imprimió su huella en la *intelligentsia* de Europa. Por otra parte, y a comienzos del siglo XIX, Rusia vivió un período literario calificado de «masónico», pero este llamamiento a la democracia fue aniquilado, en 1825, por la Revolución decembrista.

Los ritos masónicos del Alto Grado instaurados por Saint-Germain y el príncipe Carlos se extendieron por América, donde el Rito Escocés fue el elemento de separación entre la Iglesia y el Estado.

La democracia americana fue elaborada en los salones pari-

sienses donde J.-J. Rousseau lanzó su *Contrato social*. Conviene saber que Saint-Germain, La Fayette y Franklin fueron miembros de la logia masónica de las *Nueve Hermanas*, en Francia, logia en la que se inscribió Voltaire poco antes de su muerte. Rousseau, profeta de la democracia moderna, se asoció a Saint-Germain en la *Logia del Contrato Social* en París. Conviene recordar las palabras del conde con las que expresaba su desaprobación ante la opresión de las clases en Europa: «Sólo tenéis pobreza e injusticia social», dijo. No obstante, el filósofo creía en las reformas y en la conversión gradual de los sistemas existentes, antes que en la rebelión violenta. Sin embargo, la nobleza francesa olvidó sus advertencias, y el huracán de la Revolución los arrojó en el olvido.

Una circunstanciada descripción de las actividades de Saint-Germain durante estos históricos años se nos da en los *Souvenirs sur Marie-Antoinette*, por la condesa de Adhémar. Su redacción se atribuye al barón Étienne-Léon de Lamothe-Langon (1786-1864), pero aunque estas Memorias no salieran de la mano de Madame de Adhémar, que fue «Dama del Palacio» de María Antonieta, la transcripción debe de acercarse mucho a la verdad histórica, y tanto más cuanto que Lamothe-Langon pudo haber conocido a la condesa, que vivió hasta una edad muy avanzada y murió en 1822. Además, en el momento de su redacción, el autor francés pudo haber estudiado numerosos documentos relativos a Saint-Germain, que pudo consultar en París.

Posteriormente, al mostrar Napoleón III un vivo interés por las actividades del conde en Francia, reunióse todo el material en la biblioteca de la Prefectura de Policía, donde una sala entera estaba reservada exclusivamente a los documentos y cartas relativos a la vida de Saint-Germain. Por desgracia, tanto la correspondencia como los manuscritos fueron quemados en 1871, durante la Comuna; pero como quiera que miles de documentos fueron accesibles al barón Lamothe-Langon cuando redactó los *Souvenirs* hacia 1836, es de suponer que los consultó para escribir su libro. A comienzos de nuestro siglo, una descendiente de Madame de Adhémar hizo saber que sus archivos fami-

liares conservaban cierto número de documentos relativos a la vida de Saint-Germain (35).

Según los *Souvenirs sur Marie-Antoinette*, el conde de Saint-Germain hizo un intento preciso para poner en guardia a Luis XVI en vísperas de la Revolución. No pudo obtener una audiencia del rey, pero sí tuvo acceso a los apartamentos de la reina. Sin ambages ni rodeos, y en presencia de Madame de Adhémar, advirtió a María Antonieta prediciéndole audazmente la caída de la monarquía en Francia si no se establecía la justicia social. Es importante decir que el propio Luis XVI era masón y accesible a las ideas liberales, pero la nobleza y la rica burguesía ejercían sobre él tal presión, que su falta de carácter no le permitió vencer.

La advertencia escrita y presentada a la reina por el conde de Saint-Germain fue copiada más tarde por Madame de Adhémar:

*Llegarán los tiempos en que Francia, imprudente,
sufriendo las desgracias que habría podido evitar,
recordará el infierno tal como lo pintó Dante.
¡Reina, el día se acerca, no se puede dudar!
Se verán caer cetro, incensario y balanza,
las torres, los blasones y hasta los blancos pendones.
Por doquier habrá fraude, crimen y violencia,
que veremos en vez del dulce reposo.
Largos ríos de sangre corren por las ciudades,
no oigo más que sollozos, no veo más que proscritos,
por doquier ruge, furiosa, la discordia civil,
y de todas partes la virtud huye gritando.*

Cuando estos versos cayeron en manos de Maurepas, todopoderoso ministro, rugió de rabia y ordenó la detención del conde y su encierro en la Bastilla. La condesa de Adhémar abogó en favor de Saint-Germain.

—Conozco a ese bribón mejor que vos —dijo Maurepas—. Será desenmascarado. Nuestros oficiales de Policía tienen un olfato infalible.

Entonces, alguien abrió la puerta. Madame de Adhémar lanzó un grito, y el rostro del ministro cambió de expresión: el conde Saint-Germain se hallaba ante ellos y pronunciaba estas proféticas palabras:

El rey os hizo un llamamiento para que le dierais buenos consejos, y vos, al oponeros a mi audiencia, pensasteis sólo en mantener vuestra autoridad. Destruiréis la monarquía, ya que sólo tengo un tiempo limitado para dar a Francia, y cuando ese tiempo haya pasado, ya no se me volverá a ver hasta al cabo de tres generaciones. Ya no estaré para censurar y condenar cuando la anarquía, con todos sus horrores, devaste Francia. Vos no veréis personalmente tales calamidades, pero el hecho de que hayáis allanado el camino a las mismas bastará para denigrar vuestra memoria.

Saint-Germain dio algunos pasos hacia la puerta, la abrió y desapareció. El ministro dio la alarma para que sus hombres diestros en las armas alcanzaran al conde y lo detuvieran, pero no pudieron encontrarlo. La predicción del Adepto se cumplió. Maurepas no vivió para ver la Revolución, ya que murió en 1781.

Es absolutamente cierto que el conde de Saint-Germain fue un emisario de Shambhala y un defensor de la Doctrina del Corazón. Sus conexiones con Asia se hacen evidentes en las palabras que pronunció y que Franz Gräffer consigna en sus Memorias: «Desapareceré de Europa —dijo— para ir a la región del Himalaya. Allí descansaré. Tengo que descansar. Dentro de ochenta y cinco años se me volverá a ver»¹. Estas palabras fueron pronunciadas hacia 1790, lo cual significa que el Adepto pudo volver a Europa hacia el año de los Arhats, es decir, hacia 1875.

¿Lo encargaron de las misiones sus grandes jefes de Asia? La respuesta la encontramos en las palabras del propio conde:

¹ F. GRÄFFER, *Kleine Wiener Memoiren* (vol. II), Viena, 1845.

«Mis manos están atadas por alguien más poderoso que yo.» ¿Era el legendario Maestro de Shambhala?

Se dice que Saint-Germain poseía un retiro cerca de Aix-en-Provence, donde, sentado en un pedestal en la postura de Buda, pasaba períodos de intensa contemplación, como un yogui.

Carlos de Hesse-Kassel, el príncipe alemán que ayudó al Adepto en su trabajo masónico y rosacruciano, escribió, a propósito de su maestro, en *Memorias de mi tiempo*:

Saint-Germain fue tal vez uno de los más grandes filósofos que hayan vivido jamás. El amigo de la Humanidad, al desear la riqueza sólo para poderla distribuir entre los pobres, y al sentir amor por los animales, tenía el corazón ocupado sólo por la felicidad ajena.

A este noble alemán es al que se refiere el Mahatma Kut Humi en su carta a Sinnett del 5 de agosto de 1881 y respecto al cual dice que es «el amigo y el sólido dechado, el benévolo príncipe alemán en la morada y en cuya presencia (Saint-Germain) partió por última vez para la Casa». Resulta claro, por tales palabras, que esta Casa se hallaba en algún lugar allende las nevadas cumbres del Himalaya. El Mahatma Morya describe así las dificultades de la misión de su Hermano en Francia:

Un noble francés dijo cierto día a Saint-Germain: «No puedo captar el absurdo que os rodea.» Saint-Germain respondió: «No resulta difícil comprender mi absurdo si le prestáis la misma atención que al vuestro, si leéis mis informes con el mismo cuidado que prestáis a la lista de los danzarines de la Corte. Lo malo es que la disposición de un minué tiene para vos más importancia que la seguridad de la Tierra» (1-A).

Aunque el emisario no lograra prevenir el derramamiento de sangre de la Revolución francesa, hizo lo imposible por advertir a las clases dirigentes el resultado al que los conduciría su

política egoísta. Sin embargo, los adversarios de la monarquía deberían estudiar los hechos y las cifras antes de dar un veredicto. ¿Quién fue más cruel, el rey o el Tercer Estado? El 14 de julio de 1789 caía en manos de los revolucionarios la fortaleza de la Bastilla. En lugar de los innumerables prisioneros encadenados, opuestos al régimen que, al decir del pueblo, debía de encerrar arbitrariamente, los libertadores descubrieron sólo a cuatro falsarios, dos alienados y un gentilhombre. Y éste se hallaba recluido allí a petición de su familia, a causa de su peligroso carácter, pero vivía en la Bastilla de acuerdo con su título y servido por los domésticos de su propia casa.

Los prisioneros no políticos liberados de la Bastilla aquel histórico día —que se convirtió en la fiesta nacional de Francia— fueron sólo un puñado comparados con los miles de víctimas encarceladas y luego enviadas al cadalso durante el reinado del Terror. Fue esta tragedia la que trató de prevenir el emisario de los Magos.

12. INTERVENCIONES HISTÓRICAS

Ya hemos dicho anteriormente que entre las órdenes secretas de Tsong-Khapa, el representante de Shambhala, en el Tibet, durante el siglo xiv, había una que mandaba a los Arhats transmitir un mensaje oportuno en el último cuarto de cada siglo. La aparición de los Avatares o Encarnaciones divinas, que se producían a largos intervalos y, según ellos, se hallaban en relación con la precesión de los equinoccios.

La mayor parte de las misiones de los Arhats fracasaron en razón, sobre todo, de la oposición violenta e irracional de las masas, aunque algunas tuvieron éxito. Sin tener en cuenta los resultados conseguidos ni los que se puedan alcanzar efectivamente, esta costumbre del llamamiento centenario de los Arhats ha permanecido invariablemente en vigor a través de la historia del mundo.

He aquí lo que escribió el venerable Mahatma Morya sobre la Jerarquía de la Luz:

El Gobierno Internacional no ha negado jamás su existencia. Se ha proclamado a sí mismo no por medio de manifestos, sino por hechos que han sido retenidos y consignados en la Historia oficial. El Gobierno no ha disimulado la existencia de sus enviados a los distintos países, y por

supuesto que, de acuerdo con la dignidad del Gobierno Internacional, jamás se han escondido. Por el contrario, se han mostrado abiertamente, han visitado a numerosas autoridades y conocido a muchas personas. La literatura conserva sus nombres y la aureola de fantasías imaginadas por sus contemporáneos (1-A).

Es fácil verificar la exactitud de este comentario si se contemplan las vidas de Apolonio de Tiana y del conde de Saint-Germain. Extraños incidentes se produjeron en siglos pasados, que podían ser interpretados como intervenciones amistosas en determinados momentos críticos. Un episodio de este tipo ocurrió con motivo del nacimiento de una gran nación: los Estados Unidos de América.

El proyecto de una bandera para las colonias americanas, en 1775, así como la firma de la Declaración de Independencia, en 1776, recibieron un apoyo de esta fuente misteriosa.

Después de casi mil años de feudalismo, había llegado el momento de instaurar la democracia. La creación de la futura fortaleza del Orden nuevo —los Estados Unidos— debería tener lugar en vistas a su significado para la historia del mundo. En consecuencia, no es de extrañar que se produjeran acontecimientos insólitos que implicasen la presencia de una fuerza exterior durante aquellos años cruciales.

En 1775, cuando los padres de la naciente República estudiaban el proyecto de una nueva bandera, apareció un hombre extraño, que se ganó inmediatamente el respeto y la amistad de Benjamin Franklin y de George Washington. Este personaje, que los autores de Memorias se limitan a llamar *el Profesor*, parecía tener más de setenta años, aunque se mantenía erguido y vigoroso como en su juventud. De alta estatura y aspecto extremadamente digno, hablaba con autoridad, matizada con una gran cortesía. Era curioso el régimen alimentario de este *gentleman*: no comía carne, ni aves, ni pescado; no bebía vino ni cerveza. Su consumo se reducía a lo que se ha dado en llamar alimentos de salud: cereales, nueces, frutas y miel.

A semejanza de Saint-Germain, *el Profesor* hablaba, a menudo de tal manera de hechos históricos, que parecía haber sido testigo de los mismos.

Cuando estalló una discusión a propósito de la bandera norteamericana en el curso de una reunión preliminar, en una residencia privada, un relato de la época nos dice que:

Franklin respondió diciendo que, en lugar de actuar de acuerdo con el deseo del general Washington, rogaba tanto a éste como a los otros que escucharan a su nuevo amigo, altamente estimado, *el Profesor*, quien había accedido amablemente a repetir ante ellos aquella noche lo esencial de lo que había dicho por la tarde a propósito de la nueva bandera para las colonias (6).

Este extracto de las reminiscencias de un contemporáneo subraya la importancia del desconocido. Por otra parte, en tal ocasión, *el Profesor* terminó su parlamento con una conclusión significativa: «No pasará mucho tiempo sin que seamos una nación que haya declarado su independencia.»

Se puede admitir que el general Washington, masón, y Benjamin Franklin, también masón y, además rosacruciano, reconocieron a *el Profesor* como a un enviado del Consejo de los Sabios que luchaba por el progreso de la Humanidad desde la aurora de la civilización.

El 4 de julio de 1776 se produjo un gran acontecimiento. En la vieja casa del Estado de Filadelfia, un debate opuso a los fundadores de la nueva República en cuanto a la decisión última que se debía tomar en lo tocante a romper radicalmente los lazos que unían las colonias a Inglaterra, o bien mantenerlos en ciertas condiciones.

En aquel crítico momento, el majestuoso *Profesor* se levantó y pronunció un inflamado discurso. Para la mayoría de los miembros de la asamblea, el personaje era un extraño, pese a lo cual lo oyeron con profunda atención e incluso con temor. Cuando terminó su alocución gritando: «¡Dios ha dado América

para que sea libre!», el entusiasmo fue general. Firmas tras firmas se incorporaron a la Declaración de la Independencia. Aquel día memorable se hizo la Historia.

Calmada la exaltación del momento, los delegados desearon conocer la identidad de *el Profesor* y expresarle su gratitud. Se había marchado, y nadie volvió a verlo jamás. Aparentemente, el enviado había cumplido la misión que le había encargado la Alta Hermandad, y su voz ya no era necesaria.

¿Han sido enviados otros agentes de esta misma Autoridad Mundial al siglo en que vivimos? La respuesta debe de ser afirmativa. En este terreno, surge ahora a la luz la obra de Nicolas Roerich, y se resumirán sus misiones cerca de los dos gigantes de la arena política: los Estados Unidos de América y la Unión Soviética. Son casi desconocidos algunos hechos auténticos relativos a estas actividades.

Nicolas Roerich, el pintor ruso de fama mundial que abandonó Rusia por Finlandia poco antes de la Revolución, pasó largos años en Europa y América antes de retirarse al valle himaláico de Kulu, donde murió en 1947. Sus lienzos se exponen en las galerías de arte de Estados Unidos, la Unión Soviética, Francia y otros países.

Como representante del Consejo de los Arhats, Roerich estableció contacto con las dos superpotencias —la URSS y los Estados Unidos—, en 1926 y 1935. Cronológicamente, su misión en Rusia se ha de situar en primer lugar. La expedición de Roerich al Asia Central partió de Cachemira (India) en el mes de agosto de 1925. En setiembre atravesó la cadena montañosa, extremadamente difícil, de Karakoram, a 5.575 metros de altitud, donde sus miembros sufrieron falta de oxígeno y trastornos visuales. Más allá de esta fortificación natural se extendía el arenoso desierto de Takla Makan. La expedición permaneció cuatro meses en Jotan, hasta finales de enero de 1926, en que partió hacia Urumtchi, en Mongolia, para alcanzar, finalmente, el lago Zaisun, en la frontera chinosoviética, en mayo de 1926.

Por mediación del cónsul soviético en Mongolia, Roerich obtuvo el visado para un viaje a la URSS, pese a su condición

de emigrado. El 29 de mayo de 1926, Nicolas Roerich, su esposa Hélène y su hijo Jorge atravesaron la frontera rusa y llegaron a Moscú el 13 de junio.

El comisario del pueblo para Asuntos Exteriores, G. V. Tchitcherine, y el comisario de Educación, A. V. Lunatcharski, expresaron el deseo de ver a Roerich, cuya celebridad artística no había sido olvidada en Rusia.

La República de los Soviets pasaba entonces por una fase crítica. Lenin había muerto hacía dos años, y la lucha por el poder entre Trotski y Stalin hacía estragos. Cada uno tendía a una política diametralmente opuesta. «¡Extendamos al mundo el fuego de la revolución!», gritaba Trotski. «Construyamos el socialismo en un país: Rusia», insistía Stalin. Y este último ganó.

En aquel momento de tensión, Roerich llegaba a Moscú con una misión especial de los Mahatmas. El pintor ofreció su tela *Maitreya el Conquistador* —expuesta más adelante en el Museo de Arte Gorki— a los dos comisarios del pueblo, Tchitcherine y Lunatcharski. Ofreció asimismo un cofre que contenía tierra del suelo tibetano, con esta inscripción: «Para la tumba de nuestro hermano, el Mahatma Lenin.» La palabra *Mahatma* —como ya hemos dicho anteriormente— significa *Alma Grande*. Cuando los Arhats califican a una persona de «Alma Grande», quieren acentuar su importancia respecto a la Historia futura. Este significado se puede apreciar hoy más fácilmente que en 1926, ya que el socialismo ha hecho desde entonces enormes progresos.

Roerich aportaba además a la recién constituida República de los Soviets un mensaje de los Mahatmas del Himalaya, conservado hoy en los archivos del Estado de la URSS. La traducción de esta breve misiva tiene gran interés:

DESDE EL FONDO DEL HIMALAYA SABEMOS LO QUE ESTÁIS HACIENDO. HABÉIS ABOLIDO A LA IGLESIA, QUE SE HABÍA CONVERTIDO EN EL CRISOL DE LA MENTIRA Y DE LA SUPERSTICIÓN. HABÉIS DESTRUIDO A LA BURGUESÍA, QUE SE HABÍA CONVERTIDO EN EL AGENTE DE LOS PREJUICIOS. HABÉIS ANIQUILADO LAS ES-

CUELAS, QUE ERAN CASTI PRISIONES. HABÉIS CONDENADO LA HIPOCRESÍA DE LA FAMILIA. HABÉIS LIQUIDADO AL EJÉRCITO, QUE DOMINABA A LOS ESCLAVOS. HABÉIS APLASTADO LAS ARAÑAS DE LA CODICIA. HABÉIS CERRADO LAS CASAS DE TOLERANCIA. HABÉIS LIBERADO LA TIERRA DEL PODERÍO DEL DINERO. HABÉIS RECONOCIDO LA INSIGNIFICANCIA DE LA PROPIEDAD PRIVADA. HABÉIS COMPRENDIDO LA EVOLUCIÓN SOCIAL. HABÉIS SUBRAYADO LA IMPORTANCIA DEL SABER Y OS HABÉIS INCLINADO ANTE LA BELLEZA. HABÉIS APORTADO A LOS NIÑOS TODO EL PODER DEL COSMOS. HABÉIS ABIERTO LAS VENTANAS DE LOS PALACIOS (31).

Para concluir, el mensaje añadía:

HEMOS EVITADO UNA REVUELTA EN LA INDIA, POR CONSIDERARLA PREMATURA. PERO, AL MISMO TIEMPO, RECONOCEREMOS LA OPORTUNIDAD DE VUESTRO MOVIMIENTO. NUESTROS MEJORES DESEOS PARA VOSOTROS, QUE BUSCÁIS EL BIEN COMÚN.

¿Habrá que sorprenderse de que los hombres más sabios del Planeta expresaran su simpatía por un sistema que, cerrando los burdeles, destruyendo a los especuladores, condenando el colonialismo, instituyendo la enseñanza obligatoria y aboliendo la propiedad privada, se mostraba como el *criterium* de un Estado social?

Lo que los Sabios del Este acogían con satisfacción era la pura doctrina enseñada por Lenin. Pero la doctrina es una cosa y la práctica es otra. Hay todo un mundo de diferencia entre lo que el Cristianismo predicaba en las catacumbas de Roma y la forma en que Torquemada lo practicaba en España. Cuando una enseñanza doctrinal se convierte en parte integrante de una institución oficial, el poder hace uso de ella para reforzarse, y, así, pasamos de Torquemada a Stalin, dos doctrinas diferentes que emplean métodos idénticos. En una carta dirigida a Madame Roerich hacia los años cincuenta, el Mahatma Morya se levantaba contra las crueldades practicadas en los campos de concen-

tración de Siberia, pero, al mismo tiempo, expresaba su deseo de ver la liberalización y la humanización del sistema socialista ruso¹.

Será oportuno citar las palabras del conde Loris-Melíkov, mencionado en el capítulo anterior, las cuales demuestran que, por desgracia, el régimen ruso no ha cambiado desde el siglo pasado:

¡Pobre Madre Patria! Llegará la época esperada desde hace tanto tiempo en que Rusia, como los otros, podrá expresar sus opiniones y sus convicciones pública y libremente, pronunciar sus juicios sin correr el riesgo de ser inscrito en alguna lista de ardientes revolucionarios o destructores sistemáticos de los fundamentos del Estado².

En general, Occidente parece ignorar el hecho de que en nuestros días no existe en la Tierra un solo Estado comunista, sino sólo Repúblicas socialistas. Con el socialismo, cada uno recibe según sus méritos, mientras que con el comunismo todos recibirán según sus necesidades. Sin embargo, trabajarán gratuitamente. Los monasterios cristianos y budistas pueden servir de prototipo de una sociedad comunista. El comunismo seguirá siendo una utopía mientras la naturaleza humana no haya cambiado radicalmente y el egoísmo se haya trocado en altruismo. Pero ninguna Policía secreta podrá jamás crear una sociedad comunista y remplazar el «yo» por el «nosotros», lo cual debe hacer el hombre por sí mismo y desde el fondo de su corazón.

El trabajador occidental, bajo el régimen capitalista, se ha beneficiado enormemente de la doctrina leninista. Tras la Revolución de Octubre, el miedo a la Tercera Internacional ha impulsado a más de un Gobierno conservador a conceder distintos beneficios sociales a la clase trabajadora, desde las indemniza-

¹ Según la ciencia de los ciclos tibetanos, se esperan profundos cambios en el mundo socialista en y después del año de la Serpiente de fuego (1977).

² Conde LORIS-MELÍKOV, *Konstitutsia*, Londres, 1893.

ciones a los parados, hasta la asistencia médica gratuita, las pensiones a la vejez y la leche gratuita a los niños de las escuelas.

Jamás les será posible comprender, a quienes tienen estrecheces de miras, cómo los Hombres sabios que fueron al encuentro de Jesús en su nacimiento, pudieron dirigir un mensaje de felicitación a la República Soviética. Sin embargo, no conviene olvidar que los Grandes Sabios del Este son imparciales por completo y que, visiblemente o no, apoyan cualquier sistema que sea capaz de elevar el nivel moral e intelectual de la Humanidad. *Saben muy bien que una casa nueva no se puede construir sobre cimientos deteriorados.*

Una vez más hemos de insistir acerca del hecho de que sólo cuenta la buena aplicación de una teoría y no la doctrina en sí misma.

Puede existir una buena forma de democracia, lo mismo que una aceptable mezcla de socialismo. La Historia conoce benéficas monarquías. Los sistemas y las doctrinas son buenos para el pueblo, pero éste no debe ser sacrificado a los mismos. Esta digresión era necesaria para explicar el mensaje de los Mahatmas.

La familia Roerich volvió a Mongolia en setiembre de 1926. La ruta seguida por la expedición atravesó el desierto de Gobi, partiendo de Ulan Bator, hacia la cadena montañosa de Nan Shan. Atravesando luego el Tibet en dirección a la India, alcanzarían este país sólo en mayo de 1928, a causa de la continua hostilidad de los soldados tibetanos. A 4.575 metros de altitud, los miembros de la expedición hubieron de establecer un campamento de tiendas de campaña en el que hubieron de vivir durante cinco meses, a una temperatura que llegaba en ocasiones a los 40° bajo cero. Durante esta parte del viaje perecieron cinco participantes tibetanos y mongoles y el equipo perdió noventa animales.

De importancia igualmente vital fue la misión a los Estados Unidos, de la que fue encargado Roerich por los Grandes Mahatmas y que vamos a exponer a continuación.

El Pacto de Paz y el Estandarte de la Paz —blanca bandera con tres puntos rojos en un círculo rojo— fueron concebidos por Nicolas Roerich antes de la Primera Guerra Mundial. Con toda justicia, el emblema fue denominado la *Cruz Roja de la Cultura*, ya que fue creado para la protección de los monumentos culturales en caso de guerra.

Sólo en 1930, el Pacto de Paz fue aprobado por una autoridad mundial: la Sociedad de las Naciones. En 1933 se celebró en Washington (D. C.) la Tercera Convención Internacional de la Paz, en la que estuvieron representadas treinta y cinco naciones. Dos años más tarde, el Pacto de Paz de Roerich fue firmado en la Casa Blanca por veinticinco Repúblicas de la América Latina. En el curso de la ceremonia, el presidente Franklin Delano Roosevelt recalcó que «el tratado poseía una significación espiritual mucho más profunda que el instrumento en sí».

El secretario de Estado, Cordell Hull, y el secretario de Agricultura, Henry Wallace, tomaron una parte activa en el patrocinio de este proyecto humanitario. Por aquella época, Henry Wallace —que fue más tarde vicepresidente de los Estados Unidos— mostró un vivo interés por el patrimonio intelectual de Asia y las enseñanzas místicas de los Maestros de la Sabiduría. Parece ser que, en este terreno, Nicolas Roerich le dio cierta instrucción y que se tomaron disposiciones para poner a Wallace en relación directa con los Grandes Arhats.

Sin embargo, las sombrías fuerzas reaccionarias de América, que engendrarían posteriormente el maccarthismo, aprovecharon esta circunstancia como un arma para impedir que Wallace fuese elegido presidente. En 1947 fueron intervenidas y publicadas ciertas cartas en la Prensa estadounidense. Tales cartas sembraron la duda en el impresionable espíritu del elector norteamericano y destruyeron las oportunidades del candidato.

Si Henry Wallace hubiese sido elegido entonces presidente de los Estados Unidos, la actual política de reconciliación con China habría producido sus efectos un cuarto de siglo antes. Y ello habría salvado miles de vidas americanas en Corea y Vietnam.

Por desgracia, y en detrimento de ella, América escogió la guerra fría, y la diplomacia costeó la guerra de Foster Dulles. No dieron resultado alguno los intentos de las Fuerzas de la Luz por establecer en aquel momento la coexistencia pacífica. Resulta triste recordar los absurdos a los que llegó el maccarthismo.

En 1947, cierto número de cartas dirigidas a Roerich por Henry Wallace fueron hechas públicas por sus adversarios. En esta correspondencia, el político daba al destinatario los títulos de «Guru» o de «Maestro». Resultaría fútil tratar de encontrar aquí alguna prueba de peligrosa «tendencia comunista»:

La investigación —ya se trate de la pérdida consigna de la Masonería, del Santo Cáliz o de las posibilidades de la edad por venir— es el objetivo de suprema importancia. Todo lo demás es deber del Karma. Pero, con toda seguridad, cada uno de nosotros es un posible Galahad. Así, hemos de luchar por el Cáliz y la llama que lo ilumina.

Éstas son las inspiradas palabras que escribió Henry Wallace en una de sus cartas. Me pregunto lo que el rosacruciano Benjamin Franklin y el francmasón George Washington habrían dicho de la persecución encarnizada de que fue objeto un vicepresidente iluminado que buscaba el Santo Grial como un Sir Galahad.

«¡Ojalá podamos permanecer abiertos a la brillante gloria de los Grandes Sabios!», escribía aún Wallace. Un hombre de Estado, lleno de respeto por los Magos del Este, estaba en condiciones de llevar a América por el camino ascendente, en lugar de los decenios de vergüenza a que la condujeron sus enemigos. Otro pensamiento de este discípulo de los Gurus muestra que poseía un profundo conocimiento de las enfermedades sociales de su país:

Cuando considero el terrible egoísmo del comercio organizado, del trabajo organizado, de la agricultura organi-

zada, así como la ignorancia de los consumidores sin organización, no vacilo en decir que sería preferible para América descender al abismo de los fuegos purificadores.

¿Quedó América purificada por estos fuegos y sacó lecciones de ello?

Con sus ideales de paz mundial, la influencia de Roerich sobre Henry Wallace y Cordell Hull, secretario de Estado de Roosevelt, produjo más tarde benéficos resultados. Actualmente, Cordell Hull es considerado como el padre de la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

Las actividades de Nicolas Roerich inspiradas por los Guardianes Planetarios pueden ser resumidas así: su Pacto de Paz, firmado por la Unión Panamericana, fue un hito en el camino de la Paz Mundial, y su influencia indirecta sobre la constitución de las Naciones Unidas supuso asimismo una importante contribución.

Este capítulo quedaría incompleto si no mencionáramos en él otro episodio, que sugiere la intervención de un emisario de los Magos, y no ya en el plano estrictamente nacional, sino a nivel internacional. Según el relato, ligeramente abreviado, de un programa transmitido por la *American Broadcasting System* en vísperas de la Navidad de 1950, basado en una información procedente de Lake Success, se produjo un extraño incidente en el curso de una sesión especial del Comité Político de las Naciones Unidas, poco tiempo antes de esta emisión radiofónica¹.

En el secreto del Consejo de Seguridad, numerosas naciones estaban representadas por sus principales delegados. Los Estados Unidos estaban representados por Mr. Austin y Mr. Dulles. Gran Bretaña, por Jebb y Younger. Vichinski, por la Unión Soviética. Esta inopinada sesión tenía un carácter tan excepcional, que en el perímetro de la Sala Doce, donde se celebraba, las seis vastas hileras de asientos estaban vacías.

¹ Por PAUL HARVEY.

Al entrar los delegados no se autorizó la presencia de ningún fotógrafo. Algunos miembros del Secretariado estaban sentados tras el cristal de la cabina de transmisiones, que sólo es accesible por una escalera que parte del vestíbulo exterior. Las puertas se cerraron entre las 9 de la mañana y las 19.12 de la tarde. Nadie había podido penetrar en la Sala Doce *antes* del cierre de las puertas sin presentar sus cartas credenciales o ser debidamente identificado. Nadie había podido entrar *después* del cierre de las puertas sin ser visto por los guardias del vestíbulo exterior. Éstos afirmaron no haber visto a nadie. Sin embargo, apenas se había declarado abierta la sesión, primero en inglés y luego en francés, un hombre de alta estatura se levantó tras el presidente.

El silencio se estableció en torno a la mesa oval, y Sir Benegal Rau, que presidía la sesión, creyó al principio que todos los ojos estaban fijos en él, hasta que recibió un codazo de un secretario. Volviéndose entonces para seguir la dirección de las miradas, encontróse frente al ser extraño que se hallaba de pie detrás de él. Su primera intención fue la de llamar a un guardia. Era una sesión secreta del Comité, lo cual había quedado bien claro en la convocatoria de la misma.

Mr. Rau interpeló al desconocido:

—¡Eh, señor! ¿Quiere usted justificar su pertenencia a una delegación?

El hombre era delgado, con el rostro enmarcado por una cuidada barba. Calzaba sandalias y vestía una indumentaria oriental que no era desconocida en Lake Success. Abrió la boca para hablar y cesó bruscamente el murmullo de la sala. Con una voz dulce y persuasiva que, sin embargo, parecía resonar con fuerza en la estancia pese a la ausencia de micrófonos, dijo:

—Tengo mucho que decir y juzgar sobre ustedes. Voy a desvelar cosas que se han mantenido en secreto desde la creación del mundo, y ustedes conocerán la verdad.

El silencio era tan profundo, que se podía oír la asmática respiración de un asistente a través de la estancia sin ventanas.

—¿Quién es usted? —le preguntó Mr. Rau.

—Hay un mal que he visto bajo el sol y que es común a todos los hombres. Han empleado su lengua para engañar. El veneno de las serpientes está en sus labios y no han conocido el camino de la Paz.

»Los que hacen el mal, odian la luz. Limpian el exterior de la copa y del plato, pero en el fondo de sí mismos están llenos de deseos de extorsión y de excesos. Debe abatirse el hacha sobre la raíz de tales árboles.

Entonces Vichinski, glacial, interrumpió el discurso, pero la traducción de sus palabras tardó en llegar:

—La delegación soviética —dijo— se niega a oír las delirantes palabras de ese incendiario. Esta intervención es, sin duda, un complot cuidadosamente urdido y pobremente ejecutado para presentar a los soviéticos como los agresores en una guerra en la que no tienen arte ni parte. ¿Puede sorprender que el comunismo se oponga en Corea a estos imperialistas?

Y, quitándose nerviosamente las gafas, apuntó con ellas hacia la delegación norteamericana.

El tono de aquel hombre extraño se hizo tajante:

—Necias e ignorantes cuestiones —dijo— que engendran la lucha. Si un hombre lucha por ganar el poder, sólo será coronado si se bate legalmente.

—Pero —intervino el presidente— no ha abordado usted la razón por la cual tiene lugar esta asamblea. ¿Qué tiene usted que decir respecto a Corea? ¿Es sobre este punto sobre el que estamos equivocados?

—Si el hombre bueno, en su casa, hubiese sabido el momento en que iba a ir el ladrón —replicó el desconocido—, habría vigilado y no habría tolerado que fuesen saqueados sus bienes. Pero mientras dormía, su enemigo vino a sembrar la cizaña entre el trigo y luego se marchó.

—Creo —subrayó Mr. Jebb, delegado de Gran Bretaña— que lo que más tememos todos es cuál de nosotros será la próxima víctima.

Aquel hombre, siempre de pie, replicó:

—Cuando un hombre fuerte, armado, guarda su casa, sus bienes están seguros.

Para pedir la palabra, Mr. Austin agitó la banderita que marcaba su lugar. Se le concedió la palabra.

—En los Estados Unidos —recalcó— acogemos enemigos en nuestra propia casa. Son los agentes de otra nación que piden nuestra confianza y afirman que se comportan lealmente con nosotros.

El hombre, lleno de suavidad, levantó la mano como para acortar la observación.

—Ningún hombre puede servir a dos amos —dijo—, pues si ama al uno, odiará al otro, y si estima al primero, despreciará al segundo. Todo reino dividido contra sí mismo está condenado a la destrucción.

Mr. Austin dijo:

—Tienen sólo el proyecto de transformar nuestro Gobierno por medios pacíficos... para mejorar nuestro sistema económico...

El visitante lo interrumpió con cierta impaciencia:

—Los que están sanos no necesitan al médico, dejad éste para los que están enfermos¹.

Y, volviéndose hacia Mr. Austin y Mr. Dulles, gritó:

—¡No hay ni un solo hombre justo entre ustedes! «Conozco tus palabras, no tienes ni frío ni calor. Porque dices: soy rico, mis bienes aumentan, no necesito nada, y no sabes que eres un misarable.»

Mr. Rau abandonó su asiento y dijo:

—Hemos venido aquí para examinar los errores que motivan nuestra inquietud y usted ha distribuido su parte a cada uno de nosotros. ¿Qué hemos de hacer? ¿Abandonar nuestros esfuerzos en busca de la paz?

—Hagan las cosas decentemente y en orden —dijo el visi-

¹ Hay que subrayar el hecho de que, en una carta escrita en febrero de 1882 (n.º XLV), el Mahatma Kut Humi empleó esta frase poco común en términos idénticos. Esta similitud, ¿desvelaría la identidad del desconocido que intervino en la sesión secreta de la ONU?

tante—. Aléjense del mal y actúen bien. Busquen la paz, persígana. Y aumenten su fe. La fe ha conquistado reinos, formado la justicia, obtenido promesas y cerrado la boca de los leones.

—Hace usted aparecer las cosas como infinitamente simples —observó Mr. Rau con una pizca de melancolía.

—Muchos hombres justos han deseado oír lo que ustedes oyen y no lo han oído —replicó el extranjero.

Mr. Rau sonrió.

—No tenemos costumbre de oír las voz de la sabiduría procedente del exterior de nuestros comités.

—No se olviden ustedes de acoger a los extraños, porque, al hacerlo así, tal vez reciban a ángeles sin saberlo —dijo el hombre.

Sir Benegal Rau se dirigió entonces a la asamblea:

—La reunión no tiene ya objeto —concluyó—, él ha respondido a todas nuestras preguntas. En cuanto a usted, señor, le damos las gracias... Si pudiera usted escribir las cosas que nos ha dicho, si aceptara usted exponer tal sabiduría en un libro que todos pudieran leer...

Los ojos del visitante brillaron entonces con una cólera repentina:

—¡El libro existe! —gritó—. ¡Es la santa Biblia de ustedes!

Se apagó su cólera, y su mirada volvió a encontrar la serenidad, aunque una serenidad velada de tristeza, y marchó hacia la puerta, que se abrió ante él... Nadie, en el exterior, advirtió su partida.

Está bien claro, según estos episodios históricos, que los emisarios de los Sabios de Oriente luchan sin cesar por la Paz, la Luz y la Cultura. Los inmensos problemas con los que chocan los Adeptos son difíciles de imaginar. Para facilitar la comprensión de su tarea y la verdadera situación del mundo actual se proponen los *Diálogos del Templo*. Representan experiencias personales con la intención de ilustrar el tema principal de este libro: la existencia, en nuestro planeta, de un oasis de alta cultura, de origen cósmico, que trata siempre de llevar a la Humanidad hacia un plano superior de pensamiento.

13. LOS DIÁLOGOS DEL TEMPLO

Los glaciares brillaban bajo el sol matinal como si hubiesen sido tallados en diamante. Las nubes colgadas de los flancos de las montañas y la neblina del fondo de las gargantas eran lentamente disipadas por una ligera brisa. Una bóveda de rododendros formaba el marco suntuoso de este paisaje himaláyico.

Tenía en mis manos un libro sobre el budismo tibetano, pero no podía abrirlo. Tan fascinado estaba por la belleza del paisaje. Finalmente, empecé a leer un capítulo sobre el yoga lamaísta, preguntándome si podría encontrar, en aquella región del norte de la India, un lama verdaderamente erudito. Caminaba a lo largo de un sendero de montaña cuando atrajo mi atención un letrero indicador: *Escuela tibetana*. ¿Podría encontrar allí al director y enterarme acerca de los sabios tibetanos que viven exiliados en el distrito de Darjeeling?

El director no estaba disponible, pero uno de los profesores, que hablaba inglés, me sirvió de gran ayuda:

—Un lama muy cultivado, venido de Lhasa, reside actualmente en un pequeño monasterio, al otro lado del valle —me dijo—. Puede tardar unas cuatro horas en ir allí si tiene la suerte de encontrar un coche que vaya al pueblo, situado al pie del templo. Y no se olvide de señalar su desplazamiento a la Policía de Darjeeling.

Con ayuda de unos anteojos vi, al Norte, un minúsculo punto contra la línea nevosa de las escarpadas montañas. Era la lamasería. Como quiera que disponía de una semana, decidí ponerme en marcha al día siguiente. Fui bastante previsor en obtener dos cosas: de *el Profesor*, una nota en hindi con las indicaciones exactas para encontrar la lamasería, así como el nombre del lama, y, de un comerciante de Darjeeling, un saco de arroz, a precio de mercado negro, que estaba seguro sería bien recibido por los pobres lamas. No olvidé la máxima de los montañeros: «Cuanto más alto subas, más baja encontrarás la temperatura.» Así, me puse un ropaje adecuado.

Poco después del alba, cuando las nieves del Himalaya se tornan rosa y oro, ocupaba la esquina de una calle que llevaba a la salida del pueblo, en dirección a Sikkim. Menos de media hora después conseguí que se detuviera un chófer que llevaba una plaza libre y que aceptó mi precio. El conductor me aseguró que pasaría por el pueblo al que yo quería ir. Los baches de un camino de montaña hundido hicieron muy penoso el trayecto, por lo cual, al llegar a mi destino, me sentí dichoso de abandonar el vehículo. Cuando desapareció el viejo «Ford», me encontré solo, rodeado de nevosas cumbres que me dominaban y de valles perdidos en la bruma. Me dirigí hacia la casa más grande que había a la vista y pedí una habitación para pasar la noche. El propietario me ofreció su propia habitación e incluso una piel de carnero, para el caso de que la temperatura de la casa descendiera, durante la noche, por debajo de cero.

El pequeño templo que había visto con los gemelos, circuido por una nube, se elevaba como una torre en la pared rocosa. Creí que podría llegar al mismo en menos de una hora, pero el cálculo era optimista. El estrecho sendero subía, serpenteando, cada vez más alto, para perderse, al fin, entre las rocas y la nieve.

Cuando me presenté en la puerta de la lamasería, embutido en mi indumentaria de viaje, con el cuello levantado para preservarme del aire demasiado vivo y cuando empecé a hablar

con voz fuerte, los dos jóvenes monjes tibetanos que me habían visto llegar pensarían, sin duda, en algún espíritu maléfico. Los abordé tranquilizándolos y deposité el saco de arroz a sus pies, para demostrarles mis intenciones amistosas. Luego les alargué la nota en que figuraba el nombre del pundit al que quería ver, y uno de los lamas se lanzó inmediatamente hacia el interior del templo. Reapareció al cabo de un momento, rogándome que entrara por la puerta del monasterio.

Deslumbrado por el brillante sol, amplificado por la blancura de la nieve, de momento, fui incapaz de distinguir nada en la oscuridad del templo, pero gradualmente fui acomodándome a la penumbra y vi a dos monjes ante un Buda. El de más edad, de rostro de mongol profundamente arrugado, leía un texto en voz alta, acompañado por el tintineo de una campanilla para marcar el ritmo de su lectura. El otro lama era alto, en la flor de la edad y con el cráneo rapado. Sus rasgos, como esculpidos en marfil, eran típicamente tibetanos, con pequeños ojos puntiagudos y boca y mentón que revelaban fuerza de carácter. Me mantuve de pie y esperé que el viejo lama hubiese acabado de salmodiar.

Finalmente, el gran pundit-lama me saludó con las manos cruzadas.

—Señor, ¿qué es lo que lo ha traído a la Morada de la Nieve y a nuestro pobre templo? —me preguntó en excelente inglés.

—Pues bien —dije—: en primer lugar, porque es uno de los lugares más bonitos del mundo, y, en segundo lugar, porque voy en busca de un lama que me pueda iluminar acerca de las profundas verdades del Dharma¹ tibetano.

El lama me escrutó en silencio, con su mirada inquisitiva:

—¿Qué es lo que le hace presumir que soy un lama erudito?

—Me han dicho que recibió usted diplomas en Lhasa y que el yoga tibetano le es familiar... Además, que ha recibido usted una formación inglesa en Sikkim.

¹ La enseñanza de Buda.

—Los rumores sobre un hombre pueden ser falsos —opuso el lama.

—Desde luego, pero existe algo intangible que puede corregir los errores: la intuición —recalqué tímidamente.

Mi respuesta pareció satisfacer al monje tibetano. Se había roto el hielo, se había establecido la comunicación.

—¿Qué desea usted conocer de nuestro budismo? —preguntó en tono amable.

—Siempre he creído que los Grandes Arhats, los Bodhisattvas, los salvadores de la Humanidad, designados en la India con el nombre de Mahatmas, eran auténticos personajes. Pero, ¿sabe usted algo acerca de su verdadera residencia? —pregunté.

—El budismo se basa en la creencia en hombres superiores que, habiendo seguido el sendero de los ocho meandros, han alcanzado el nirvana. Tenemos asimismo la enseñanza según la cual en alguna parte, hacia el Norte, existe un reino en el que residen algunas de estas grandes almas. Nosotros lo llamamos Shambhala —respondió el pundit.

—Esas almas iluminadas —pregunté—, ¿constituyen una hermandad invisible dedicada a la elevación espiritual de la Humanidad?

—En efecto, tenemos una tal hermandad en el Tibet, pero no hay razón alguna de que pueda existir sólo en Asia —dijo el lama.

—Me imagino que el entrenamiento y las pruebas de admisión en esta hermandad deben de ser muy difíciles y requerir numerosos años. Confieso que no estoy preparado para ello y que necesitaría varias vidas para alcanzar sus cumbres, pero siempre he aspirado a ello. ¿Podría, en mi humilde esfera, prestar algún servicio a sus Arhats y tomar parte en sus esfuerzos por iluminar a la Humanidad?

—El sendero del servicio es duro y exige, ante todo, una gran abnegación; pero mediante el total olvido de sí, se eleva por encima de la tierra y se absorbe en el Infinito. Si lo desea —sugirió el lama—, podemos hacer un ejercicio de psicología

yogui, que le permitirá captar nuestro plan de pensamiento.

—¡Oh! —exclamé—. Me interesa enormemente.

El lama me rogó que adoptara la postura del yogui ante el Buda y que meditara mientras él permanecía sentado a mi lado.

—Imagine —dijo— que tiene usted sus vicios en la mano derecha y sus virtudes en la izquierda. Ponga ahora sus pecados invisibles en la piedra del suelo y haga lo mismo con sus virtudes. Su cara está cubierta con una máscara: su personalidad, que comprende su edad, sexo, nacionalidad, profesión, etcétera. Algunas máscaras son feas y están hechas de barro; otras, de mármol, son bellas. Unas son de oro y otras de hierro; pero, sea cual fuere su máscara, deposítela durante un tiempo ante usted en el suelo.

Tras haber seguido las órdenes del pundit, me invadió una extraña sensación de vacío y desorientación, mientras se desvanecían nombre, edad, sexo, nacionalidad y profesión, o sea, todas las características de mi personalidad. Casi oí el ruido de mi máscara al caer al suelo.

—Ahora es usted, mental y espiritualmente, un simple centro consciente, desprendido de todo, que no posee nada. Es usted sólo una llama en un océano de fuego. Espiritualmente, está usted más allá de los confines de la Tierra y mezcla su fuego con los de las distantes estrellas del Gran Vacío —dijo el monje.

Una extraña y exaltante expansión de consciencia me penetró de un modo natural y sin esfuerzo. La influencia mental del pundit-lama debía de actuar poderosamente para hacer tan sorprendentes y palpables estas impresiones.

—Accedemos aquí al plano de No-Duración, donde todas las cosas existen *en el instante*, donde no hay pasado, presente ni futuro —dijo el lama.

Sentí de pronto un vacío completo, como si el tiempo se hubiese detenido para siempre. No existían ya «antes» ni «después», ni «alto» ni «bajo», ni «aquí» o «allí». Era una sensación de total unidad en un universo intemporal y sin límites.

—Bajemos ahora de nuevo de estos planos elevados. Bajo... más bajo. Tome usted su vieja máscara, esas virtudes y esos vicios que había abandonado en el suelo. Vuelva a esta concha en la que morará usted hasta su liberación final —concluyó el lama.

Tras algunos minutos de profundo silencio, pregunté:

—¿Es eso lo que llama usted el nirvana?

—Ha tenido usted una idea aproximada del Gran Vacío y un eco del Gran Silencio —dijo el monje—. Así puede usted comprender lo que nos da a veces la impresión de ser sólo visitante del planeta Tierra.

—Anhelo poder ayudarles en su gran obra —dije.

—Si siente usted el deseo de trabajar para los Bodhisattvas, ello es muy loable —convino el lama—, pero tendré que explicarle nuestra labor, y entonces tal vez cambie usted de opinión.

Tras abandonar la estera en la que había estado sentado, el pundit llamó a dos jóvenes monjes, que habían permanecido en una estancia cercana. Con un ademán designó una pesada biblioteca guarnecida de alvéolos, que contenían libros oblongos. Los jóvenes empujaron el mueble de lado, con lo cual quedó al descubierto, en el suelo, una trampilla provista de un anillo. Cuando la abrieron, descubrí una larga escalera de piedra. Tomando un gran cirio encendido, el lama me hizo señal de que lo siguiera. Tras haber bajado algunos escalones, comprobé que la escalera conducía al interior de una alta gruta, guarnecida de estalactitas y estalagmitas, cuyas columnas recordaban una iglesia medieval con sus capillas. En el lado sur de la caverna se había practicado una larga abertura, a cuyo través penetraba la luz del día. Esta abertura no era, hablando con propiedad, una ventana, sino una hendidura natural de la pared rocosa, agrandada para obtener más claridad. Aunque la gruta estuviese generalmente seca, gotas de agua caían de las estalactitas, que se trocaban en minúsculos riachuelos, los cuales serpenteaban para ir a desaparecer en las fisuras del suelo.

Los rincones de la caverna daban la impresión de nichos en un santuario. En el más grande, el del lado norte, había colo-

cada una alta estatua de bronce. El pundit encendió una hilera de velas rojas y de bastoncillos de incienso ante la estatua, e inmediatamente, la diosa Tara, la diosa del planeta Venus, apareció en todo su esplendor. Llevaba tiara, largos pendientes, un ojo en la frente, y ojos en las palmas de las manos y en las plantas de los pies para simbolizar su omnipresencia. Tara es la Señora del Tibet, del Nepal y de la mayor parte de Asia, donde es conocida también con el nombre de Kuan Yin, diosa de la Misericordia. Su mano derecha se halla extendida en señal de compasión y de ayuda, y las puntas de los dedos pulgar y medio de la mano derecha estaban unidos en el ademán oriental que subraya un punto principal: aquí, la Buena Doctrina en su sublime lógica.

Cuando la losa de piedra se cerró tras nosotros en el punto de acceso, tuve la impresión de que penetraba en otro mundo, separado por completo del que había conocido. El Maestro-lama me llevó más cerca de la diosa. Ante ella observé una cavidad excavada en la roca en el curso de miles de años por las gotas de agua que caían de las estalactitas. Esta pila oval, formada naturalmente por la lenta erosión, estaba llena hasta el borde, y el agua se desbordaba alrededor. Las gotas que caían del techo de la gruta formaban círculos concéntricos en la superficie del agua, inmóvil como un espejo.

—Son las lágrimas de Tara que lloran la caída del hombre, el cual perdió su posición divina —comentó el lama.

Y prosiguió:

—¿Ha oído usted hablar del lago Lhama Lamtson, en el Tibet, en el cual se tienen visiones cuando los delegados lamaístas buscan el lugar de nacimiento del futuro Dalai-lama?

—Recuerdo haber leído algo al respecto...

—Esta cuenca es semejante al lago sagrado, y también pueden verse en ella imágenes de un alto significado.

Con curiosidad, contemplé el agua que reflejaba la claridad de las velas, la silueta de Tara en su oscura osquedad; pero, aparte estas imágenes reflejadas, no vi nada más.

—Mire más atentamente... más atentamente aún... *Om*

*Mani Padme Hum*¹, salmodió el pundit, y el hechizo reverberó en la gruta. La llama de las velas iluminó a Tara en un despliegue caleidoscópico de colores, el humo de los bastoncillos de incienso se elevó más alto, y todo ello quedó reflejado en la cuenca como en un espejo alterado de cuando en cuando por la caída de una gota de agua. Sin embargo, bien pronto se borraron todas las imágenes, y una niebla cubrió el agua del recipiente. Inopinadamente empecé a ver imágenes de la mayor claridad, como si contemplase la pantalla de un televisor en color. El lama, de pie junto a mí, contemplaba también.

La primera escena fue la vista de nuestro planeta, con sus grandes océanos, los continentes y las masas de nubes en formación, tal como nos las muestra la NASA en una emisión televisiva del espacio. En uno o dos minutos cambió por completo el aspecto del Globo. Espesas nubes grises, negras, pardas y rojizas, cubrieron las zonas más pobladas de la Tierra. Ocasionalmente, esta masa era atravesada por intensos resplandores rojizos, como producidos por explosiones. A veces se veían rayos azulados, rosas o dorados, así como estrellas, en el oscuro segundo plano, como para iluminarlo, pero todo el planeta estaba circuido por un halo enorme de espantosos colores oscuros.

—Está usted observando las vibraciones mentales y emocionales emitidas por la Humanidad —me explicó el monje— y, como puede usted ver, su calidad es baja. ¡Vea esa nube gris del egoísmo! Las chispitas azules son las aspiraciones espirituales de la minoría, pero quedan ahogadas por la corriente general de pasión, de odio y de codicia que ha formado esta gigantesca aura en torno a la Tierra en el curso de miles de años. Se asemeja a las capas ionizadas en torno al planeta que refleja las ondas de radio.

Era para mí un terrible descubrimiento ver con mis propios ojos el enorme caparazón mental que rodeaba la Tierra.

—Nuestro planeta está enfermo, enfermo a causa de las falsas concepciones del hombre —murmuré.

¹ ¡Oh, joya en la flor de loto, te saludo!

Había momentos en que las oscuras nubes se propagaban lejos en el espacio, recordándome los tentáculos de un pulpo. Aquel negro monstruo lanzándose al espacio interplanetario no era un bonito espectáculo que digamos, y me dio escalofríos al sentir la sensación de que yo mismo me hallaba bajo los tentáculos de aquella bestia.

Entonces se propagaron, como resplandores a través del oscuro conglomerado, rayos azules, rosas o de una blancura nevosa.

—¿No serían estos rayos benéficas reacciones mentales emitidas por grupos humanos? —preguté a mi instructor.

—En efecto —sintió el lama—, y puede usted ver cómo el negro halo podría ser disipado por ellas si el hombre pudiese sólo intentar emitir sus pensamientos y emociones en esa longitud de onda. Es lo que los pueblos deberían hacer sistemáticamente y con una perfecta sincronización, a fin de que la Tierra entera emitiese sólo altas vibraciones espirituales.

Pensativamente, el lama tibetano completó su comentario:

—Tara, la Misericordiosa, ha llorado durante demasiado tiempo —dijo—. La Madre Naturaleza puede un día decidir destruir los espíritus ciegos que han creado este horrible caparazón alrededor de nuestro Globo. Los Arhats actúan con todo su poder para neutralizar el mal, pero es más importante aún detener las nuevas emisiones negativas, constantemente recreadas, y sólo el hombre puede hacerlo.

Así razonaba el pundit mientras yo contemplaba en el recipiente de Tara aquellas imágenes, que tan extrañamente se habían hecho visibles. Desaparecieron gradualmente, y muy pronto sólo quedó de nuevo la inmóvil superficie del cuenco, turbado por las intermitentes gotas de agua que caían de la bóveda.

—Huelga decir que estoy aterrado por lo que acabo de ver, pero me siento más deseoso que nunca de ofrecer mi concurso, si bien sé que se trata del trabajo de un titán... y yo no soy ningún titán —observé con un sentimiento de desesperación.

—Buena cosa es que se haya decidido a ayudar a los Bodhi-

sattvas —dijo el lama—. Cada uno puede ayudar según sus capacidades.

—¿Qué puedo hacer?

El monje permaneció en silencio unos minutos. Cerró los ojos para reflexionar acerca de lo que pudiera decirme o para recibir algún mensaje de uno de los seres excepcionales que pueblan el panteón tibetano.

Abrió los ojos:

—El año de los Arhats, el Año de la Admonición... —murmuró el pundit-lama.

—¿No será eso dentro de diez años, el Año del Dragón de Fuego?¹ —pregunté.

—Exacto. Pero le voy a dar a conocer una leyenda tan vieja como el Himalaya. Y aunque la frialdad de esta gruta sea muy penosa de soportar, voy a explicarle esa historia en presencia de nuestra diosa Tara, ya que no tardaremos en entrar en su ciclo.

El lama empezó su historia:

—Nuestra enseñanza oral, procedente del monasterio de Tashi Lhunpo —dijo—, asegura que, hace millones de años, cierto número de seres sobrehumanos surgidos de otro mundo altamente evolucionado, vino a la Tierra para acelerar los progresos de este planeta y de la futura Humanidad. Eran cuerpos nacidos del espíritu, es decir, tomados artificialmente de la materia primordial, que podían ser a la vez tan pesados como el núcleo de la Tierra y tan ligeros y ardientes como la luz del Sol. Eran gigantes de apariencia divina. Entre estos ángeles se encontraba Mara, que ustedes llaman Lucifer o Satán. Tenía un papel importante: el de desarrollar el espíritu concreto y la individualidad del hombre. En el curso de las edades había alcanzado su objetivo, pero cuando aparecieron los Bodhisattvas y Tara para elevar el corazón del hombre, se negó a eclipsarse ante ellos. Fue la rebelión de Satán contra los Señores de los Ciclos Cósmicos. A partir de entonces perdió el título de

¹ El año 1976.

«Portador de la Luz», o Lucifer. Y se convirtió en el «Príncipe de las Tinieblas».

»Desde entonces, los Bodhisattvas tienen una doble misión: la de combatir los intentos de Mara para encadenar el hombre a la Tierra y hacerlo egoísta, sin escrúpulos y belicoso, y la de trabajar para la elevación espiritual de la Humanidad que prescribe la ley de los ciclos. Y ello es lo que nos ha impulsado a enviar a Budas y Arhats al mundo.

»La repugnancia del Señor de la Tierra por colaborar con el Señor del Sol y los Espíritus de los planetas ha engendrado una crisis cósmica. Actualmente la Humanidad debe decidir acerca de su orientación: hacia la Luz o hacia las Tinieblas, y recoger así su Karma. Todos los pueblos han de elegir entre los viejos caminos de las luchas homicidas y el orden nuevo de una hermandad mundial.

»Los seres superiores del Sol y de los otros mundos dicen a Satán:

»—Que tu lámpara brille, sí, pero que no obstaculice a otras y más gloriosas luces del vasto espacio estrellado. Destruye el muro construido en torno a la Tierra, ya que en este envoltorio la Humanidad se asfixia espiritualmente. El reloj cósmico muestra que va a venir el tiempo de la Edad del Espíritu. No puedes detenerlo, aunque lo desees, ya que los dhyan chohans¹ aportarán bien pronto, del fondo del espacio, un cuerpo que hasta ahora es invisible, un simple vórtex de las fuerzas, pero cuando entre en acción, sus llamas devorarán todas tus obras.

»Siglo tras siglo, milenio tras milenio, hemos dirigido a la Humanidad los mensajes que convenían a los diferentes pueblos. Todos insistían acerca de la necesidad de la unión y la hermandad universales. Por desgracia, siempre han sido pocos los que han logrado despertar la consciencia humana. De aquí que sea necesario, en estos tiempos críticos, lanzar una última advertencia. Es nuestro Ultimátum Planetario: la Humanidad deberá aceptar el Mandamiento del Corazón, o se destruirá a sí

¹ Seres cósmicos sobrenaturales.

misma. Al haber transgredido la Ley kármica de la universalidad de la vida por su comportamiento destructor, el hombre será juzgado y castigado por la Naturaleza. Todas las ciudades podrían ser sumergidas en los océanos, y los grandes continentes, dislocados por cataclismos volcánicos. Tras el año de los Arhats, el Ultimátum Planetario se expondrá a la atención de todos los pueblos del mundo. Este mensaje deberá transmitirse con bondad y compasión, aunque con toda firmeza, ya que encierra una advertencia, y las advertencias son aportadas únicamente por hombres de buena voluntad. De esta manera, el ser humano se hallará frente a la suprema elección: la Luz o las Tinieblas, la Paz o la Guerra, el Corazón o el Puño, la Sabiduría o la Ignorancia.

»¿Entiende usted ahora —prosiguió el lama— por qué la Humanidad es un campo de batalla de las Fuerzas Celestes? Se trata, evidentemente, de una enseñanza muy antigua, que fue incorporada por todas las religiones. Actualmente hace estragos una guerra de los Mundos, y es de esperar que el hombre no se alinee en las filas de las Fuerzas de las Tinieblas, ya que entonces los Señores del Karma lo harían desaparecer de la superficie del Globo.

—Antiguas leyendas hablan de crisis planetarias semejantes a las de los últimos días de la Atlántida —observé, profundamente conmovido por las revelaciones del monje.

—Es cierto —admitió—, pero la crisis actual es mucho más grave, ya que la población mundial no ha dejado de crecer, mientras que ha ido disminuyendo su espiritualidad.

—¿Qué se ha de hacer? —pregunté.

—En el último cuarto de siglo hay que dirigir un llamamiento para instaurar la Doctrina del Corazón, la única que puede salvar al Planeta —replicó el pundit.

—Pocos querrán oírlo —dije.

—¡Qué importa! ¡Nuestro Ultimátum Planetario debe llegar a todos los hombres! En esta encrucijada de caminos, la Humanidad debe elegir entre la vía que lleva al abismo de la decadencia moral, o la que se eleva hacia las estrellas. He aquí el

tiempo de la crisis más profunda que jamás haya existido. Si la puesta en guardia no es escuchada y las masas se obstinan en pisar el camino actual al lado del Príncipe de las Tinieblas, la Jerarquía Cósmica recogerá el desafío y el maestro Radiante de Shambhala aniquilará todo el mal en este planeta.

—¿Cree usted realmente que puedo extender estas leyendas y estas profecías en un vasto público y conservar mi reputación de hombre mentalmente sano? —pregunté.

—El siglo en que vivimos ha visto a todas las naciones enfrentarse en dos guerras mundiales, y antes de fin de siglo es posible un tercer conflicto. ¿Cree usted que los pueblos están mentalmente sanos? —rearguyó el monje—. Usted cumplirá su papel —prosiguió— y otras voces se unirán a la suya, ya que esta vez lo que se arriesga es enorme. Se trata no sólo del destino de la Humanidad —que podría ser reconstituida en algunos millones de años—, sino de la existencia misma del planeta, la cual exigió un Manvatara¹ para constituirse.

—Todo discurso moralizador, toda incitación a la reforma, provoca habitualmente el grosero clamor de las masas —dije.

—Sin embargo, los pueblos de la Tierra deben comprender que ha pasado el tiempo de las crucifixiones y de los dulces profetas que predicaban a las multitudes entusiastas. Estamos en los tiempos de los Arhats, que se expresarán por medio de rayos, truenos y lluvias de estrellas. ¡Ha llegado la época de Shambhala!

Tras una pausa, prosiguió el lama:

—Tenga en cuenta que no profetizo. Sólo le desvelo los movimientos estratégicos de los Ejércitos Celestes cuando libren la batalla a los innumerables guerreros de las Tinieblas. Se prepara un conflicto, la Guerra de los Mundos, la de los sistemas cósmicos sobrehumanos combatiendo contra las fuerzas malas de esta Tierra que envenenan el espacio y perturban el conjunto del Sistema Solar. Crea o no el hombre en esta guerra en los

¹ Ciclo cósmico de una duración inconmensurable. Científicamente, la edad de la Tierra es de unos 5.000 millones de años.

cielos, no es menos responsable de sus actos y recogerá su karma.

»Sin embargo, es un medio susceptible de hacer oír la advertencia de los Maestros del Karma, que nosotros, sus servidores, debemos transmitir. Guardianes de los legados culturales de las civilizaciones desaparecidas, abriremos las cuevas secretas de Egipto y demostraremos la existencia de una ciencia y de una tecnología altamente avanzadas en aquel pasado lejano. En sus pantallas de televisión, los espectadores verán las realizaciones sorprendentes de una época concluida hace ya milenios. La moral de este descubrimiento se traduce claramente: la destrucción que sufrieron aquellos antiguos pueblos la pueden ustedes sufrir también. Pueden ustedes convertirse en una civilización muerta y en una leyenda en la que nadie creería en diez mil años. Será el mensaje esencial de ese tesoro hace largo tiempo hundido: no sigan ustedes el ejemplo de la Atlántida.

Por primera vez desde que se inició nuestra conversación, percibí la emoción en la voz del pundit.

—Un descubrimiento de esta naturaleza produciría, con seguridad, una revolución —observé.

—Causará sensación y provocará la reflexión de las naciones —afirmó el monje—. De esta forma tomarán en serio el Ultimátum Planetario.

—Pero, ¿cómo se imagina usted entonces el comportamiento de la Humanidad? —pregunté.

—La enseñanza de Tara, la Doctrina del Corazón, deben convertirse en el fundamento de una nueva sociología. Pueden producirse discusiones entre partidarios de diversos sistemas, pero sin guerras. Hemos de convencernos de que todos somos miembros de una gran familia planetaria —dijo el maestro, con un calor persuasivo.

—¿Podemos resolver esos problemas sin las devastaciones apocalípticas de las que habla usted?

—Podemos y debemos hacerlo; pero, ¿lo haremos? La mayoría de los hombres, ¿querrá abandonar los caminos de la codicia, del egoísmo, del nacionalismo estrecho y del culto a la

sensualidad por el de lo espiritual? Los pueblos no van a convertirse en ascetas y en monjes, pero sin duda pueden vivir y pensar como seres humanos dignos de este nombre. ¿Por qué deberían matarse entre hermanos y destruir a la Madre Naturaleza? Karma, o la justicia cósmica, es terrible en su acción. ¿Por qué provocarla? —dijo el lama.

—El Ultimátum Planetario del que habla usted, esa advertencia a las naciones, ¿se dirigirá sólo a los Gobiernos o al conjunto de los pueblos? —pregunté.

—A ambos. Un Gobierno no puede durar sin la adhesión del pueblo, y las masas pueden expresar la voluntad de toda una nación sólo a través de la voz de sus representantes.

—El ultimátum, ¿tiene relación con la Época de Shambhala, de la que hablan sus textos antiguos? —pregunté.

—Es la apertura de las puertas de una Era mejor: el Ciclo de Tara. Tome su emblema, el Signo del Corazón, que une a toda la Humanidad, ya que toda buena religión, toda buena ideología, está fundada en el humanitarismo —dijo el lama.

Llevándome más cerca de la estatua de Tara, iluminada por la luz de los cirios, y sin prevenirme, el pundit colocó mi mano derecha sobre la mano derecha de la diosa, tendida hacia la Humanidad en un ademán de compasión.

—El Signo del Corazón es el emblema de la próxima época —declaró—, la época de Maitreya, el futuro Buda, anunciado por la Kalachakra, o ciencia de los ciclos.

Cuando retiré la mano, hice un sorprendente descubrimiento: el Signo del Corazón aparecía claramente en la palma de mi mano derecha. No era la huella del símbolo incrustado en la mano de Tara, que representa un ojo, sino algún fenómeno ligado a la circulación sanguínea, ya que, cada vez que la apoyaba sobre esta marca en forma de corazón, se hacía más pálida.

El lama pareció muy satisfecho de lo que acababa de producirse.

—Eso es bueno —dijo—. Tiene usted el signo de Tara. Aunque desaparecerá muy rápidamente y se hará invisible, perma-

necerá para siempre en la palma de su mano.

Estaba tan impresionado, que no pude pronunciar ni una palabra. Reflexionaba acerca del gran saber que me había dispensado el lama en el santuario de Tara.

El monje llamó en la trampilla cuando subimos la escalera, y no tardamos en hallarnos de nuevo de regreso en el templo principal.

—Mañana continuaremos —concluyó el monje.

Tras una comida servida por un lama, al que no había visto anteriormente, abandoné el monasterio al ponerse el Sol, acompañado por un joven monje que llevaba una linterna y el cual me previno que caería la noche antes de que llegara al pueblo. Media hora más tarde, se hizo de noche, y la linterna de aceite nos sirvió de gran ayuda incluso después de haber encontrado el sendero.

A la mañana siguiente abandoné el valle y trepé de nuevo hacia la lamasería. Fui recibido por el lama jefe, el cual me ofreció un té de Darjeeling, que me resultó reconfortante después del intenso frío que había pasado durante el camino. Luego me mostró cierto número de libros tibetanos, cuyo contenido me explicó. Numerosos estandartes (o tankas) estaban colgados en los templos, y no los había visto el día anterior a causa de la oscuridad. El pundit-lama cogió un cirio grande y me rogó que examinara los estandartes.

—Aquí tiene el tanka de Maitreya, el futuro Buda —me dijo—. Lo ve usted sonriente y de pie, lo cual significa que su misión es benévola, y su llegada, inminente.

—Muchas religiones creen en la venida de un Mesías o Avatar —observé—. Pero el Maitreya que debe aparecer, ¿puede aportar la paz a la Humanidad?

—Su pregunta me recuerda la enseñanza que recibí en mi juventud de los tres Grandes Arhats. Decían: «Vuestro mundo se obstina en correr hacia el desastre. La Humanidad puede salvar la Tierra sólo por medio de una regeneración espiritual.» Y cuando pregunté audazmente si el futuro Buda, Maitreya, la podría salvar, uno de los tres Maestros replicó: «Maitreya mos-

trará la vía, pero la Humanidad, por sí misma, deberá escoger y marchar por su camino.»

—Veo cuán loco es el hombre al oponerse a la ley cósmica de la eterna ascensión...

—Cuando el mal alcance su punto culminante y las escalas de valor se hayan rebajado bajo el peso del odio, de la ignorancia y de la bajeza moral, Shambhala pedirá a los dhyan chohans que acerquen el cuerpo astronómico, actualmente situado más allá de Júpiter. La nueva radiación que se producirá, transformará toda la vida en este planeta —anunció el pundit.

—¿Está cercano ese gran acontecimiento cósmico? —pregunté.

—El nuevo astro se hará visible a fin de siglo —replicó el lama—, pero su aproximación exigirá numerosos años.

Como quiera que estábamos aún detenidos ante la tanka de Maitreya, arriesgué otra pregunta:

—¿Puede ser precisada la venida del nuevo Buda?

—En el último cuarto del siglo xx —respondió el monje—, la Humanidad debe prepararse para la venida de los Arhats, del propio Maitreya, en este período crucial de la historia del mundo. El Mandamiento del Corazón será expuesto a todos. De aquí que cuando la Esfinge de Gizeh haya lanzado su advertencia, habrá que estar preparados para grandes cosas.

—Así, pues, el Ultimátum Planetario se dirigirá a todas las naciones, ¿verdad? —dije para resumir nuestra discusión.

—Desde luego —afirmó el sabio lama—, ya que ofrece a todos en este planeta la ocasión de ejercer su libre albedrío: escoger entre la Luz y las Tinieblas, la Fraternidad o el Egoísmo.

Sólo pude expresar la importancia que concedí a todas estas revelaciones juntando las manos e inclinándome a la manera oriental. El lama me tomó por la mano derecha y, contemplando la marca del corazón en mi palma, movió la cabeza en señal de aprobación.

—Pero, ¿podré volver a verle? —pregunté.

—Cuando haya pasado el tifón, vuelva a Tashi Lhunpo. Podremos proseguir el diálogo —respondió el yogui-lama.

Profundamente emocionado, abandoné la lamasería, tras echar una última mirada al silencioso Buda, a los tankas de Maitreya y del Maestro de Shambhala.

Afuera brillaba un sol deslumbrante que hacía resplandecer la nieve y el hielo del Himalaya en toda su pureza. Una luz invisible irradiaba de las montañas: la luz del conocimiento llegada de otro mundo cuyos guardianes eran conocidos sólo por un puñado de hombres.

Estos augustos seres, los Arhats, poseen no sólo una gran sabiduría y una autoridad que emana de una fuente cósmica sobrehumana, sino que disponen de tan poderosas fuerzas de vida o de muerte, que he considerado un deber dar aquí este Ultimátum Planetario, aun a riesgo del desprecio y el resentimiento.

14. SEGÚN LAS ESCRITURAS

Los profetas y videntes que se comunicaron con los seres sobrenaturales y recibieron revelaciones concernientes a los tiempos futuros, emplearon símbolos y alegorías para transcribir sus experiencias, a fin de facilitar la comprensión de lo imposible.

Para tratar de apuntalar el capítulo anterior, que expone sólo impresiones personales, convendrá citar pasajes de estos escritos, a fin de examinar las correspondencias entre las profecías. Antes convendría dar respuesta a una pregunta crucial: ¿es posible el conocimiento del futuro? En este siglo einsteniano ya no hay duda de que lo presente es real, brotado de una realidad anterior, ya que lo real no puede proceder de lo irreal. Ello significa que el pasado tiene una realidad propia, lo mismo que el futuro. Si «hoy» es tangible, «mañana» debe serlo igualmente, aunque pueda ser errónea nuestra estimación de lo que puede ocurrir. Nuestro calendario tiene 365 días, y algunos de estos días o de estos meses no han sido aún vividos; pero existen en el calendario, de la misma forma que todos los años que quedan para llegar al año 2000 están comprendidos en el siglo xx. Si una computadora correctamente programada es capaz de proveer datos exactos, no hay razón para que el cerebro humano no posea las mismas facultades. Constituyen una prueba de ello los casos verificados de Nostradamus.

Es evidente que las predicciones falsas son más numerosas que las verdaderas. Visiblemente, en el campo de las profecías, como en cualquier otra esfera, algunos sujetos se muestran más competentes que otros.

Sin embargo, no es necesario ser profeta para ver que, en nuestros días, la Humanidad sólo puede elegir entre dos caminos: la unidad del mundo y la paz, o incesantes conflictos, la Guerra y la decadencia espiritual. Es interesante descubrir lo que los videntes dijeron sobre nuestro destino. El capítulo anterior («Los diálogos del Templo») se refería a las leyendas asiáticas, por lo cual daremos aquí la preferencia a los escritos del Tibet y de la India.

Sin embargo, no podemos dejar de citar, en primer lugar, la Biblia, que contiene numerosos pasajes referentes a los fenómenos astronómicos de los «últimos tiempos». Por ejemplo, la profecía de Isaías habla de «nuevos cielos y de una nueva tierra» (LXVI, 22), y san Lucas, en el Nuevo Testamento, anuncia «grandes signos en el Sol, la Luna y las estrellas» (XXI, 11). El *Armagedón* de la Revelación encuentra su sinónimo en los textos asiáticos, donde es designado como la *Batalla de Shambhala*.

Según las escrituras tibetanas, cuando el mal, con sus odios, sus guerras y su corrupción moral, haya invadido toda la Humanidad, la Ciudad de Shambhala será el único lugar en que se conservarán las enseñanzas de Buda. Lamas bien informados creen firmemente que esta época ha empezado ya y que se halla en curso la última batalla entre las Fuerzas de la Luz y las de las Tinieblas. Dicen que cuando los enemigos hayan alcanzado el Reino de Shambhala, su Maestro reunirá sus legiones de seres divinos, que atacarán a las hordas maléficas (33). El *Shambhala Smonlam* describe este combate en los versos siguientes:

*Sin miedo en medio de vuestro ejército de dioses,
entre vuestras doce legiones,
cabalgáis
hundiendo vuestra lanza en el pecho de Hanumanda,*

*el jefe de las fuerzas malvadas erigidas
contra Shambhala,
y así será destruido el Mal.*

Los textos tibetanos sostienen que esta Era de castigo proseguirá durante ciento treinta años, a fin de purgar al mundo de toda maldad. En el curso de este período, la meseta transhimáláica del Tibet quedará cubierta por las aguas, movidas probablemente por gigantescos maremotos. Esta inundación irá acompañada de erupciones volcánicas y de huracanes devastadores, y el cataclismo alcanzará en todos los lugares una amplitud tal, que quedarán pocos supervivientes. Sin embargo, la enseñanza de la Verdadera Doctrina será finalmente restaurada y nacerá un mundo nuevo, en el cual los «iluminados» brillarán como «las estrellas en el cielo».

Thubten Jigme Norbu, un alto lama que posee un conocimiento profundo de los antiguos textos búdicos del Tibet, escribió estas líneas en la India:

«Muchas cosas del futuro están ocultas para nosotros, pero, claramente, el futuro no será feliz para el mundo si se ha de creer en la leyenda de Shambhala y aumenta la tendencia del hombre a la destrucción» (33).

Resultaría incompleto un examen del folklore tibetano sin la mención del poema épico de Ghessar (o Kesar) Jan, que no es admitido en la lista de las obras búdicas ortodoxas.

El origen de este gran poema, cuyo héroe es Ghessar de Ling, futuro liberador de Asia, puede descubrirse en la región del Tibet Nordoriental. La leyenda se extendería posteriormente desde el Tibet a Mongolia y a Ladaj. Que esta epopeya fuese creada por el antiguo culto tibetano sigue siendo un problema, que los orientalistas no han resuelto aún, pero lo cierto es que dejó su huella en los budistas de Asia.

El punto culminante de la cadena montañosa (cubierta de nieve), del Amne-Machin, extremidad oriental del Kuen Luen, se llama *Ghessar pho-bran*, o Palacio de Ghessar, por la tribu de los golok, y la residencia del legendario rey se supone que se

halla entre Jyekundo y Kantsé. Hace más de cincuenta años, la exploradora Alexandra David-Neel, tras haber visitado este principado de Ling, escribió su *Vida sobrehumana de Gesar de Ling*. Con verosimilitud, la antigüedad de esta saga puede ser calculada en un millar de años, aunque los eruditos consideren la posibilidad de una versión anterior.

En los siglos pasados, la figura de Ghessar Jan fue introducida incluso en las tankas que representan al gran reformador budista del siglo XIV Tsong-Khapa, que fundó la lamasería de Tashi Lhunpo, cerca de Shigatsé, sede del esoterismo tibetano, donde se venera y enseña la ciencia de la Kalachakra de Shambhala.

Hace cincuenta años, los lamas místicos del Tibet afirmaban que Ghessar y sus compañeros habían vivido en otro tiempo, y algunas versiones de su época designaban a Shambhala como el lugar de su nacimiento. En este sentido, las profecías del Maestro de Shambhala se asimilan a las de Ghessar de Ling, como demuestra este pasaje, tomado de los *Mandamientos de Ghessar Jan*:

Cuando, en el año quinto, aparezcan los heraldos de Shambhala del Norte, reunid vuestros espíritus para encontrarlos de nuevo (42).

Como quiera que no se hace mención alguna de los animales o elementos empleados en el sistema del calendario tibetano, es imposible interpretar el significado del *quinto año*. Sin embargo, es en sí misma significativa la indicación de que los emisarios de Shambhala vendrán en el futuro.

Los lamas más versados en la ciencia de la Kalachakra han subrayado el carácter crítico de nuestro siglo. Sus pronósticos relativos a los acontecimientos históricos se han mostrado sorprendentemente exactos. Por ejemplo, cuando estalló la Primera Guerra Mundial, el Oráculo de Lhasa declaró que Alemania era «un elefante que sería eventualmente abatido» (4).

En el siglo XIX, el Oráculo hizo una predicción para el año

del *Dragón de Madera* (1904), según la cual, Lhasa sería atacada por una fuerza exterior en la segunda mitad del año.

El cuerpo expedicionario británico marchó contra el Tibet en 1903, y en 1904 fue ocupada la ciudad de Lhasa. El teniente coronel Waddell, que participaba en la campaña como cirujano en jefe, escribía más adelante estas líneas en su libro *Lhasa and its Mysteries* (1905).

Es verdaderamente sorprendente cómo los astrólogos fueron capaces de predecir este desastroso huracán que se preparaba para su país, mucho tiempo antes de que se produjera, y cómo pudieron determinar con exactitud el año en que acaecería.

El coronel Younghusband y Sir Charles Bell atestiguan en sus escritos que pudieron leer personalmente en Lhasa esta vieja predicción.

No menos convincente fue la profecía de la Revolución china de 1911, que circulaba por el Tibet numerosos años antes del hundimiento de la dinastía celeste.

Hacia 1920 fue publicada una extraña predicción por el monasterio de Tenjyeling, la cual predecía tristemente que el XIII Dalai-lama, reinante a la sazón, sería el último (42). Este Dalai-lama, Thubten Gyatso, anunció personalmente, antes de su muerte, en 1933, el inminente fin del lamaísmo en el Tibet y aconsejó en términos enérgicos a sus fieles que se preparasen para los grandes cambios del próximo futuro. Con el sistema socialista fuertemente establecido en China y con el XIV Dalai-lama exiliado en la India, casi ha desaparecido del Tibet la tradición budista secular. Los mejores profetas son los que predicen lo imposible. El XIII Dalai-lama debió de ser uno de estos videntes.

En el curso de su expedición al Asia Central, a finales de la década de los veinte, Nicolas Roerich recogió asimismo profecías sobre el «último Dalai-lama», y se le precisó que la ciudad de Lhasa «quedaría oscurecida y desierta» (45). Y así ocurrió.

El actual Dalai-lama huyó de Lhasa, como ya hemos dicho, para refugiarse en la India.

En un antiguo libro tibetano se encuentra un curioso párrafo que llega hasta a describir el aspecto físico de los jefes nacionales bajo cuyo dominio caería el Tibet. Sin embargo, este pasaje asegura asimismo que, más adelante, la Tierra de las Nieves recuperará su independencia.

La tradición escrita y oral del Tibet, en lo que respecta a la época de Maitreya, el futuro Buda, fue resumida con estas palabras por Nicolas Roerich:

Se ha predicho que la manifestación de Maitreya tendrá lugar después de las guerras. Pero la guerra final se hará por la Verdadera Doctrina. Cada uno de los que se levanten contra Shambhala será castigado en todas sus acciones, y las olas barrerán sus moradas (45).

Procedente de la misma fuente, Roerich cita lo que oyó enunciar a ciertos lamas eruditos:

Las estrellas muestran una nueva evolución. El fuego cósmico se aproxima de nuevo a la Tierra. De nuevo, la Humanidad será sometida a prueba, para ver si el espíritu ha progresado suficientemente.

Según los escritos tibetanos, es evidente que entramos en una nueva edad, de una importancia extrema, cuyo criterio será la elevación espiritual. Dado el carácter materialista de la época actual, no se producirá sin dolor el cambio de una civilización fundada sobre este materialismo, por una cultura orientada hacia la ascensión del espíritu.

Las Escrituras de la India cargan asimismo el acento sobre el fin de *Kali Yuga*, la Edad Oscura, y el advenimiento de *Satya Yuga*, la Edad de la Luz. Sobre el fin de nuestro ciclo actual, el *Vishnu Purana* se expresa en estos términos:

Así, en el Kali Yuga, no dejará de acentuarse el declive, hasta que la raza humana se aproxime a su aniquilamiento. Cuando se acerque la Edad Oscura, una parte de esta esencia divina que existe en su propia naturaleza espiritual, Kalki Avatara descenderá sobre la Tierra dotado de las ocho cualidades espirituales. Restablecerá la rectitud en el mundo. Cuando el Sol, la Luna, Tishya y el planeta Júpiter se hayan unido en la misma Casa ¹, habrá llegado la Edad de Krita (o Satya).

Según los orientalistas, Tishya es una de las estrellas de la constelación de Cáncer (41). El advenimiento de la Nueva Edad debe producirse cuando esta estrella esté en conjunción con el Sol, la Luna y Júpiter. Tishya es asimismo el nombre del Buda que se apareció a Siddharta Gautama. Tal vez sea sólo una coincidencia, pese a lo cual conviene mencionar, a este respecto, que *Ti-sha*, en la antigua astrología chinotibetana, es el nombre de una de las setenta y dos estrellas maléficas siniestramente calificada como *Ejecutora de la Tierra* (63). Estas interpretaciones pueden ser discutidas por los especialistas en sáns-crito, pero una cosa es cierta: Tishya es, con seguridad, una estrella o un cometa.

Los Sabios de la India hacen votos por la llegada de Kalki, destinada a destruir a los destructores. El *Vishnu Purana* asegura que «restablecerá la rectitud sobre la Tierra, que el espíritu de los que vivan al final de Kali Yuga será despertado y se hará tan claro como el cristal y que darán nacimiento a una raza que seguirá las leyes de Krita o la Edad de la Pureza».

En la India, el Avatar Kalki está representado por un jinete montado en un caballo blanco y blandiendo un sable curvado, como la cola de un cometa. El blanco corcel está representado con la pata delantera derecha levantada, y cuando ésta caiga para tocar el suelo, la Tierra temblará, y todos los humanos perversos del mundo serán rechazados a la nada. Así quedará

¹ Se trata de una de las casas del Zodíaco.

destruido el mal. El *Kalki Purana* describe en estos términos la llegada del Avatar:

Tomaré nacimiento en la morada de Shambhala. Colocaré nuevamente en la Tierra a los dos maestros, Moru y Devapi. Crearé Satya y, tras haber destruido a la serpiente Kali, retornaré a mi propia morada.

En la traducción del gran filólogo profesor Max Müller, el nombre de *Moru* es identificado con la dinastía india Morya¹, uno de cuyos descendientes, según la misma fuente, debe restaurar la Dinastía Solar. Devapi o Devaki, la madre de Krishna, un prototipo de la Virgen María, representa el principio femenino, de buen augurio para el destino de la mujer.

El arma, en forma de cometa, del Avatar Kalki, o la estrella Tishya, ¿está relacionada con el cuerpo estelar que, según los Diálogos del Templo, debe inflamarse algún día de repente y hacer una ardiente irrupción en nuestro Sistema Solar? No parece que la astronomía moderna esté aún en condiciones de encontrar una definición o una explicación para este fenómeno, que hasta ahora sería un cuerpo astronómico invisible, a menos que sea lo que se llama un «agujero negro», que no reflejaría la luz, pese a lo cual estaría dotado de una fuerza gravitacional, no obstante la débil dimensión de su núcleo. Pese a todo, resulta científicamente difícil conciliar el comportamiento de una estrella que se desintegra, con el de un astro en expansión.

El Venerable Mahatma al que está dedicado este libro escribía a Sinnett, en 1882, una carta en la cual describía un «Rajá-Sol» más allá de Júpiter. Ello puede aclarar el misterio del «cuerpo astronómico» citado en los Diálogos del Templo. Sea como fuere, nuestros astrónomos darán las respuestas apropiadas acerca de la naturaleza de este cuerpo celeste, tan pronto como entre en el campo visual de nuestros telescopios. Entretanto, examinemos la carta del Mahatma:

¹ Ortografiada asimismo Maurya. El Mahatma Morya, al que está dedicada la presente obra, pertenece a esta familia real.

Existe un astro-rey (Rajá-Sol) justamente detrás de Júpiter, que ningún ojo mortal ha visto jamás durante este ciclo. Si pudiese ser visto a través del más potente telescopio, capaz de multiplicar su diámetro por 10.000, se mostraría aún como un punto minúsculo rechazado a la sombra por el brillo de no importa qué planeta. Sin embargo, este mundo es miles de veces mayor que Júpiter. La violenta perturbación que afecta a la atmósfera del mismo e incluso las manchas rojas que tanto han intrigado últimamente a la ciencia, son debidas al movimiento y a la influencia de este Rajá-Sol. Aunque su posición actual en el espacio lo hace totalmente imperceptible a nuestros ojos, las sustancias metálicas de las que está compuesto en su mayor parte se hallan en perpetua expansión y se transforman gradualmente en fluidos gaseiformes (30).

En el curso de los años treinta, el Mahatma Morya volvió a hacer alusión a este cuerpo astronómico: «Dije hace mucho tiempo —escribía— que el nuevo astro se acercaba, pero que aún estaba oculto a nuestra observación» (1-D).

Una de las leyendas recogidas por Hélène Roerich en Oriente ofrece un coloreado marco de esta Guerra en los Cielos, que tanto nos anuncian las Sagradas Escrituras:

El Ser resplandeciente se dirige al Príncipe de las Tinieblas:

*Tú has envenenado el aire,
tú has contaminado las aguas,
tú has agotado la Tierra.
Pero no has tocado el fuego,
y éste no te ha alcanzado,
pero te quemará,
como la luz devora a la oscuridad.
Yo suscitaré del espacio
nuevos fuegos que*

pulverizarán tus obras.

Príncipe de las Tinieblas, guárdate del fuego (46).

Queda por saber si este fuego es la nueva estrella que, según los Diálogos del Templo, aparecerá en el cielo en el curso de este siglo. Es sorprendente comprobar que numerosos escritos de distintas fuentes coinciden en subrayar la extrema importancia de los años en curso, durante los cuales la Humanidad deberá elegir su buena orientación.

Estos presentimientos deben ser considerados únicamente como una puesta en guardia para incitar al hombre a optar sabiamente frente a esta crisis planetaria. El libre albedrío del hombre, ¿no es su privilegio esencial? Sin embargo, conviene actuar bien y prudentemente.

15. EN EL UMBRAL DE LA ERA CÓSMICA

Se plantea una pregunta lógica: «¿Qué podemos hacer para prevenir o atenuar el castigo del karma mundial?»

Según las noticias que yo mismo he podido conseguir durante mi vida en Extremo Oriente, lo esencial sería neutralizar la espantosa aura de la Tierra, mantenida por la acumulación de los más viles instintos de la Humanidad. Estos preceden, acompañan y siguen a todos los crímenes perpetrados en la Historia. Sólo meditaciones sincronizadas sobre la Paz y la Fraternidad, durante algunos minutos, en ciertos días, podrían realizar milagros si se llevaran a cabo en el conjunto del Globo. Esta tarea es asumida ya en parte por algunos cuerpos esotéricos y religiosos, pero todo ser humano que aspirase a la paz y a la armonía en la Tierra, podría participar en este noble esfuerzo. Al tender el trabajo espiritual a purificar la Tierra de su aura maléfica, no exige ninguna afiliación religiosa.

La mayor parte de los pueblos occidentales creen que la religión es una adoración de Dios en las iglesias, bajo la dirección de un clérigo. Esta concepción es totalmente falsa. El budismo no tiene a ningún Dios que adorar. El confucianismo no tiene sacerdotes. Y la adoración, al aire libre, del fuego sagrado, entre los antiguos persas, no exigía ningún templo.

El aire y el espacio constituyen una vasta biblioteca, en

cuyos libros está impreso todo lo que el hombre ha dicho e incluso murmurando. Los desesperados gritos de los heridos y de los torturados resuenan todavía en el espacio. Así, el suelo, el aire y el océano, el planeta entero, son los testimonios eternos de los actos cometidos por la Humanidad.

Si las epidemias son físicas, destruyen los cuerpos; si son morales, matan las almas. Hemos combatido con éxito gran número de enfermedades, pero bien poco se ha hecho para vencer esas lacras que degradan el espíritu del hombre y que son las plagas de la sociedad, tales como las drogas o la perversión sexual, que se hallan más ampliamente extendidas de lo que han estado jamás. Ahora bien, una nación enferma de cuerpo y alma está ineluctablemente condenada por la ley de la evolución.

Como quiera que la amenaza del sombrío hálo que emponzoña el planeta en que vivimos está suspendido sobre toda la Humanidad, hemos de actuar para salvarnos por nosotros mismos del furor de los elementos desencadenados. Se trata de simple sentido común.

Mouni-Sadhu, un yogui de origen polaco instruido en la India, se hace eco de la opinión de todos los rajás yogui cualificados para decir que nos encontramos en una encrucijada de caminos. El uno conduce a la ascensión espiritual y a una nueva edad de la cultura; el otro, a la degradación y a la caída que, eventualmente, puede resultar de una desintegración general de este planeta, motivada por su fracaso evolucionista¹.

Un método diferente y más concreto de abordar el problema consistiría en cambiar nuestras estructuras sociales hasta tal punto que los sentimientos de superioridad nacionales o sectarios que conducen a los enfrentamientos y a las guerras se hicieran imposibles, y el aura del planeta dejara de deteriorarse a la velocidad actual. Conviene subrayar aquí que, según la ciencia secreta de Oriente, la intoxicación mental del mundo es infinitamente más peligrosa que la radiactiva o química.

Este programa implicaría una revisión de todos los sistemas

¹ Mouni-Sadhu, *Samadhi*, Londres, 1962.

políticos y económicos en vistas a instaurar un Estado Planetario para el cual los conflictos nacionales fueran ya sólo horribles recuerdos del pasado. Sólo un Gobierno Mundial es capaz de suprimir estas causas de conflictos armados y de actuar como juez imparcial, ya que su objeto es el bienestar de toda la Humanidad.

Expongo aquí mis ideas personales sobre la unificación del mundo y el desarme general. Pueden presentar errores, pero si alcanzan su objetivo, los métodos tienen una importancia secundaria.

Antes de que se formara un Gobierno Mundial, la UNESCO podría llevar a cabo un profundo estudio de las causas de las guerras nacionales, raciales, económicas, religiosas e ideológicas y establecer un programa para purgar de ellas a todas las naciones. Pero si no existe una Ley Planetaria y una Fuerza de Policía Internacional poderosa, no será posible alcanzar un desarme total mundialmente aceptado.

Se ha de comprender que las armas, convencionales o nucleares, son fabricadas para ser utilizadas algún día, lo cual es una horrible perspectiva. Y si no son empleadas, se despilfarraría una enorme suma de esfuerzo humano y de dinero, cuya utilización humanitaria atenuaría los males que afligen a la sociedad moderna.

Parece que un solo camino puede conducir a un Estado Mundial: el de un *pool*, mercado común de recursos naturales planetarios, de medios de producción, de mano de obra y de conocimientos científicos. Sus lemas serían: «Un Gobierno Planetario para la Era del Espacio», «Un planeta, una familia de naciones».

La distribución equitativa de la riqueza planetaria debe ser confiada a una autoridad mundial constituida no por demagogos, sino por científicos, sabios y filósofos, ya que la ciencia es esencialmente internacionalista, mientras que la política es nacionalista, y la religión, sectaria.

Desde luego, sería injusto exigir de las naciones laboriosas que abandonasen sus beneficios en provecho de los países me-

nos dinámicos, pero los Estados más prósperos podrían —como ya lo hacen actualmente en cierta medida— ayudar a los menos favorecidos a aumentar su productividad y su nivel de prosperidad. La idea del desarme general no es utópica, puesto que los hombres de Estado se conciertan ya para llegar a un acuerdo sobre la limitación de armas. En lo tocante al Gobierno Planetario, la ONU podría servir de núcleo a este nuevo cuerpo. La UNESCO podría ser la organización más adecuada para preparar una definición de las causas que engendran los enfrentamientos sangrientos. La Humanidad necesita un tratamiento para curar radicalmente sus males, no una droga para adormecerlos. Sólo una reunión de historiadores, de antropólogos y de sociólogos podría brindar esta panacea, a condición de que sus miembros adoptasen la Doctrina del Corazón como criterio de su acción.

Es vasto el campo para buscar soluciones a la malsana situación de nuestra Tierra, y todos pueden participar en esta noble tarea. ¿Hay algo más urgente que salvar la integridad de nuestro planeta? Es posible que la mayoría de los seres humanos prefiera abroquelarse en la ignorancia de la advertencia. A ellos se dirige un pasaje tomado de la Revelación: «Los que arruinan la Tierra serán condenados a la ruina» (XI, 18).

Si el hombre pudiese sólo comprender que la contaminación psíquica de la Tierra es un crimen e intentase vivir en armonía con la Madre Naturaleza, no tardaría en entrar en la Era Cósmica y alcanzar los rangos de las otras civilizaciones estelares que Shambhala representa en nuestro planeta.

La psicología geocéntrica y antropocéntrica del ser terrestre que acaricia la ilusión de su exclusividad en el Universo parece ridícula frente a los innumerables mundos que brillan en el cielo. Cuando las masas hayan comprendido su verdadero parentesco con el infinito del Cosmos, el sentido de las responsabilidades hacia la Naturaleza se despertará, sin duda, y entonces le será posible al hombre vivir armoniosamente en el mundo al que pertenece. Sólo entonces quedarán disipadas las negras nubes que nos amenazan.

CONCLUSIÓN

La existencia de una antigua comunidad de Guardianes de la Humanidad, escondida en el Tibet como la imaginaria Shangri-La, parecerá sin duda demasiado fantástica como para ser aceptada por la mente racional del lector occidental. Sin embargo, un examen de las pruebas históricas procedentes de países muy alejados entre sí demuestra la estrecha similitud de los relatos y de las crónicas que hablan de un tal centro y de los Hombres Sabios que —durante largos siglos— han desarrollado una cultura y una ciencia singulares en el aislamiento protector de las cadenas de montañas nevadas del Asia.

Esta colonia de filósofos excepcionales podría muy bien ser la Tierra de los Inmortales, hacia la cual partió el gran Lao Tsé. Los anales históricos de China mencionan delegaciones enviadas a los *Espíritus de las Montañas* por los soberanos del Celeste Imperio. Efectivamente, muchos emperadores de China son conocidos por haber encontrado a estos seres superiores y solicitado sus consejos cuando los asuntos de Estado necesitaban importantes decisiones.

La existencia de Kalapa, o Monte Meru, al norte de la India, no ofrece duda alguna para los brahmanes. De la misma forma que ningún hindú duda de la realidad de los Rishis en el Himalaya.

El carácter concreto del dominio de Shambhala del Norte es afirmado por los lamas eruditos del Tíbet y de Mongolia. Este país era citado en los Diarios de viaje de los primeros misioneros jesuitas al Tíbet, tales como Cacella y Cabral. Los exploradores modernos, como Prievalsky, Ossendowski, David-Neel y Roerich escribieron para dar a conocer la sólida tradición de Shambhala que habían encontrado en Asia. Todos estos informes indican claramente que en el corazón de Asia vive una comunidad bien organizada de Hombres Sabios.

Se ha de hacer notar que el destino de Apolonio de Tiana era el Tíbet, donde encontró a los hombres «que lo sabían todo». Las enigmáticas cartas dirigidas por el Preste Juan a los reyes y a los Papas de Europa eran asimismo expedidas desde «el Asia Central».

El Nuevo Testamento relata la historia de los Magos de Oriente que fueron a Belén. Estos astrólogos y videntes fueron, sin duda, los Maestros de una ciencia oculta que les permitió localizar el lugar del nacimiento de Jesús y conocer el tiempo en que se produciría el acontecimiento. ¿Adónde regresaron, una vez cumplida su misión?

Se ha demostrado igualmente que la mayoría de los «portadores de luz» tuvieron relaciones con Shambhala, el reino de los Magos, cuya tradición se ha perpetuado a lo largo de los siglos por los Antiguos Misterios, las Sagradas Escrituras y las hermandades secretas, tanto de Oriente como de Occidente.

Los misteriosos enviados que algunas naciones recibieron en épocas de perturbaciones e inquietudes prueban un verdadero conocimiento de las coyunturas históricas. Este interés por la Humanidad incita a la Hermandad de los Sabios a intervenir siempre que una situación se hace crítica.

Podría plantearse la cuestión de saber cómo una sola y misma fuente puede despachar emisarios a la Humanidad con mensajes tan diferentes. Pero no conviene olvidar que estos «astronautas del espíritu» tienen una visión de conjunto del océano humano. Saben, según el tiempo y el lugar, qué tipo de estímulo intelectual es necesario. Las ideas y las ideologías son utilizadas

en cada ocasión para ayudar al hombre en su evolución ascendente. Cuando estas doctrinas —válidas para un tiempo— sobreviven más allá de la finalidad que se habían propuesto y se degradan, se convierten en caparazones vacíos.

Durante los años cruciales que vivimos, los Arhats invitan constantemente a la vanguardia de la Humanidad a cooperar con ellos en su hercúleo esfuerzo por unificar nuestro mundo en conflicto.

Le 1er janvier 1911, le nombre de la population de la ville de Québec s'élevait à 35,000 habitants. Ce chiffre représente une augmentation de 1,000 habitants par rapport à l'année précédente. Cette augmentation est due à l'immigration et à la natalité. Le nombre de décès a été de 1,200 pendant l'année 1910.

Le 1er janvier 1911, le nombre de la population de la ville de Québec s'élevait à 35,000 habitants. Ce chiffre représente une augmentation de 1,000 habitants par rapport à l'année précédente. Cette augmentation est due à l'immigration et à la natalité. Le nombre de décès a été de 1,200 pendant l'année 1910.

Le 1er janvier 1911, le nombre de la population de la ville de Québec s'élevait à 35,000 habitants. Ce chiffre représente une augmentation de 1,000 habitants par rapport à l'année précédente. Cette augmentation est due à l'immigration et à la natalité. Le nombre de décès a été de 1,200 pendant l'année 1910.

Le 1er janvier 1911, le nombre de la population de la ville de Québec s'élevait à 35,000 habitants. Ce chiffre représente une augmentation de 1,000 habitants par rapport à l'année précédente. Cette augmentation est due à l'immigration et à la natalité. Le nombre de décès a été de 1,200 pendant l'année 1910.

Le 1er janvier 1911, le nombre de la population de la ville de Québec s'élevait à 35,000 habitants. Ce chiffre représente une augmentation de 1,000 habitants par rapport à l'année précédente. Cette augmentation est due à l'immigration et à la natalité. Le nombre de décès a été de 1,200 pendant l'année 1910.

Le 1er janvier 1911, le nombre de la population de la ville de Québec s'élevait à 35,000 habitants. Ce chiffre représente une augmentation de 1,000 habitants par rapport à l'année précédente. Cette augmentation est due à l'immigration et à la natalité. Le nombre de décès a été de 1,200 pendant l'année 1910.

APÉNDICE

Le 1er janvier 1911, le nombre de la population de la ville de Québec s'élevait à 35,000 habitants. Ce chiffre représente une augmentation de 1,000 habitants par rapport à l'année précédente. Cette augmentation est due à l'immigration et à la natalité. Le nombre de décès a été de 1,200 pendant l'année 1910.

BREVE COMPILACIÓN
DE LAS ENSEÑANZAS ESCRITAS Y ORALES
DE LA KALACHAKRA
RELATIVAS A SHAMBHALA

especialmente compuesta para este libro por
JAMTUL JHAMYANG THONDUP

Secretario-ayudante del Consejo de Asuntos religiosos
y culturales de Su Santidad el *Dalai-lama*.

(Traducido del tibetano por Sherpa Tulku y Alexander Berzin,
de la Biblioteca de Obras y manuscritos de Dharamsala, India.)

EL PAÍS DE SHAMBHALA Y SUS REYES

En lo que concierne a la descripción del País de Shambhala, su aspecto varía según las posiciones espirituales. Por ejemplo, un solo y mismo río será visto por los dioses como un río de néctar; como agua, por los hombres; como una mezcla de pus y de sangre, por los fantasmas hambrientos, y por algunas otras criaturas, como un elemento en el que se vive. En consecuencia, resulta difícil dar una definición precisa del mismo. Sin embargo, las enseñanzas de la *Kalachakra* dan la siguiente descripción física de Shambhála:

En un centro de vacío absoluto están concentrados los átomos de los cinco elementos: tierra, agua, fuego, aire y éter, con sus potencialidades¹.

En cuanto a su situación geográfica, el continente central del Sur está dividido en seis regiones. Partiendo del Norte, se llaman: País de las Nieves, Shambhala, China, Jotán, Tibet e India².

Exteriormente, Shambhala es de forma circular y está ro-

¹ Esta enigmática exposición implica que Shambhala posee una superestructura de materia sutil.

² Shambhala está delimitada por Siberia (País de las Nieves), al Norte; el Tibet y la India, al Sur, China al Este y Jotán al Oeste, lo cual significa que está situado en alguna parte del desierto de Gobi (A. T.).

deada de montañas de cimas nevadas. Interiormente tiene la forma de un loto abierto en ocho pétalos. En el centro se eleva un gran pico, de luminosa blancura, que es como el corazón de la flor. En el Norte están situadas las construcciones del palacio en el que residen los Santos Reyes, o *Poseedores de las Castas*¹.

Este palacio es más vasto que el de Indra, es cuadrado y posee cuatro puertas. En los muros exteriores hay esculpidas en coral diosas danzantes. El edificio tiene nueve plantas, por encima de las cuales flota un estandarte que representa la Rueda de Dharma encuadrada por una pareja de gamos. Los tres cercos que rodean el palacio realzan su belleza. La construcción está cubierta por un techo de tejas de oro de Yambú, de las que penden ornamentos de perlas y diamantes. Los dibujos lineales que adornan la parte superior de los muros exteriores son de plata, y las cornisas, de turquesa.

Las ventanas del palacio son de lapislázuli, mientras que las puertas y los dinteles están adornados de esmeraldas y zafiros. Hay marquesinas y estandartes de oro, y está recubierto de un techo de joyas y de un cristal generador de calor, mientras que el suelo está revestido de un cristal refrigerante². Los pilares y las vigas son de piedra jaspeada, coral, perlas, etc.

El palacio encierra inestimables tesoros, tales como el vaso de la inagotable riqueza, la vaca que colma todos los deseos, la mies no sembrada y el árbol que concede todas las peticiones.

En las tres zonas circundantes residen los ocho Dioses, las ocho Nagas, los diez Protectores de Direcciones, los nueve Grandes Destruyentes, los ocho Planetas Mayores, las veintiocho Constelaciones, etc. Todos rodeados por numerosas representaciones simbólicas.

En el centro de este inmenso palacio se eleva un trono de

¹ El Poseedor de las Castas es el que une todas las clases del pueblo. Es uno de los títulos del Maestro de Shambhala en las escrituras tibetanas (A. T.).

² Esto sugiere un sistema de aire acondicionado: una realización científica (A. T.).

oro que reposa sobre ocho leones, desde el cual gobiernan los veinticinco Dioses-Reyes, que manifiestan con esplendor la virtud de la Unidad Universal. Los tesoros de los dioses, de las Nagas y de los hombres están amontonados en todas partes. Además, se encuentran por doquier numerosos objetos usuales. Fueron creados en la Tierra por el poder de una ciencia superior.

El vigésimo primero Maestro de Shambhala, Ma-gag-pa, ocupa actualmente el trono de oro sostenido por los leones. Reina desde hace cuarenta y nueve años antes del presente año del Dragón de Fuego (1976). Después de cincuenta y un años más, en el año del Carnero de Fuego del ciclo decimoséptimo (año 2027), el vigésimo segundo Poseedor de las Castas, Mi-yi Seng-ge, accederá al trono y reinará cien años. En cuando al nombre de *Shambhala*, se ha encontrado una explicación en un viejo relato. Había una vez un miembro del clan Sakya, que gobernaba esta región y que se llamaba *Shambhaka*, que gobernaba esta región, y de él tomó su nombre el país. La palabra *Shambhala* significa, en tibetano, «Sostenido por la Fuente de la Felicidad».

EL PASADO Y EL PORVENIR DE LA HUMANIDAD

Poco tiempo después de la formación del mundo aparecieron gradualmente diversos tipos de criaturas en las zonas superiores e inferiores. Por aquel tiempo, los seres humanos nacían mediante transformación. En el curso de su vida se realizaba todo cuanto deseaban. No dependían del Sol ni de la Luna para recibir la luz, ya que ellos mismos tenían su propia fuente de iluminación. Su vida era extremadamente larga, y desconocían las palabras «enfermedad», «guerra» y «hambre». Su felicidad era igual a la de los dioses. Esta época fue conocida como la *Edad Perfecta*.

Los hombres prosperaban recurriendo a fuentes de energía naturales y vivían de cosechas que no habían de sembrar. Pero a medida que pasaba el tiempo, las acciones y los pensamientos de los hombres se hicieron más brutales. Los seres humanos experimentaron la atracción los unos por los otros, se sonrieron, se tocaron, se enlazaron y conocieron el placer de los sentidos. Fue por esta razón por la que se diferenciaron los órganos sexuales, macho y hembra. De la unión de las dos simientes surgió el nacimiento del seno de la mujer. Luego se amplificaron los errores. Se estableció la distinción entre «lo mío» y «lo tuyo» y convirtiéndose en un objetivo la acumulación de las riquezas. Degeneraron las condiciones de vida y se inició la *Edad de los Conflictos*.

Cuando la duración de la existencia humana era de 60.000

años¹, apareció el Buda Krakucchanda, hijo del rey Varada. Una vez que hubieron desaparecido sus enseñanzas llegó el Buda Kanakamuni, hijo del rey Chandra. La media de la vida humana era entonces de 40.000 años. Cuando ésta se redujo a 20.000 años apareció el Buda Kasyapa, hijo del rey Krki. Luego, cuando los hombres no vivieron más de cien años, hizo su aparición en la Tierra el cuarto de los Budas, Sakyamuni, hijo del rey Suddhadasa.

Llevó a cabo los doce trabajos de un Buda, que son: la Venida del cielo Tusita, la Concepción, el Nacimiento, la Enseñanza y el Dominio de las Artes, el Matrimonio, la Renunciación, la Búsqueda de la Iluminación, el Ascetismo, la Conquista de los Maras (fuerzas malas, A. T.), la Iluminación, el Movimiento de la Rueda del Dharma y el Pari-Nirvana. Mediante la realización de estos doce trabajos aportó infinitos beneficios a todos los seres vivientes.

Sin embargo, numerosos no budistas adoptaron la religión *La-lo* y destruyeron muchos monasterios budistas. Se ha dicho que la creencia *La-lo* debía durar 1.800 años. La mayoría de los adeptos de la fe *La-lo*, como otros no budistas, no se apoyan en la meditación o en las ideas filosóficas, sino que parecen seguir los caminos profanos del pensamiento no crítico, que llegaría incluso a considerar el cumplimiento del mal como un medio de practicar la religión.

En los tiempos por venir, los *La-los* se extenderán a numerosos países. Se unirán, se harán muy poderosos y controlarán la mitad del mundo.

El vigésimo quinto Poseedor de las Castas, Drag-po K'or-lochan, subirá al trono de oro de Shambhala sostenido por los leones, en el año del Carnero de Fuego del vigésimo segundo ciclo (siglo xxv) y propagará las enseñanzas del Dharma. Será reconocido como una encarnación de Manjushri².

¹ Todos los textos sagrados mencionan la longevidad que, a semejanza de Matusalén, alcanzaron nuestros antepasados (A. T.).

² El Maestro de Shambhala puede ser comparado con el arcángel san Miguel, mientras que la Batalla de Shambhala sería el Armagedón del budismo Mahayana (A. T.).

El rey *La-lo*, manifestación de las fuerzas ateas, reunirá a sus legiones al oeste de la India, en un lugar llamado *Tri-li*. Los ministros de *La-lo* serán inducidos a creer que nadie en el mundo es tan poderoso como este rey. Y ello los llevará a hablar orgullosamente a este respecto. Luego, los ministros organizarán una *vigilancia aérea*. Cuando detecten numerosos signos de la enorme riqueza y felicidad del País de Shambhala del Norte, su envidia no conocerá ya límites y ordenarán a sus legiones que ataquen Shambhala. Ello ocurrirá en el año del Carnero del Agua del vigésimo segundo ciclo (año 2425).

Entonces, el Maestro de Shambhala tomará el mando de las fuerzas unidas de los doce grandes dioses: naves celestes que volarán con mayor velocidad que el sonido; vehículos accionados por fuego y vapor, carros blindados y diferentes tipos de armas atómicas¹. De esta manera, las fuerzas del mal serán aniquiladas por el poder de los doce dioses.

Tras ello, el precioso Dharma será colocado bajo la protección directa de Buda. El rey de Shambhala cambiará de morada y brillará nuevamente la Edad Perfecta.

¹ Es curioso que estas palabras fuesen escritas muchos siglos antes del descubrimiento del vapor, de la aviación y de las físicas nuclear y astronáutica.

BIBLIOGRAFÍA

1. Agni Yoga Series, Agni Yoga Society, 319 West 107th Street, Nueva York, N. Y. 10025 (A: Agni Yoga; B: Brotherhood; C: Community; D: Fiery World (II)).
2. BAWDEN, C., R., *The Modern History of Mongolia*, Londres, 1968.
3. BELL, C.: *The Religions of Tibet*, Oxford, 1931.
4. BELL, C.: *Tibet — Past and Present*, Oxford, 1968.
5. BLAVATSKY, H. P.: *Isis Unveiled* (2 vols.) Madrás, 1910.
6. CAMPBELL, R. A.: *Our Flag*, Chicago, 1890.
7. *Catholic Encyclopedia*. Nueva York, 1911.
8. CHARPENTIER, L.: *Les Mystères Templiers*, París, 1967.
9. DALAI LAMA: *Ma Terre et mon Peuple*, París, 1963.
10. DALAI LAMA: *The Opening of the Wisdom Eye*, Wheaton, Illinois, 1972.
11. DAVID-NEEL, A.: *Parmi les mystiques et les magiciens du Thibet*, París, 1951.
12. DAVID-NEEL, A.: *Initiations lamaïques*, París, 1957.
13. DAVID-NEEL, A.: *The Superhuman Life of Gesar of Ling*, Londres, 1959.
14. DAVID-NEEL, A.: *Les enseignements secrets dans les sectes bouddhistes tibétaines*, París, 1951.
15. ECKARTSHAUSEN, K.: *La Nuée sur le sanctuaire*, París 1819.
16. FILIPPI, F. de: *Himalayas, Karakoram and Eastern Turkestan*, Londres, 1932.
17. GAER, J.: *How the Great Religions Began*, Nueva York, 1954.
18. GILES, L.: *A Gallery of the Chinese Immortals*, Londres, 1948.
19. GOULD, R. F.: *A Concise History of Freemasonry*, Londres, 1903.
20. GOULLART, P.: *Le Monastère de la montagne de jade*, París, 1971.
21. GRÜNWEDEL, A.: *Der Weg nach Sambhala* (Almanach, Königlich Akademie des Wissenschaften, vol. III), Munich, 1915.
22. HALL, M. P.: *The Adepts* (4 vols.), Los Angeles, 1949.
23. JACOLLIOT, L.: *Le spiritisme dans le monde*, París, 1875.
24. KNIAZEVA, V. P.: *N. K. Roerich*, Leningrado, 1963 (en ruso).
25. LAMOTHE-LANGON, E. L.: *Souvenirs sur Marie-Antoinette par Mme d'Adhémar*, París, 1836.

26. LOEWE, M.: *Early Imperial China*, Londres, 1968.
27. LUCAS P.: *Voyage du sieur Lucas*, Amsterdam, 1714.
28. LARGUIER, L.: *Le Faiseur d'Or*, París, 1969.
29. MAGRE, M.: *Magiciens et Illuminés*, París, 1930.
30. *Mahatma Letters*, Londres, 1926.
31. *Mezhdunarodnaya Zhizn* (La vida internacional), n.º 1, Moscú, 1965.
32. MURRAY, W. H.: *The Story of Everest*, Londres, 1969.
33. NORBU, T. J. y TURNUBULL, C.: *Tibet*, Londres, 1969.
34. NOTOVITCH, N.: *La Vie inconnue de Jésus-Christ*, París 1894.
35. OAKLEY, I. C.: *Comte de St-Germain*, Milán, 1912.
36. OSSENDOWSKI, F.: *Bêtes, Hommes et Dieux*, París, 1924.
37. OWEN, W.: *More Things in Heaven*, Londres, 1947.
38. PHILOSTRATE, F.: *Apollonios de Tyane*, París, 1862.
39. PRIEVALSKY, N. M.: *Mongolia*, Londres, 1876.
40. ROERICH, G. N.: *Trails to Inmost Asia*, Nueva Haven, 1931.
41. ROERICH, G. N.: *Izbranniye Trudy* (Fragmentos escogidos), Moscú, 1967.
42. ROERICH, N. K., *Heart of Asia*, Nueva York, 1930.
43. ROERICH, N. K.: *Vrala u Buduschiye* (Las puertas del Porvenir) Riga, 1936.
44. ROERICH, N. K.: *Nerushimoye* (El indestructible), Riga, 1936.
45. ROERICH, N. K.: *Himalayas-Abode of Light*, Bombay, 1947.
46. SAINT-HILAIRE, J. (Roerich, H.): *On Eastern Crossroads*, Nueva York, 1930.
47. SAINT-YVES d'ALVEYDRE: *Mission de l'Inde en Europe*, París, 1910.
48. SCHURE, E.: *Les Grands Initiés* (Pitágoras), París, 1953.
49. SCHURE, E.: *Les Grands Initiés* (Krishna y Orfeo), París, 1953.
50. SCHURE, E.: *Les Grands Initiés* (Rama y Moisés), París, 1953.
51. SHAMS, J. D.: *Where did Jesus die?* Qadian (Punjab), India, 1959.
52. SINNETT, A. P.: *Esoteric Buddhism*, Londres, 1903.
53. SINNETT, A. P.: *The Occult World*, Londres, 1969.
54. SLESSAREV, V.: *Prester John — The Letter and Legend*, Minneapolis, 1959.
55. THORNDIKE, L.: *A History of Magic and Experimental Science*, Nueva York, 1947.
56. WADDELL, L. A.: *Buddhism in Tibet*, Londres, 1895.
57. WAITE, A. E.: *The Real History of Rosicrucians*, Londres, 1887.
58. WAITE, A. E.: *Brotherhood of the Rosy Cross*, Londres, 1924.
59. WENTZ, W. Y. Evans: *The Tibetan Book of the Great Liberation*, Oxford, 1954.
60. WENTZ, W. Y. Evans: *Tibetan Yoga*, Londres, 1958.
61. WENTZ, W. Y. Evans: *Tibet's Great Yogi Milarepa*, Nueva York, 1973.
62. WERNER, E. T. C.: *Myths and Legends of China*, Londres, 1922.
63. WERNER, E. T. C.: *A Dictionary of Chinese Mythology*, Nueva York, 1961.
64. WESSELS, C.: *Early Jesuit Travellers in Central Asia*, La Haya, 1924.

Este libro se imprimió en los talleres
de GRÁFICAS GUADA, S. A.
Virgen de Guadalupe, 33
Esplugas de Llobregat.
Barcelona